

A romantic scene of a bride and groom kissing on a grand, ornate staircase. The groom is in a dark suit, and the bride is in a white, form-fitting wedding dress with a long train, holding a bouquet of flowers. The lighting is warm and golden, creating a soft, intimate atmosphere. The staircase has a decorative railing with intricate carvings.

Boda con un extraño

Florencia Palacios

©Boda con un extraño-Florencia Palacios (millonarios italianos 3)

Esta es la tercera parte de la trilogía millonarios italianos.

Novela de ficción contemporánea de romance y misterio.

Todos los personajes mencionados en la presente no guardan semejanza alguna con personas reales.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

Amparada en la ley universal de derechos de autor y en la Ley 16.716 de la República Oriental del Uruguay.

©noviembre de 2019. Boda con un extraño-Florencia Palacios

©María Noel Marozzi Dutrenit autora de las novelas firmadas como Florencia Palacios.

Boda con un extraño

Florencia Palacios

Y todo comenzó

Isabella caminaba distraída por la calle de Berlín pues iba a reunirse con sus amigas para planear la despedida de soltera de su mejor amiga Margie. No imaginó que mientras acomodaba su mochila y se soltaba el cabello rubio y lacio un tipejo se le acercaría con malas intenciones.

Rayos. Eso sí que era raro, era inusual, en Berlín esas cosas no pasaban.

Había mucho autocontrol, no había robos y si alguien estaba en peligro había en cada esquina un botón para pulsar y llamar a la policía que llegaba segundos después.

Aunque pasaban cosas era una ciudad segura, muy segura.

Y el tipejo ese se le acercó despacio y comenzó a hablarle.

—Oye muchachita, ¿quieres que te lleve a tu casa?

Ella se puso colorada como un tomate.

Mierda, ese maldito pensaba que tenía quince años por eso la acosaba, no se había dado cuenta que tenía más de veinte y era una mujer que sabía defenderse.

Paró en seco y lo miró furiosa.

Iba disfrazada de colegiala con la falda corta plisada escocesa, la camisa blanca y la mochila, de atrás era toda una adolescente y para ese maldito era una especie de fetiche: chica adolescente escapada de su casa en problemas o algo así. Presa fácil.

Furiosa se detuvo lista para increpar al bandido que iba en un auto caro y tenía más de treinta. Lo miró y le gritó:

—Vete de aquí, no soy un adolescente y llamaré a la policía si me sigues molestando.

El desconocido la miró asustado y desconcertado, claro, el maldito cerdo no esperaba que se defendiera, y que no fuera una jovencita asustada, esos desgraciados estaban acostumbrados a incomodar a las chicas jóvenes, a asustarlas y tal vez convencerlas de subir a su auto.

—Lo siento disculpa, no quise asustarte. Me confundí, creí que necesitabas alguien que te llevara —dijo el hombre más guapo que había visto en su vida.

Bien vestido, ojos verdes y el cabello oscuro, se parecía a su actor favorito, o sus dos actores favoritos, era una mezcla rara de Thor y Superman, rayos. ¿Qué había hecho?

—Es que no me asustas —replicó con orgullo.

El hombre sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Quieres que te lleve? No te haré daño, sólo quiero ayudar. Te ves triste y perdida.

¿Triste y perdida?

—No necesito que me lleven y no estoy triste ni perdida —dijo.

El desconocido se acercó y la miró con gesto rapaz y entonces sí que se asustó, para él habría sido fácil meterla en su auto y hacerle cualquier cosa, por más que fuera alta y supiera defenderse, era un tipo grande y con cara de rufián, a pesar de ser tan guapo.

—Vamos, sube, te llevaré a casa, pequeña huérfana.

Ahora sí estaba furiosa, la había llamado huérfana. Y a pesar de la rabia estaba excitada por la aventura, no podía creer lo que estaba pasando. Ese hombre guapo quería hacerle algo y eso no había pasado desde que... siempre la buscaban tipos que no le gustaban, con los cuales sólo podía tener “amistad”. Le gustaba y la asustaba a la vez, sintió una rara adrenalina al pensar que ese guapote la encontraba atractiva y tentadora con su disfraz de colegiala, su carita de jovencita...

—Pero la decencia le decía que eso estaba mal, y que ese tipo era un maldito cerdo que perseguía mujeres más jóvenes, qué clase de aventura, ¿de relación... qué clase de novio sería?

Estaba yendo muy deprisa, sólo la había invitado a pasear, pero sabía que luego algo más pasaría.

Y cuando la puerta se abrió porque él se la abrió con gentileza y la miró con fijeza dio un paso atrás indecisa.

—Eres un idiota y no subiré a tu auto —dijo nerviosa y retrocedió.

—Pero él se quedó donde estaba y al ver que corría la siguió. Llegó a seguirla.

Y cuando iba a correr o a gritarle un insulto grueso para que la dejara tranquila se sintió un bocinazo de atrás y un auto enorme, parecido a un tanque panzer apareció en escena.

Todo ocurrió muy rápido y del auto enorme salió un tipo corpulento de cabello gris. Tío Andersen por supuesto, que en un santiamén se acercó al desconocido y lo hizo correr a toda prisa. No llegó ni a tocarlo con sus manazas cuadradas, al verse en problemas el guapo sinvergüenza se hizo humo. Una vez más, volvía a pasar.

—Isabella, ¿qué haces vestida así?

Su tío era un tipo rudo que siempre la cuidaba, él y sus hermanos, durante años la iba a buscar a los cumpleaños, bailes, reuniones y ahora parecía estar al tanto de que tendría una fiesta con sus amigas. Era increíble.

—Tío Andy, voy a la fiesta de mi amiga Margie, va a casarse. Por eso voy vestida así.

—Es que esa ropa atrae a degenerados en busca de jovencitas.

—No lo pensé, salí apurada y como la fiesta que armamos tiene reminiscencia de nuestros tiempos de preparatorio, en fin. Estoy bien, no pasó nada, sólo quería invitarme a subir en su auto.

—Tuviste suerte, ese pervertido escapó, pero anoté su matrícula.

—No me hizo nada, no puedes acusarlo.

—Pero estaba siguiéndote, acosándote. Pudo hacerte daño. ¿Crees que debes pasarlo por alto? Ven aquí, sube al auto, te llevaré a la fiesta.

Isabella subió al auto de su tío resignada.

Siempre era así, siempre la salvaban de los peligros y la sobreprotegían. No podía ir a ningún lado sola y si no había peligros, su familia lo inventaba.

—Deberías ir en taxi o pedirle... por qué mi hermana no te lleva en su auto?

—No le dije a mamá —replicó Isabella.

—¿Por qué? No puedes salir sola a estas horas, la ciudad ha cambiado, hay muchos extranjeros delincuentes.

—Ese no era extranjero —Isabella sonrió al recordar el episodio pues no era frecuente que un hombre tan guapo se detuviera para invitarla.

Sonrió al recordar esa noche, ahora meses después y en Italia recibió una llamada de su madre.

—Sinceramente no entiendo qué estás haciendo allí, Isabella, lo tienes todo aquí, ¿por qué vivir como una pobre compartiendo un departamento con un montón de chicas extranjeras en un país como Italia?

Su hermana Gretchen no entendía y ella estaba harta de explicarle.

—Vine a buscar novio, ya sabes, en Berlín todos beben cerveza y apestan a droga y son unos gordos.

Del otro lado se escuchó una risa desenfrenada.

—¿De veras? ¿qué tuviste que viajar tan lejos para conseguirte un tipo?

—Vamos, tú sabes por qué. Necesito hacer algo con mi vida, mamá siempre quiere organizar todo y no nos deja en paz. Quiero hacer algo por mí misma y ver la forma de gastar la plata que nos dejó nuestro padre de forma eficiente, claro.

—Pues ten cuidado y no termines atrapando a un italiano vividor.

—Ay por favor ¿me crees tan estúpida?

—Isabella, escucha, soy tu hermana mayor y esto no me gusta. Sé que siempre te chifló Italia, pero no es un país para adolescentes fugitivas.

—¿Adolescentes fugitivas? ¿Hablas de mí? Tengo veintidós años.

—Pero parece menor y eres muy guapa, allí hay problemas, y he oído que es el país con más violaciones de Europa.

—Oh vamos, no te pongas como nuestra madre.

—Escucha, esto no es para risa, ten cuidado, no salgas sola a ningún lado y mucho menos vayas a esos bares y te enredes con extraños.

—No lo haré, deja de pensar tonterías, sabes que sé cuidarme.

Isabella se sintió fastidiada de repente, fastidiada, su hermana sobreprotectora, su madre controladora y sobreprotectora y ella deseando hacer algo con su vida y divertirse un poco. lejos de su país.

Como las otras chicas que compartían ese piso en Milán estaban allí por algo, Ingrid la sueca era la dueña del departamento y esperaba hacer un master en psicología, Rossana la brasileña esperaba encontrar un millonario italiano que se casara con ella, Evelyn, la mexicana en busca de mejores oportunidades laborales y ella... porque lo tenía todo y estaba harta. Pero no lo decía por supuesto. No quería que supieran que era una alemana adinerada que estaba aburrida y quería vivir un tiempo allí para tener una vida más normal y común. Por eso se esmeraba en disimular y hasta inventó una historia de que su familia estaba prácticamente en la miseria y ella no encontraba trabajo y algo por el estilo.

La brasileña le dijo que podía ser modelo, era guapa y delgada y sexy.

—Por qué no pruebas en las agencias más importantes? Bueno, primero debes hacerte un book de fotos, y no ir con cualquiera...

Isabella sonrió.

—No gracias, no me interesa.

Rossana la miró asustada no podía entender que alguien desaprovechara semejante oportunidad, ella siempre parecía estar detrás de alguna oportunidad como modelo, pero por desgracia no había tenido suerte, o eso decía ella.

—Deja en paz a la alemana, ella no es como tú —gritó Evelyn.

No se llevaba con Rossana y siempre peleaban por alguna tontería, la chica brasileña la ignoraba, pero luego se quedaba picada en cambio la mexicana siempre estaba lista para pelear. Ingrid miraba a ambas fastidiada, no le gustaban las peleas y había dicho que echaría a una de ellas si seguían peleando, excepto que no sabía a cuál... Isabella sospechaba que a Rossana porque era la que le caía peor, no sabía por qué.

Isabella suspiró y fue a trabajar a un restaurant. A su madre le parecía denigrante que su hija trabajara de mesera en un restaurant lujoso, no entendía por qué y pensaba que era simplemente un capricho.

—Pero a ella le divertía horrores. Le gustaba ver a los hombres guapos y finos que iban al restaurant y le decían tonterías. Era un mundo nuevo para ella, lejos de su asfixiante familia, viviendo del dinero que tenía del trabajo sin depender de la cuenta bancaria de su familia. Una

aventura.

Ese día sin embargo vio a ese guapo italiano de mirada oscura y viril mirándola a la distancia. Se sonrojó al pensar que no era la primera vez que lo veía y se dijo que debía animarse y mostrar un poco de interés. Aunque en verdad que eso no era necesario en ese país pues los hombres italianos eran los menos tímidos de todos.

—Hola preciosa, ¿cómo te llamas? —le preguntó el guapo hombre de traje luego de que fue a su mesa y le entregó el menú.

Ella lo miró descolocada y se sonrojó como colegiala mientras balbuceaba: —Isabella.

Él la miró sorprendido.

—¿Isabella? ¿Pero tú no eres de aquí, eres sueca o eslava... rusa?

—No, no soy rusa.

—Pero eres extranjera.

Miró al hombre con suspicacia. Hablaba con acento, por eso se delataba.

—Soy alemana.

—¿alemana? ¿Y te llamas Isabella?

—Mi madre me puso así por capricho —respondió para hacerla corta, no quería explicarle a un desconocido que su padre era amante de la opera italiana por eso le puso a su menor Isabella, y a la mayor Francesca, pero esta odiaba ese nombre y usaba su segundo nombre: Gretchen que sonaba mucho más alemán.

—Qué bien! bello nombre tienes, bello nombre para una bella ragazza.

Ya era suficiente. Momento de mostrarse fría y evitar que la conversación se hiciera privada y pensara que tal vez tenía chance, pues, aunque le gustaba el coqueteo no podía estar saliendo con los clientes porque sí. Le divertía recibir invitaciones, que le dieran algunas tonterías, pero de ahí a aceptar una cita... no era tonta y ella buscaba algo serio. Un novio, algo estable, no acostarse con todos los italianos que la invitaran a su cama.

Regresó temprano del trabajo, nada cansada, estaba contenta.

Le gustaba mucho su nueva vida y la fastidiaba tener que reportarse de forma sistemática con su madre y decirle que estaba bien y nada le faltaba. Sospechaba que ella sería capaz de enviar a alguien para que la vigilara y cuidara, era tan absurdamente sobreprotectora. ¿Cuándo entendería que sus hijas ya eran mujeres adultas y no unas niñas a las que debía vigilar las veinticuatro horas del día?

—De nuevo tú, no me vengas con eso.

Rayos, otra vez. entró en el departamento y vio a la chica mexicana peleando con la brasileña.

—Pues para que sepas, nunca lidié con un plátano como ese porque no soy una puta como tú, que se come casi cualquier cosa.

Esa frase fue el detonante. Se lo dijo clarito.

La brasileña se rio.

—Claro, tú vas por allí detrás de ese jefecito que tienes arrastrándote como una víbora que se arrastra y espera comerse al jefe a escondidas y ahora te haces la recatada. Oh, vamos Eveline, deja de fingir, siempre miras mi celular para ver mis fotos, no seas hipócrita por lo menos. Aunque fueras virgen como dices a los cuatro vientos, creo que eres una ramera teórica y reprimida, muy reprimida por eso de la virgencita de Guadalupe, diosito y todas las sandeces que inventan las mexicanas para hacerse las difíciles.

Rayos, la brasileña era mordaz, pero sabía defenderse. Hizo enfadar a Eveline, porque no estaban jugando, se estaban atacando a ver quién era la más puta o la única puta del piso y

Rossana se llevaba todos los premios y se reía, se mataba de la risa y seguía saliendo con tipos mientras atacaba a Evie y le decía que ella envidiaba que tuviera plátanos de todos los colores en su haber y también dentro de su celular pues le gustaba filmarse teniendo sexo. El problema de la brasilera era que le gustaba mucho presumir de sus conquistas y proezas y su celular era como un canal porno, lleno de fotos obscenas y videos cuasi pornográficos. Allí estaban todos sus hombres y eran muy guapos, Isabella no quería terminar así por eso nunca salía con extraños.

—Pero Evelyn se ofendió de que la llamaran puta teórica y reprimida, la discusión había subido de tono de repente y todas las presentes se quedaron como en suspenso, observando la escena disgustadas, pero sin atreverse a intervenir.

Ingrid, la dueña del hostel, sueca y fría estaba charlando con Anisha, la chica turca muy animadamente al parecer cuando ambas se crisparon y dijeron algo. Pero la chica mexicana no se dejaría insultar y fue y golpeó a Rossana mientras le gritaba: “ramera sucia, eres un asco de persona. Realmente eres muy mala persona además de puta”.

Isabella pensó que eso era el colmo, le cayó mal toda esa pelea, antes se decían cosas, pero nunca de forma tan agresiva como ese día.

—Paren por favor, quiero que se callen ahora —dijo Ingrid.

Le leyó la mente, ella se acercó y dijo algo similar.

—Esto no es un convento, vamos, Evie, pero tú Rossana contrólate. Deja en paz a Eveline. Todas somos dueñas de hacer de nuestra vida lo que queramos, pero si vamos a convivir que sea en paz. Aquí hay reglas y ambas lo saben, ¿verdad?

Eveline se calmó, pero por dentro ardía, era una chica ardiente, de temperamento impulsivo como Rossana, sus enfados no pasaban y ambas tenían pica, se peleaban siempre y era molesto para las demás que sólo querían vivir en paz y no tener que soportar las peleas de esas dos.

—Ingrid, entiendo lo que dices, pero es que esa ramera no me deja tranquila y me molesta que se meta conmigo. Sólo le hice una pregunta y me respondió cualquier cosa —respondió Evie.

—Oh sí, ahora te haces la ofendida —apuntó Rossana mostrando su celular con su foto del pene más grande que hubiera visto jamás, ella lo llamaba el plátano humano. —Te encanta esta pero no te animas a probar. ¿Quieres que le dé tu número? Yo no soy celosa, no busco nada serio con él y a él le gustan las chicas latinas, dicen que son las mejores en la cama.

—Te regalo a ese hombre, nunca podría competir con una puta como tú. No sólo te acuestas con todos, sino que también te hacen regalos. Eso tiene otro nombre ahora, se llama escort. Chica escort.

Luego de lanzar ese dardo Evelyn se puso muy tensa, furiosa pero nerviosa. Isabella quiso detenerlas, trató de calmarlas, Ingrid se quedó de piedra y Anisha decidió irse. Siempre lo hacía cuando había peleas y últimamente las había, por desgracia. Muchas chicas juntas. Al principio fue divertido, charlaban de sus costumbres, sus sueños, su vida en su país, era emocionante, pero algo pasó, con el correr de los meses todo fue cambiando. Rossana y Evelyn se odiaban, se lanzaban indirectas, y eso generaba malestar.

Extrañaba la posada de la señora Annabella, allí comía comida típica de Italia, comida sana y sabrosa, pagaba poca renta y tenía un cuarto pequeño para ella sola. ¿Por qué tuvo que aceptar la oferta de ir a Milán? Tenía un buen trabajo en un supermercado, pero el curso que quería empezar estaba lejos, tenía que mudarse y lo sabía. Por eso estaba allí con las demás. Isabella suspiró, qué paz había en la posada. Ahora cada vez había más peleas y un malestar constante por culpa de esas dos.

—Pues me voy, yo me largo de aquí Ingrid, no me gusta compartir un departamento con una

escort. Deberías abrir los ojos y dejar de defender a Rossana —le dijo Eveline.

Ingrid se tensó, a ella no le gustaban las peleas y trataba siempre de contemporizar, calmar las aguas.

—Evie, cálmate por favor, no es así. No es lo que tú crees —respondió sin demasiada convicción. Sus palabras en vez de calmarla la enfurecieron más.

—Mira su celular y lo sabrás todo, Ingrid, yo no miento. Creo que esto ya se sale de la vaina me parece. Es demasiado. No estoy acostumbrada a compartir piso con chicas mentirosas y rameras.

Ingrid se puso colorada y Isabella vio que al final la habían hecho enfadar y quiso meterse a defenderla, pero Ingrid no la necesitaba para nada.

—Pues si piensas eso de Rossana, vete. Si no soportas las bromas eres una necia. Sabes que ella es así. Es alocada pero no es una escort y no permitiré que lo digas aquí frente a todas. Es injusto.

—Así que esas tenemos, la defiendes. Pues mira, aquí la única que es derecha es Isabella, ¿sabes? Ella es la única chica honesta y decente y respetuosa. Ni tú ni Rossana, ni la tonta de Anisha.

La mirada de Ingrid cambió, se volvió oscura y se puso pálida de repente.

—No hables así de Anisha, es mi mejor amiga ¿sabes?

—Ah sí, tu mejor amiga. Esa tonta es buena porque nunca mató a nadie como dicen en mi pueblo. Está bien, lo que tú digas, son todas unas santas. Pues mira que yo tengo un buen trabajo y una reputación que conservar, soy una chica decente y trabajadora y no me gustan los engaños ni estar cerca de una escort. Así que juntaré mis cosas y me iré. Te dejaré paga la mitad de la renta y me voy.

Ingrid apretó la boca y luego murmuró:

—Muy bien, como quieras. Pero que quede claro que te vas porque quieres, yo no te he echado.

—Pues ya lo veías venir, supongo, yo no me llevo con esa golfa, y ten cuidado, aunque seas muy liberal y digas que no te importa, una ramera atrae cosas feas a su alrededor, recuerda lo que te digo, te traerá problemas.

Isabella se acercó, quiso detenerla. Todas precisaban un lugar como ese y no era para llamar escort a Rossana tampoco, era algo alocada pero no era una ramera en realidad. Los brasileños eran muy alegres y liberales, les gustaba mucho cantar, bailar y también hacer el amor y andaban desnudos por todas partes, Rossana lo hacía horrorizando a Anisha y a la chica mexicana, a ella le divertía. La chica latina era desenfadada y cantaba poniendo esa música alegre para bailar y mostrarse. Isabella sonreía, le tenía aprecio a Rossana, con ella era muy buena, le daba consejos de cómo pintarse, le dio clases de maquillaje y le regaló una petaca de sombras, un labial y un perfume carísimo francés mientras le contaba cosas de su país. Y también le hablaba de sexo, era una amiga divertida.

—Pero no era una escort. Trabajaba como ella en un restaurant de moza y contaba cada peso que ganaba para ahorrar pues quería montar un salón de belleza en Milán. Ese era su sueño. Su familia era muy pobre y había ido a Italia a hacerse un porvenir, pero sabía que siempre les enviaba dinero a sus familiares. Por eso la admiraba y pensaba que era una chica de buen corazón. Bueno, no era perfecta, era bastante alocada, pero de allí a decir que cobraba por acostarse con un caballero: era demasiado.

Así que entró en el cuarto que compartían las dos y trató de aplacar las cosas.

Evelyn la miró.

—¿Qué quieres? —le preguntó con expresión agresiva.

—Sólo quiero decirte que lo pienses Evie, no es para tanto. No sé por qué peleas tanto con Rossana y pienso que esta vez se te ha ido la mano.

La chica mexicana no se detuvo y bajita como era, pero muy rápida para las tareas domésticas guardó toda su ropa en poco rato.

Sólo cuando tuvo todo muy organizado se detuvo un momento y le habló.

—Me iré, no me detendrás. Ya lo tengo pensado, hace días, no me gustan las cosas que veo aquí. Sé que tú no eres como ellas, y por eso te aconsejo que vayas buscándote un departamento si no quieres terminar como Rossana, porque ella está muy ansiosa de arrastrarte a esa vida. No soy estúpida, está muy pendiente de ti, te ayudó a maquillarte, a vestirme más sexy, tú eras una campesina alemana cuando llegaste aquí, lo recuerdo bien y ahora te ves distinta.

—No era una campesina, nunca lo fui y no entiendo por qué odias tanto a Rossana, ¿qué te hizo? Sólo porque es algo alocada y tú eres muy católica y conservadora, vamos, no seas tan anticuada.

—Ay para... no se trata de eso. No es así. No es lo que crees. Tú no juzgues sin saber, tirolesa.

La llamaban así a veces, no le molestaba, tirolesa, germana o tedesca.

—No te juzgo, sólo quiero saber por qué dices eso. Me parece algo exagerado, desproporcionado.

Evie la miró.

—Eres muy buena Isabella, muy ingenua pero las chicas de aquí no son como tú, todas mienten, esconden cosas. Y no me gusta, por eso me voy. Y no, aguarda... deja de pensar que soy una mexicana que se las de santurrona o algo así, no es verdad, eso es lo que Rossana quiere que creas. Ella manipula a todas, es la reina del engaño y la manipulación y creo que Ingrid la cubre por algo, y como ella no va a irse, me voy yo. Eso. Y lo que digo es verdad, Rossana cobra por sexo, pero no se regala en las esquinas como cualquier ramera, lo hace en esos chats. Dice que busca novio allí, pero yo creo que busca otra cosa. ¿No has notado que siempre aparece con regalos caros?

Sí, lo había notado, pero pensó que...

—Tiene cosas muy valiosas y es tan generosa. ciertamente que creo que podría pagarse un departamento para ella sola y no lo hace todavía, supongo que no le gusta vivir sola, por eso lo hace. Tal vez se vaya más adelante, creo que está juntando para eso —insistió Evelyn.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás segura de eso?

—Ay es evidente, por favor, las fotos, los videos en su celular, sale con muchos hombres, muchos. Y luego ellos le hacen regalos caros, ¿no has visto el celular que se compró, su reloj y la ropa carísima que ha ido comprándose todo este tiempo? ¿Crees que esos lujos los puede tener con su trabajo de mesera y pagando renta? No me jodas, Isabella. Despierta. Ella es eso, aunque te moleste, aunque no quieras verlo. Esto apesta, amiga, sálvate de esas chicas, aquí nadie es lo que parece, excepto tú que creo eres una chica buena y trabajadora que no esconde secretos como las otras. Y yo soy como tú, no tengo nada que esconder y nunca me dejé engatusar por esa falsa que anda allá a las risas siempre bailando, cantando y fingiendo que es el alma de la fiesta. Esa chica es una falsa y es peligrosa, muy peligrosa.

—OH vamos, creo que estás exagerando. Sé que estás molesta pero no es para tanto, Evie.

—Tú no sabes lo que yo sé, es eso. No tienes ni idea. Eres una confiada como una niña,

Isabella, quieres a Ingrid, piensas que es tu amiga, y a Rossana que también crees que es tu amiga, pero aquí ninguna es amiga. Sólo Ingrid y Anisha, ellas eran amigas de antes, pero lo demás es como un negocio para Ingrid, estamos aquí y la ayudamos a pagar los gastos, fin de la historia. Sólo que no debió poner a una ramera entre nosotras. Se lo dije, pero no me hizo caso, supongo que la sueca es tan liberal que no le importa. No cree que eso pueda afectarnos, pues se equivoca, a mí sí me afecta y también a ti a la larga.

—Evie, realmente estás segura de que Rossana es una escort? Es muy grave tu acusación y sin pruebas...

A Isabella no le hizo gracia saber eso.

—Ay por favor, claro que tengo pruebas, mira su celular. Claro que a ella no le importa nada que la llamen ramera, adora prenderse de todos los hombres que puede y si le pagan tanto mejor, y no me vengas ahora de que en su país la gente no tiene moral ni prejuicios y que todo es un relajó porque no me lo creo para nada. Eso no explica su conducta inmoral tampoco. Y me iré ahora, no podrás convencerme. Haz tú lo mismo si no quieres meterte en líos.

—¿No crees que exageras? Yo entiendo que no te llevas con Rossana, pero ...

—No exagero, y esto no me gusta. Y no se trata de que no trague a esa culona, no es por eso. No es personal. Algo huele mal aquí con esa chica y no me arriesgaré, ten cuidado ¿sí?

Isabella no dijo nada, sin embargo, tras la partida de Evelyn todo cambió.

Rossana se fue esa noche diciendo que tenía una cita y parecía muy alegre, pero Isabella la notó rara. No dijo nada de la partida de Evie, ni las otras, pero notó raro el ambiente ese día.

Ingrid se fue a hacer el curso, Anisha al trabajo, Isabella se fue a dar una vuelta porque se sentía mal, incómoda. No dejaba de pensar en las palabras de su antigua compañera de cuarto. Dijo que allí nadie se mostraba como era prácticamente, que todas escondían algo excepto ella claro y que Rossana era peligrosa o eso dio a entender. Isabella se preguntó si hablaba por un momento de ira y frustración o sabía algo más, algo que no quiso decirle a pesar de su insistencia.

Sin embargo, días después estaban cenando las cuatro en el comedor, cuando Rossana dijo que se extrañaban los tacos que hacía Evelyn para todas.

Se hizo un silencio embarazoso y Rossana se rio.

—Creo que esa chica me tenía envidia por mi bum-bum, el suyo era inexistente —se burló meneando su trasero saltón brasileño.

—Rossana para, ¿sí? No empieces. Evie se fue y la extrañamos —dijo Ingrid muy seria.

La aludida tomó de su Martini hasta casi vaciar la copa mientras todas comían pizza y bebían cerveza. Era viernes y ninguna tenía ganas de cocinarse ni para una ni para las demás y tenían como tradición que una vez a la semana compartían una cena o un almuerzo para mantenerse unidas y en armonía había dicho Ingrid.

—Pues yo no la extraño —dijo Rossana.

Anisha miró a todas y fue Ingrid quien se puso tensa.

—No bebas, por favor, luego te pones insoportable.

Isabella pensó que habría pelea porque Rossana era así, cuando bebía peleaba con alguien y de pronto se dio cuenta de que todos los problemas comenzaron cuando ella llegó. Anisha y Evie llegaron primero, luego ella y al final Rossana. Al comienzo era encantadora, divertida, generosa, pero lentamente fue cambiando.

—Ay déjame Ingrid, tuve un día difícil. Le debo mucho dinero a un tipo y creo que venderé a la gringa rubia esa para pagar —replicó señalando a Isabella.

—¿Qué dices? Por favor deja de decir esas cosas, asustas a las demás.

Rossana miró a todas y se rio a carcajadas.

—Tranquila Bella, sólo bromeaba, pero eres tan blanquita y rubia y con unos ojos tan azules que pienso que valdrías fortunas en el mercado negro.

Isabella sonrió.

—Intenta venderme y te bajo los dientes de un golpe —le dijo con mucha calma.

—Oh qué violenta. Sólo bromeaba.

—Yo también.

Rossana la miró.

—Yo creo que tú no bromeas, eres muy brava, me pregunto si no serás una chica rara.

—¿A qué te refieres?

—Isabella, no le hagas caso, está ebria —dijo Ingrid tratando de calmar las aguas.

—¿De qué hablas Rosie? —Isabella no iba a rendirse y la llamó Rosie porque sabía que la fastidiaba.

—Oh vamos, yo sé lo que pasa aquí, dices a todos que eres virgen para presumir, pero yo creo que eres virgen porque te gustan las chicas.

Isabella se puso colorada, realmente no esperaba que se atreviera a decirle eso.

—¿Y si fuera así qué? ¿Es peor que ser una ramera brasileña de trasero saltón? —le dijo furiosa la alemana.

—OH vamos, no te ofendas. Sólo admite que te gusta Ingrid. ¿Y sabes qué? Creo que tú le gustas también. La he visto espíandote mientras te bañas.

—Cállate, deja de decir estupideces, realmente eres una perra, Rossana, ¿no te alcanzó con hacerle la vida imposible a Evelyn, ahora quieres molestarme a mí? Pues te daré un tortazo si vuelves a decirme eso.

La brasileña se alejó asustada por las amenazas de Isabella.

—Ok perdona, no quise decir eso... rayos, qué bravas son las germanas. No tiene nada de malo que te guste una chica. Por favor, es algo normal, hoy en día es frecuente.

Ingrid intervino para calmar las aguas.

—Por favor, paren ya. Las dos. Rossana no te metas con Isabella, ella nunca se mete contigo. Vete a tomar aire por favor, vamos. O vete a tu habitación y déjanos a todos en paz por una vez.

Rossana no se movió, sino que enfrentó a Ingrid.

—Pero yo sé cosas tuyas, Ingrid, sé cosas de ti y de mucha gente. No soy una ramera, ¿sabes? No tengo sexo por dinero, lo hago cuando tengo ganas. La alemana me llamó ramera, ¿a ella no le vas a decir nada? Yo no soy ramera, pero a ella sí le gustas tú. Las dos se gustan me parece. ¿Tú qué piensas turca?

Anisha se puso colorada y miró a una y a otra horrorizada.

Isabella miró a Ingrid, pero ella se quedó muy tiesa, no hizo nada. Y ella tuvo que controlarse para no seguir la pelea. No le gustaba que la acusaran de ser torta sólo porque no tenía novio y era una chica seria que estaba para los estudios y el trabajo. Esa brasileña estaba desacatada y era una estúpida. Ella siempre tuvo muchas amigas y algunas muy cercanas, como hermanas, y nunca tuvo ganas de acostarse con ninguna. En cambio, esa brasileña. querría saber por cuántas manos habría pasado. Un montón. ¿Y ella se venía a meter con ella?

Se alejó furiosa y pensó que no se quedaría en el departamento con esa chica. Finalmente se

encerró en su habitación, ni ganas tuvo de comer nada. No sabía por qué de repente todo había cambiado. Durante meses todo había estado bien, bueno hasta que llegó Rossana, es verdad. de alguna forma cuando eran cuatro se entendían de maravillas, eran muy organizadas y jamás había roces porque Ingrid tenía todo muy organizado. Hasta salían juntas a veces a recorrer Italia en tren los días libres, cuando todas no tenían ninguna cita ni nada importante.

Habían pasado un verano de película, era una pena que de repente hubiera ese ambiente, no podía creerlo. Era injusto. Lo habían pasado tan bien juntas...

Finalmente decidió relajarse y mirar una película, aunque pensó que tenía una conversación pendiente con Ingrid, si las cosas no mejoraban se buscaría otro departamento, sabía que en la universidad muchas chicas se juntaban para conseguir piso. No le sería difícil encontrar algo. Trabajaba para poder ahorrar algo y también para pagarse el alojamiento.

Postergó la charla con Ingrid como postergaba todo lo que la incomodaba y esperó que la cosa se calmara mientras averiguaba en la facultad.

Los días pasaron sin novedad y Rossana se quedó muy quietita y calladita, aunque Isabella la evitó furiosa de que la acusara de querer tener algo con Ingrid.

Una tarde, sin embargo, hubo un incidente que la preocupó. Iba para el restaurant donde trabajaba cuando vio a Rossana subirse a un auto lujoso y se detuvo cuando ella se disponía a cruzar. Se le acercó como si nada... Isabella paró en seco desconcertada y vio a un hombre muy guapo iba al volante y le sonrió y de pronto le hizo señas de que subiera.

La alemana se quedó tiesa sin entender, la crispó que la descubrieran espiando, no sé qué pensó ese hombre, pero ella no era como Rossana. Y ciertamente que la estaba encastrando de forma gratuita.

—Isabella, ven, boba. Quieren hablar contigo —le gritó la brasileña que llevaba un vestido justo blanco que exhibía y exageraba claramente sus atributos.

Isabella hizo lo mejor que podía hacer: Fingir que no la conocía y alejarse a toda prisa por el otro camino para no tener que cruzársela.

Luego hablaría con Ingrid, o se iba esa zorra escandalosa o sería ella que se buscaría otro piso. No soportaría quedarse allí más tiempo.

Caminaba distraída cuando de pronto sintió que alguien la seguía y tembló. No podía ser, de nuevo ese hombre.

Se detuvo y lo miró furiosa. No era la primera vez que ese cretino alto y rubio la seguía. Era un yuppie no iba mal vestido, pero le parecía demasiada casualidad que siempre lo viera cuando iba o regresaba del trabajo.

Al verse descubierto fingió que nada pasaba y siguió caminando y ella aprovechó para agarrar otro camino y así eludirle. No quería hablarle, pues no sabía si era uno de esos pesados que se lanzaban nada más una mirada.

Sin embargo, ese hombre lo había visto antes y por eso la preocupaba. Había leído que en Italia se producían muchos ataques a mujeres todos los días, violaciones, acoso, maltrato, ella estaba en un lugar relativamente tranquilo, pero no se fio y tomó el gas pimienta de la cartera y se mantuvo alerta.

—Pero el tipo no la siguió hasta su trabajo, desapareció antes.

Al día siguiente decidió hablar con Ingrid antes de que se fuera a estudiar, pero al verla abatida y silenciosa le preguntó si se sentía bien.

Ella esquivó su mirada mientras bebía café.

—Sí, estoy bien, un poco cansada. Dormí mal —forzó una sonrisa, pero algo le pasaba. Hacía días que estaba rara.

—¿No habrás peleado con Rossana tú también? Ya sería el colmo supongo.

—No, no es Rossana... ¿por qué? ¿Pasó algo?

—Pues verás, ayer de tarde cuando iba al trabajo la vi entrar en un auto de lujo y quiso invitarme a acompañarla.

—Sería una broma —dijo Ingrid con cautela, pero se puso seria.

—No era una broma, el hombre que manejaba, uno de esos ricachones que vienen por ella quería hacer una fiesta, no dejaba de hacerme señas para que entrara en su auto, donde por otra parte Rossana estaba allí con un vestido blanco ajustado y muerta de risa —replicó Isabella.

—Ella es así, hace bromas, no le prestes atención. Lamento lo del otro día, fue muy desagradable.

—Sí, lo fue. Yo no soy eso, sabes, no soy esa cosa que ella dijo.

—Está bien, ¿y qué si lo fueras? Es tu vida y nadie tiene derecho a opinar. Creo que te lo dijo para enfadarte, sabe que eres muy seria y conservadora.

—Tal vez, pero no entiendo por qué, nos llevábamos tan bien y de repente saltó con eso. Realmente no entiendo.

—A Rossana le pasa algo, ella no suele decir esas cosas, pero quiero decirte que ya está, no tendrás que sufrir las maldades de esa chica. Anoche discutimos y le pedí que se fuera.

Ahora entendía por qué estaba abatida, triste.

—¿Por eso estás mal?

Ingrid asintió.

—fue lo mejor, no te sientas culpable por eso.

—Es que es una descarriada, no sé qué hará ahora y me preocupa. Dijo que hoy vendría por las cosas y que se irá a un hotel. Habría querido que las cosas fueran diferentes, pero realmente se puso muy difícil.

—Ahora tendremos paz, estaremos solas. Tal vez podrías avisarle a Evelyn.

Ingrid dijo que todavía no.

—Anisha está mal, a ella le afectan mucho las peleas, los problemas y por eso hoy me quedaré con ella acompañándola.

Anisha era muy sensible y sabía que Ingrid era muy protectora, como su hermana mayor o algo así.

—Bueno, lamento que Anisha esté triste, salúdala por mí, yo tengo que irme a estudiar, pero sé que todo esto era necesario. Rossana cambió mucho.

—Es verdad, cuando vino era distinta. Tan alegre y divertida.

—Ingrid, ¿puedo preguntarte algo?

Ella la miró desconcertada.

—Claro, ¿qué pasa?

—Evelyn dijo que Rossana es una chica escort, y sé lo que es. Ella me llamó campesina alemana, me trató de boba, pero yo sé bien lo que hace una escort.

—Isabella, no importa eso, se irá ¿sí? Problema resuelto.

—¿Entonces sí es eso? ¿Sale con hombres por dinero?

Ingrid no se atrevió a negarlo.

—¿Y cómo es que la aceptaste aquí?

—No lo sabía, ¿qué crees? Yo no me meto en la vida de los demás, pero cuando llegaron todas les hice algunas preguntas, ¿lo recuerdas? Para conocernos y creí que Rossana era mesera como dijo. Nunca sospeché que fuera otra cosa.

—Bueno, qué alivio que se irá entonces.

Isabella se fue a estudiar más contenta. Al menos no tendría que cambiarse de piso y podría quedarse hasta terminar el semestre.

Rossana se marchó sin despedirse, se llevó sus cosas y no volvieron a saber de ella. fue lo mejor, se respiraba una paz...

Un día sin embargo Isabella llegó antes del trabajo porque se había sentido mal, descompuesta ese día y su jefe le permitió retirarse antes.

—Hola, soy yo Isabella. ¿Hay alguien aquí? —preguntó.

El departamento espacioso estaba muy ordenado y perfumado pero vacío. Al parecer no había nadie.

O eso parecía.

Rossana había ido temprano para llevarse sus cosas, lo recordaba bien y esperaba no encontrarla. Fue hasta su habitación para cerciorarse de que no estaba y encontró todo en silencio, pero con su perfume fuerte y dulzón. Todo en ella era chillón, oloroso o ruidoso. Debía ser el espíritu brasileño de sobresalir por algo, en verdad que siempre le había caído bien hasta que empezó a mostrar la hilacha como decían en su pueblo.

Pensó que muchas cosas habían cambiado desde la conversación de ese día.

Se enteró que Rossana salía con hombres no sólo por sexo, lo hacía por dinero.

Miró la habitación y revisó todo, todo estaba vacío, pero de pronto vio que había algo dentro de una de las mesitas.

Un obsequio. Un obsequio guardado en una caja y hacía ruido. Rayos...

Vio la tarjeta blanca y grande y la leyó no pudo evitarlo.

“Querida Ingrid: esto es para ti linda, para que lo uses cuando te sientas triste. Era mío, pero como ya no lo uso tanto te lo dejo de recuerdo por nuestros días de diversión”.

Ese mensaje decía la nota, y sin poder soportar la curiosidad Isabella abrió la caja y lanzó un grito de terror al ver un pene enorme de goma color rosado en estado erecto por supuesto. Lanzó un grito de terror porque por un momento pensó que era de verdad, era tan real.

Mierda, ¿qué era eso? ¿Qué porquería era esa?

Miró la cosa esa sin atreverse a tocarlo preguntándose si era de verdad hasta que comprendió que no podía ser algo vivo. Era idéntico, estaba muy bien logrado, pero debía ser de juguete. Un pene de juguete con luces, al moverse tenía luces. Qué locura. ¿Para qué rayos? De pronto se puso roja al pensar lo que era y para qué servía... qué asco.

No quería tocarlo, pero tampoco que Ingrid lo viera. Qué malvada era Rossana, se fue y dejó esa porquería allí para insultar a su amiga sueca que había sido tan buena con ella siempre. Se quedó allí mirando esa cosa y de pronto lo tomó y comenzó a moverse, maldición. Esa porquería

parecía tener vida propia. Furiosa agarró ese pene de goma lo metió en la caja y lo tiró a la basura enseguida para que nadie se topara con esa cosa.

Suspiró. Bueno al menos se había ido la brasileña, un problema menos.

Fue a darse un baño rápido para luego ver qué podría comer y luego se pondría a estudiar para la facultad, no le estaba yendo tan bien ese semestre como esperaba, le costaba concentrarse últimamente. Tal vez sería mejor anotarse en algún curso más corto para poder encontrar un mejor trabajo, pues con su título de publicista todavía no había podido ser contratada.

Al día siguiente se durmió y llegó tarde a la facultad, estaba muy cansada. Cuando iba camino a la universidad recibió una llamada inesperada. Miró el número y no podía creerlo.

—Isabella, me dejé algo en el departamento. ¿Podrías traérmelo por favor?

Isabella no podía creer que Rossana tuviera el descaro de llamarla.

—¿Te refieres a ese regalito obsceno que dejaste dentro de una caja? —respondió rápida.

Del otro lado del teléfono se escuchó una risita.

—¿Y quién te dijo que husmearas en mis cosas? No era para ti, además, era para Ingrid.

—Pues me pareció algo muy bajo de tu parte, después de lo buena que ha sido con nosotras.

—Era una broma, pero tú no entiendes de esas cosas porque eres una novata. Rayos, qué susto debió darte el didlo color rosa. ¿Verdad que era hermoso?

—Estás loca.

—¿Y qué hiciste con él? Es un juguete de placer, amiga, pienso que deberías probarlo.

—Eres una imbécil.

—Bueno, no te enfades, necesito que busques algo porque no quiero ir, ¿sí? No quiero cruzarme con nadie y tener problemas ahora.

—¿Y qué diablos dejaste? Tu cuarto estaba vacío.

—Escucha rubia tirolesa, esto es serio. Perdí una carpeta de plástico pequeña con mis documentos y fotos, no quiero que lo tiren ¿sí? Es mío.

Isabella suspiró. Estaba de camino a la universidad y no tenía tiempo para esas cosas ahora y se lo dijo.

—Me fijaré en cuanto llegue, ahora estoy yendo a estudiar.

—Está bien, esperaré... —suspiró aliviada o impaciente —Gracias. Pero ten cuidado. No le digas a nadie que te llamé.

Le pareció raro que le dijera eso y se preguntó si la brasileña no estaría metida en algún lío por culpa de los tipos con los que salía.

—No diré nada. ¿De qué tienes miedo? ¿Qué hay en esa carpeta?

—Nada, boda. ¿Qué va a haber? Fotos de mis amigos, nada más. Con poca ropa y haciendo cosas que una chica como tú se horrorizaría. Espero que seas discreta y no toques nada. Y tampoco husmees ¿eh?

—¿Y por qué lo haría? ¿O temes que lo haga?

—Sólo ten cuidado y por favor, busca la carpeta, es transparente, cuadrada y cerrada con elásticos.

—En tu habitación no vi nada.

—Busca bien, debajo de la cama. en todas partes. Busca por si Ingrid la tiene.

—¿Y por qué la tendría ella?

—Porque yo sé cosas de ella, pequeños secretitos y allí en esa carpeta hay fotos de ella comprometedoras.

—Eres sucia, Rosie.

—No me llames así, maldita perra alemana.

—Vete a la mierda, no buscaré nada.

—Escucha, tranquila. no quise decir eso. te pagaré un buen dinero si la encuentras. Ve ahora por favor, regresa al departamento. Es urgente. Esa carpeta no puede caer en manos equivocadas. Tengo mi pasaporte, rayos... todo está allí.

Su voz cambió, realmente estaba angustiada.

—¿Y cómo olvidaste algo tan importante?

—No lo olvidé, lo perdí. Estaba en mis maletas, pero me descuidé un momento y sospecho que alguien lo tomó de mi equipaje. Ingrid seguramente.

—¿Y por qué te la quitaría? Ella no sería capaz. Estás delirando. A lo mejor lo perdiste en tu nueva casa. ¿Dónde estás?

—No te lo diré, no te interesa. Sólo consigue la carpeta o tendré que hablar con Ingrid y decirle un par de verdades.

Isabella aceptó buscar la carpeta de mala gana, pero luego, en cuatro horas cuando saliera del curso de máster en periodismo que estaba haciendo.

El asunto de la carpeta la dejó intranquila y cuando volvía al departamento notó que la seguía un auto negro y se asustó. La siguió varias cuadras y no pudo ver quién había en su interior, pero pensó que no era la primera vez y comenzó a sentirse nerviosa.

Tomó su celular y llamó a Ingrid.

—Isabella, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

—Voy camino al departamento, alguien me sigue. Un auto negro.

—Demonios. Tomate un taxi, no camines por las calles. Pide ayuda. ¿En dónde estás?

—Estoy cerca, pero quería decirte que Rossana me llamó.

—¿Qué te dijo? —preguntó Ingrid con cautela.

—Preguntó por un sobre de plástico que tiene fotografías y me dijo que no dijera nada.

—Rayos. Debe ser algo sucio, pero al diablo con Rossana. Iré a buscarte. Fíjate el nombre de las calles.

—No es necesario, estoy bien. Fíjate en el sobre por favor. Me da mala espina y si encuentras algo raro...

—Si encuentro algo raro pobre de ella, te aseguro que lo lamentaré. Esto ya es el colmo. Isabella, me pones nerviosa. Trata de pedir ayuda.

Isabella no contestó porque del auto salió un hombre alto, bien vestido que aparcó tranquilamente su horrible auto negro y se le acercó mirándola con fijeza.

Estuvo a punto de gritar, no le entendió nada de lo que dijo, pero lo apartó y corrió dando alaridos llamando la atención de transeúntes, pero nadie intervino.

El hombre la siguió y corrió veloz, pero Isabella era deportista de siempre y corrió las dos manzanas que le quedaban y se metió en el edificio y le avisó al portero que allí había.

—Aguarde, entre aquí, iré a investigar.

Ella se quedó asustada mirando, pero el hombre volvió poco después.

—No vi a nadie, señorita Hoffmann. ¿Cómo era el hombre?

—Alto, bien vestido, cabello oscuro y estaba siguiéndome. Tenía un auto negro estilo sedán.

—Hay muchos hombres así y también muchos autos como ese. Seguramente se fue al ver que

entraba al edificio.

Ingrid apareció entonces preocupada y le contó lo que había pasado, pero ella tampoco pudo hacer nada.

—¿Viste el auto, la matrícula?

—No... me puse nerviosa. No sé qué auto era, no miré el modelo, pero creo que era un sedán o uno estilo remise.

Finalmente entraron en el departamento que parecía vacío.

—Toma esto, te hará bien. bebe.

Isabella se bebió una cerveza en lata y se dejó caer en el sofá.

Ingrid quería saber qué había pasado, pero en realidad sólo fue un auto negro que la siguió y un tipo que salió de su interior y quiso hablarle. Abordarla.

—¿Te había pasado antes? —preguntó de pronto Anisha entrando en la habitación con uno de esos vestidos largos y transparentes. No la había visto y apareció de repente provocándole un leve sobresalto.

—Tal vez... si he notado que hay un hombre que me sigue a veces, es rubio y bien vestido, pero nunca me dijo nada.

—¿Y por qué nunca nos contaste, Isabella? —dijo Ingrid preocupada.

—Es que no le di importancia, los hombres de aquí son muy osados y al principio me asustaba mucho pero luego me acostumbré.

—¿Y si es por culpa de Rossana? —dijo Anisha de repente.

Ingrid estaba muy preocupada.

—Me da mala espina todo esto, Isabella, si te han seguido saben ahora donde vives y tal vez donde trabajas. Puede ser un acosador, pero si vuelves a verlos avisa a la policía —opinó Ingrid mientras le ofrecía una taza de té helado refrescante.

Isabella lo tomó y le dio las gracias. Pero luego fue por una cerveza, la necesitaba, tenía los nervios de punta.

—¿Encontraron el sobre de Rossana? —preguntó entonces.

Ingrid y Anisha se miraron.

Ingrid dijo que no, que allí no había nada.

—Seguramente lo perdió en algún lugar —dijo luego.

—Iré a revisar —dijo Anisha.

Poco después regresó con el sobre y muy agitada.

—Aquí está, lo encontré debajo del a cama, debió caérsele cuando juntaba las cosas.

Ingrid tomó la carpeta y lo miró.

—Esto es asqueroso, rayos, se sacó fotos con sus amores... fotos muy comprometedoras. Hombres mayores... Y tiene fotos de nosotras y de Isabella, mira... te sacó fotografías desnuda.

La alemana se puso colorada.

—¡Qué perra maldita! Dame esas fotos. Las quemaré —dijo furiosa.

Luego miró las fotografías roja como un tomate y vio que estaba su nombre en el reverso y las había sacado de ella saliendo de la ducha.

—Qué perra inmund... te aseguro que me va a escuchar, cuando hable con ella lo lamentará. Estas fotos tienen mi nombre, maldición. Iba a mandarlas a alguien, no sé a quién.

También había sacado fotos de ella en el trabajo, en el departamento todas juntas. Había fotos de todas en realidad.

Rápidamente rompió sus fotografías donde estaba desnuda y las tiró a la basura cada vez más

furiosa con la brasileña.

—¿Por qué lo haría? Está loca.

—Yo sé por qué lo hizo —dijo de pronto Ingrid —o sospecho por qué. Yo creo que ella no vino aquí por azar, alguien la envió. Nos espiaba, sacó fotos de nosotras. Esa perra quiere vendernos.

—¿Qué? —gritaron todas a coro.

En un momento hubo pánico en el departamento, todas se asustaron. Una cosa era saber que Rossana ejercía el oficio más antiguo del mundo y otra era saber que quería involucrarlas en el negocio... a la fuerza.

—Pero no puede hacer nada ¿o sí? —preguntó Isabella angustiada.

Ingrid trató de tranquilizarlas.

—No me gusta esto y creo que tendré que conservar este sobre y denunciarla a la policía. Por si acaso.

—¿Pero si tomó esas fotos por qué sería tan estúpida de avisarnos? Esto me huele mal —dijo Isabella.

Todas concluyeron en que era extraño y que el asunto se ponía cada vez más feo.

—Voy a llamar a esta maldita, le diré que tengo sus fotos y lo va a lamentar. ¡Me va a oír! —dijo Isabella furiosa.

—No, no lo hagas, déjala. Ella llamará por su sobre y allí le diremos que no se lo daremos y que debe entregarnos todo o la denunciaremos a la policía —anunció Ingrid.

Isabella se quedó perpleja.

—¿Crees que sólo tiene esto de nosotras? Debe haber más. Esto es material de un chantajista. Tal vez quiere pedirnos algo a cambio de no mostrar estas fotografías.

—¿Tú crees que ella sea una chantajista?

—Si duerme con hombres por dinero, está dispuesta a todo. ¿Por qué no me sorprende? Espera que te llame Isabella, y me pasas la llamada. Estoy segura que nos llamará para pedirnos dinero, por eso dejó aquí las fotos. No hay documentos suyos, ni pasaporte, además, ¿sería tan estúpida de dejar un material como este ella que era más lista que una cobra?

Ingrid tenía razón. La dejó adrede, escondida bajo su cama para que todas la vieran.

—Pero hay fotos de hombres desnudos —dijo Isabella.

—Espera a que llame y veremos qué quiere. Por más que quememos todo esto que me parece lo más sensato, ella tendrá los negativos de todo, estoy segura. Al parecer me equivoqué con Rossana, era mucho peor de lo que pensaba.

Anisha se puso pálida, no había ninguna foto suya, sólo de Isabella y de Ingrid saliendo de la ducha, pero estaba nerviosa. Tensa. No sabía por qué, era una chica tan seria y recatada que debía bañarse vestida seguramente, era la única que dormía vestida además con esos pijamas con flores como una niña pequeña.

Isabella fue a comer algo, moría de hambre y había quedado ensalada de la noche anterior y carne asada, no necesitaba nada más. Necesitaba recuperar fuerzas.

Pensaba en esas fotos, indignada, la había llamado varias veces ese día, pero la muy maldita no había respondido. No quería saber que tuviera copia de esas fotos. Su cuerpo expuesto por completo. ¿Cómo rayos lo hicieron? Ella nunca vio nada en el baño. ¿Acaso había una cámara secreta para filmar y con ella sacaba las fotos?

Moriría de vergüenza si esa mujer las subía a un sitio de internet, no podría quedarse allí,

tendría que andar para siempre de lentes negros o...

—Pero si la acosaba con esas fotos, si trataba de pedirle dinero pues lo lamentaría. Iba a denunciarla, no se quedaría quieta ni iba a tolerar que se saliera con la suya.

Fue a descansar estaba exhausta demasiadas emociones para un día.

Siguieron días de una extraña calma. Todo parecía haber vuelto a la normalidad y reinaba esa calma anómala luego de que estallara la bomba y apareciera esa carpeta con las fotos comprometedoras no pasó nada y eso era lo raro.

Rossana no había llamado para preguntar por su misteriosa carpeta, ni tampoco contestaba al celular y el sobre con las fotos seguía allí sin ser reclamado. Eso era un alivio, pero Ingrid dijo que sólo les estaba dando una pausa antes de atacar.

Isabella se sintió deprimida y nerviosa. No le gustaba nada que Rossana no llamara ni que alguien viera esas fotos en algún portal, temblaba de que algo así pasara.

Un día salió antes de clase porque se sentía mal, quería encerrarse y descansar, pero al entrar en el departamento escuchó risas y voces. Las chicas seguramente habían llegado antes. Se tomaría un té negro y descansaría, pero les preguntaría sabía algo de Rossana, llevaba días sin dar señales de vida.

Entró sin hacer ruido como era su costumbre y se acercó al cuarto de Ingrid porque desde allí venían las voces. Lo hizo con total inocencia y al abrir la puerta se quedó de piedra al ver a su amiga desnuda con otra chica en pleno acto de amor apasionado.

Fue muy turbador, Ingrid era muy hermosa y la otra chica también, pero no sabía que ella lo hacía en su departamento. Tenía todo el derecho claro, porque el departamento era suyo, pero sintió curiosidad, nunca había visto a dos mujeres así, estaban abrazadas y como entrelazadas y no dejaban de besarse, de tocarse.

Luego se sintió horrible por mirar. No es que tuviera prejuicios ni nada, pero le chocó bastante y se alejó para tomar aire y pensar.

No era una chica cualquiera, era Anisha, la chica turca. Cuando vio que era ella tuvo dudas y miró y notó que era ella. No podía creerlo, una chica tan conservadora y con un turbante, tan recatada y allí estaba desnuda haciendo el amor con Ingrid.

Era algo fuerte, pero parecían muy apasionadas como si...

Como si no fuera la primera vez que se acostaban o eso pensó.

Tenía que escapar, no podían descubrirla allí, no quería que Ingrid pensara que... que sintiera que estaba metiéndose en sus asuntos diablos, era su vida y si quería hacerlo con la chica turca ella pues que lo hiciera, pero... Era incómodo, casi violento.

Salió corriendo del departamento, nerviosa y turbada y se fue a un bar a tomarse el té caliente y pensar.

Bebió un sorbo de té y comió unos pastelillos.

Eran amantes y hoy día nadie se escandalizaba, ella no era la chica latina conservadora, era mundana y se preguntó si Evelyn se enteró o sospechó algo de eso y por eso se largó, no sólo por lo que sospechaba de Rossana.

Ingrid y Anisha se escondían porque imaginaba que la chica turca sufría la represión de la religión musulmana que prohibía por completo la homosexualidad.

Bebió el té caliente y sintió la mirada de alguien y suspiró.

Un italiano mirándola con mirada fija, penetrante, como si quisiera comérsela y sonrió tentada. Esos hombres sí que eran osados, ardientes y le agradó sentirse deseada en esos momentos.

Rayos. ¿con qué cara la miraría ahora? ¿Tendría que fingir que no conocía su secreto? ¿Se acostaban siempre en su departamento todas las noches tenían sexo cuando las demás dormían? Ella caía como una piedra todas las noches y nunca escuchó ningún sonido extraño. A veces sí había oído voces y risas, no imaginaba que era por eso.

No tenía idea qué hacer.

—Principessa, qué hermosa sonrisa tienes —dijo una voz.

Allí estaba el italiano sentado en su mesa, osado, y arrojado dispuesto a invitarla.

Isabella abrió los ojos y se dijo que el tipo eso ni se imaginaba lo que estaba pensando.

—Sal de mi mesa, italiano —le dijo.

Su respuesta rápida y la mirada fiera sorprendió al desconocido que siguió diciéndole cosas bonitas.

Entonces vio a alguien observarla a la distancia. Conocía a ese hombre, era Rocco, “el novio” de Rossana o lo más parecido a esa palabra y tembló. Nunca le había gustado ese hombre, le daba miedo, tenía una mirada fea y desagradable. No porque fuera un poco cetrino sino porque sabía las cosas que le gustaban en la cama porque Rossana le había contado. Y ella que pensó que era su novio o algo así, no era su novio, debía ser uno de sus clientes.

Pagó la cuenta nerviosa y se fue no quería hablar con ese tipo ni que pensara que ella también era una ramera como su amiga. Siempre la miraba, y odiaba cuando antes se metía en el departamento a buscar a su antigua compañera de piso.

Rossana seguía sin aparecer, como si la tierra se la hubiera tragado. Nadie sabía nada de ella.

—Aguarda Isabella.

Rayos, no llegó ni a la calle que tenía a ese tipo pegado y era fuerte, alto y fornido. Rocco Rabosto.

—¿Qué quieres tú? Déjame en paz, no sé por qué me sigues, pero no soy una ramera como Rossana.

Él sonrió cuando dijo eso.

—Sí, lo sé... sé que eres una lesbiana virgen, me lo dijo Rossana.

Isabella rio.

—¿Crees que soy lesbiana?

—No te preocupes, me encantan las chicas lesbianas, me excita una monstruosidad ver lo que hacen.

—Pues qué pena para ti, no soy lesbiana.

—OH vamos, no lo niegues. Te entiendo perfectamente, las mujeres son muy hermosas, es fácil caer en sus garras... pero no te paré para decirte nada, chica virgen. sólo quiero tu ayuda.

—¿Mí ayuda?

—Sí... verás, Rossana se largó y llevo días buscándola. Tiene algo mío, algo comprometedor que quiero recuperar.

—¿Algo comprometedor?

Él se puso serio.

—Sí, algo que no debe caer en manos equivocadas.

—¿Entonces tampoco has visto a Rossana? ¿No está contigo?

Él no se sorprendió por la pregunta.

—No, no sé dónde está, estoy buscándola. Me enteré que se dejó unas cosas en el

departamento.

Isabella se puso en guardia, acaso se refería a la carpeta?

—¿Qué cosas? Se llevó todo —mintió.

—No, no se llevó todo. Falta algo —la miró con fijeza.

—¿Te refieres a las fotos que sacaba de tu pene? A Rossana le gustaba mostrar las fotos de los hombres con los que se acostaba y tenía muchas fotos de tu pene en su celular.

Él rio divertido.

—¿Y tú mirabas mi pene? Pensé que te gustaba ver otras cosas —rio— eres muy hermosa alemana, yo podría llenarte con eso que viste y tal vez luego descubras que te gustan más los penes que lo otro.

—No pierdas el tiempo, no me gustas, me pareces un tipo desagradable y peligroso. Y no sé qué buscas, pero te aseguro que no me interesa, y desde ya te aviso que la única ramera que vivía en el departamento era Rossana.

—Sí, eso lo sé, son todas lesbianas, es como una epidemia ¿eh? Pero me habría gustado verte a ti, le pedí a Rossana que te filmara con la sueca, pero nunca lo hizo... dijo que seguramente lo hacían en otra parte.

—Escucha, esta conversación es ridícula, nunca me acosté con Ingrid no soy lesbiana ¿sí? Se ve que Rossana te comió la cabeza con eso y me pregunto por qué tienes tanto interés en nosotras y por qué me sigues. Porque ya veo que tienes un sedán negro ¿Qué buscas? ¿Qué quieres de mí? Soy una chica seria que vive de su trabajo y no me acuesto ni con chicas ni con hombres.

Rocco la miró muy serio.

—Está bien, dejemos eso, sólo quiero las fotos que me sacó teniendo sexo con ella. Sé que las olvidó en el departamento porque me lo dijo. Consígueme las fotos y te dejaré en paz.

—¿Qué fotos?

—Las que grabó en una tarjeta de memoria, ella te llamó para pedírtelas. Junto a las fotos que tenía. En una carpeta blanca dijo que estaba. Lo sé porque estaba conmigo cuando te llamó.

—¿Tú estabas con ella entonces? ¿Dónde está?

—Se fue, cielo, ya te dije, no es que me interesará retenerla, tendrá asuntos que resolver, pero quiero esa memoria. ¿Tú la tienes? ¿Está en el departamento?

No iba a decirle nada, pero ese maldito no la dejó en paz. Le cerró el paso y la amenazó con llevarla en su auto a dar un paseo si no le hablaba de la carpeta. Pensó que era inútil resistirse y negar todo.

—Sólo encontramos una carpeta. Había fotos de personas desnudas, nada más que eso. No vi ninguna memoria, supongo que la tendría en su celular.

—Pues no, no estaba en su celular. Y me pidió que lo buscara por ella, dijo que todo está en la carpeta que te dijo.

Isabella pensó que él estaba al tanto de todo.

—¿Te pidió? De veras. Pero todavía no me dices dónde está Rossana.

Rocco sonrió de forma perversa.

—Desapareció, se largó. Quise que me diera las malditas fotos y no las tenía consigo, pero prometió enviarlas. Nunca lo hizo. Ahora no está por ningún lado y yo quiero esas fotos.

—¿Por qué?

—Porque estoy casado, preciosa, y si estas fotos llegan a mi esposa estoy frito y no voy a perder todo lo que tengo por acostarme con esa sucia ramera.

—Eso no te importó mucho antes.

—No juegues conmigo, conozco gente complicada cielo y podría venderte a ellos. Hay gente que pagaría una fortuna por ti y por las demás. ¿Sabías que ella me buscó para tratar de venderte? Isabella se puso colorada de rabia.

—Intenta hacerme eso y te parto en dos, Rocco.

—OH sí, también me dijo eso, dijo que pegabas fuerte porque eras una campesina alemana muy bruta y ruda.

—Entonces no te arriesgues.

—Yo no tengo miedo primor, haz lo que te digo y nadie será vendido al prostíbulo. Consígueme la carpeta con las fotos y me arrodillaré para ante ti y te haré caricias hasta hacerte gritar de placer, mejor que una chica. Mira mi lengua.

El italiano le mostró su lengua y era larga, muy larga y desagradable.

—¿Qué fotos son esas?

—Fotos mías divirtiéndome con rameras, no solo con Rossana. Fotos de una fiesta privada a la que fue ella con otras chicas y también un video. Las fotos las puedo destruir, no hay problema, pero necesito ese video que está en la memoria del celular.

—Pero ella tenía todo en su celular.

—Sí, ya tengo su celular, cielo, pero la muy maldita le sacó la memoria, supongo que sabes lo que es.

—Sí, lo sé.

—Búscalo en la carpeta porque imagino que todo está allí, si me das eso todo quedará olvidado y seremos buenos amigos. Pero si me traicionas y entregas todo a la policía, si intentas hacerte la lista ya sabes lo que te pasará a ti y a las demás.

A ella no le gustó nada el giro que había tomado esa conversación. Isabella supo que estaba atrapada.

—¿Y cómo sabré que cumplirás tu palabra de dejarnos en paz? Eres un rufián.

—Soy más que eso, soy un tipo complicado y peligroso, pero tengo mis códigos y tú me gustas, me agradas, eres una chica ruda pero muy hermosa. Y lista. Sé que harás lo correcto y si me ayudas yo te devolveré el favor de la forma que te agrade más, si no es con caricias te daré mucho dinero. ¿Qué me dices? Unos diez mil euros en efectivo. Es mucho más de lo que te pagan en ese restaurant de mala muerte donde trabajas. ¿Sorprendida? Sé todos tus movimientos, llevo días espíandote, buscando la oportunidad de hablar contigo.

—¿Y por qué no me llamó Rossana para decirme que te dé la cinta?

Él la miró muy serio.

—Chica lista... no te importa eso, sólo dame la memoria y todo lo demás y te dejaré tranquila. Te daré los diez mil, pero sólo si me das la memoria, las fotos sólo no alcanzan. Y no intentes engañarme, ni fugarte como hizo Rossana, te lo advierto porque te irá muy mal. Iré tras de ti y te juro que lamentarás no haberme obedecido. Conozco personas cielo que pagarían una buena cantidad por una chica rubia y virgen como tú, ¿sabías?

Isabella sintió un escalofrío intenso recorrer su cuerpo, ese tipo no estaba jugando, le estaba hablando muy en serio.

Tenía que darle lo que pedía y escapar, escapar muy lejos.

Rossana podía estar en peligro. Desaparecida o algo peor...

Regresó con prisa al departamento y al llegar encontró a Ingrid y a Anisha charlando en el comedor mientras comían helados. Trató de disimular, pero al verlas recordó la escena que había visto y se sintió turbada y bastante violenta. Ellas reían en el mejor de los mundos, muy cerca la

una de la otra. Pensó que siempre las había visto así de cerca y que había sido una tonta al no sospechar antes.

—Isabella, ven, come helados con nosotras. Tenemos crema de almendras y chocolate, tus favoritos —le dijo Ingrid.

—Gracias, pero no puedo...

Rayos tenía que encontrar el sobre con las fotografías ahora.

Las vio sonreír cómplices y se alejó. No podía creer que estuvieran tan frescas luego de haber tenido sexo salvaje durante más de una hora. ¿Por qué lo ocultaban? ¿Por qué se escondían? ¿Lo habría sabido Rossana por eso hizo esa insinuación aquella vez?

Fue a darse un baño para relajarse y pensar, en una hora tendría que irse al trabajo. ¿Dónde estaría el sobre? ¿Quién lo tendría ahora?

Cuando salió del baño cubierta con la toalla corrió a vestirse al cuarto mientras pensaba furiosa qué haría. Tenía que buscar el sobre...

—Ingrid, no puedo, tú ya sabes lo que piensan mis padres, no puedo decirle.

—¿Por qué? Estoy loca por ti, Anisha, quiero casarme contigo.

—¿Casarnos?

—Por favor preciosa, yo te amo...

Isabella presenció la escena de besos ardientes y forcejeos, de palabras dichas entre susurros. Como dos amantes clandestinos, ellas, la chica sueca y la chica turca, las dos compañeras de piso. Y la cosa iba en serio. Ingrid quería casarse con Anisha. Quería que fuera suya legalmente y la turca lloró de la emoción y se besaron, se besaron y pensó que harían el amor otra vez y corrió a encerrarse en su habitación demasiado turbada para ver eso otra vez.

Miró el reloj inquieta y se preguntó cuánto tardarían. Y se acercó con sigilo. sí, se habían encerrado de nuevo en su cuarto y la fiesta empezaba, era el momento para buscar el bendito sobre y entregarlo a Rocco. Tenía que sacarse a ese tipo de encima.

Se acercó despacio al cuarto de Rossana y buscó con sigilo en cada rincón. Estaba vacío, allí no había nada.

Buscó en el cuarto de Anisha y le llevó más tiempo y no lo encontró. Salió corriendo porque del otro lado empezó a sentir voces, suspiros y cuchicheos.

Rayos, tenía que largarse de ese departamento.

—Pero antes tenía que encontrar el bendito sobre.

Rocco la buscó al día siguiente para saber si tenía novedades, la increpó cuando salía del curso de publicidad, a media mañana. Isabella lo miró alarmada, no le hacía gracia ver a ese tipo todos los días, le crispaba los nervios.

—Escucha, no lo encontré, déjame en paz. Yo te avisaré. Tengo que seguir buscando. Dame unos días más.

—¿No lo has encontrado? —dijo él con mirada furiosa.

—No pude... Ingrid tiene el cuarto bajo llave y no pude entrar, pero veré cómo lo hago ¿sí?

—Escucha, no tengo tiempo, la policía está haciendo preguntas y no me gusta.

—¿La policía?

—Tu amiga está desaparecida, ¿no te has enterado todavía? Y no quiero que me involucren en esto. Encuentra rápido ese maldito sobre o juro que lo lamentarás. Si no tengo noticias esta noche

iré por ti y las otras. No quedará nadie en ese departamento, pero a mí no me atraparán.

—¿Esta noche?

—Sí y no me importa lo que tengas que hacer para conseguirlo habla con tu amiga la sueca o con el diablo si quieres, pero encuentra el maldito sobre de porquería.

—Está bien, lo haré.

Era más grave de lo que pensaba. ¿Y si no lo encontraba?

Regresó nerviosa al departamento y lo encontró vacío, por suerte. Era una bendición. Ni Anisha, ni Ingrid...

Buscó por todas partes, revisó todo y encontró fotos de Anisha e Ingrid abrazadas, parecían dos amigas. Pero el sobre no aparecía.

Revisó su cuarto, ya lo había hecho, pero por si acaso volvió a buscar y no tuvo resultados.

Entonces sólo podía tenerlo Ingrid. Tenía que haberlo escondido en su habitación.

Isabella no quiso ir, pero estaba acorralada, y abrió la puerta con sigilo. Tenía suerte, estaba abierta. Entró y encendió todas las luces para buscar. Armario, biblioteca... tendría un trabajo exhaustivo y sólo tendría tiempo hasta esa noche y, además, Ingrid podía regresar en cualquier momento.

De pronto vio la portátil de ella encendida y la abrió.

Tembló al ver que había un video íntimo reciente como si...

¡Se había filmado teniendo sexo con Anisha! No podía ser tan estúpida.

Y al parecer no era el único. Isabella vio que había otros y los cerró.

—Pero había algo más.

Rossana estaba allí y la amenazaba furiosa.

—Voy a decirle a las chicas lo que haces con la turca, sentirán asco y se irán. Hace tiempo que se acuestan y sospecho que era de antes de que vinieran las demás.

—Hazlo si quieres, eres una zorra entrometida —le respondió Ingrid.

Pelearon se dijeron de todo y Rossana le pidió dinero.

—Quiero mil para este viernes o hablaré.

—Eres una mala persona, Rossana Gonçalves. ¿Qué buscas aquí, qué te pasa conmigo? ¿Por qué no me dejas en paz? Yo no me metí nunca en tu vida y hace tiempo que sospechaba que eres una escort.

Rossana retrocedió y la miró con desesperación.

—Lo siento, Ingrid, es que estoy en problemas, necesito el dinero y como no quieres dármelo por las buenas tuve que hacer esto. Discúlpame, no quise hacerlo así.

—¿Necesitas dinero? Pero si lo tienes todo, ropa cara, celulares, perfumes, te das la gran vida —replicó Ingrid.

Rossana se apartó y escondió la mirada avergonzada.

—¿Qué crees que sale vivir en esta puta ciudad? Tú lo tienes todo, Ingrid Larsson, tu familia tiene mucho dinero, pero yo vine aquí sin nada y me costó bastante conseguir dinero, abrirme camino. ¿Crees que me gusta hacer lo que hago? Lo hice para sobrevivir y tener algo. Estaba harta de no tener nada trabajando sin parar en un restaurant y digamos que invertí en negocios que me salieron mal y ahora tengo que pagar y no aceptan que lo haga con mi cuerpo. Quieren dinero esta vez.

—No te creo, tú estás metida en algo feo.

Rossana no se molestó en negarlo y Isabella se quedó atrapada viendo ese video.

—Si te doy ese dinero volverás a chantajearme, sé cómo son las personas como tú,

traicioneras y ambiciosas, siempre quieren más. Nada las detiene.

—Pero tú tienes mucho, ¿qué te cuesta compartir, darme algo? He sido discreta siempre y durante meses cociné para todas ustedes y limpié esta pocilga y ni las gracias me dieron. Como era la chica nueva lo tuve que soportar todo. Escucha, no te pediré más que eso. Estoy en problemas, en serio, tengo que juntar el doble de lo que te pedí o me matarán.

—¿Quién te matará? Habla de una vez, ¿qué hiciste Rossana?

Rossana no lo dijo, se quedó callada y la chica sueca se rio de ella en la cara.

—Tratas de embaucarme, yo me callé muchas cosas de ti porque no tenía pruebas, y sentí lástima, te ayudé. Diablos, eres tan psicópata, eres encantadora, pero en el fondo eres fría y no te importa nada, sólo tú. Empezaste en el chat, empezaste a salir con tipos del chat sin parar y luego de a poco te fuiste soltando, te hacían regalos y seguramente te metiste con algún tipejo indeseable que en vez de conseguirte clientes te daba droga, ¿no? Te atrapó por allí, mientras te hacía caer más bajo. Rayos. Pensé que eras más lista.

—No fue así, te lo juro. Yo no me drogo, no soy estúpida, sólo bebo y me encantan los hombres, pero yo nunca fui ramera. Sólo entré en un chat de millonarios hace tiempo y comencé a cobrar por las citas, por sexo. Esos italianos millonarios pagan fortunas por una chica latina como yo, soy exótica dicen y yo acepté sus regalos, tarjetas para gastar, dinero y llegué a hacerlo con varios a la vez.

—No me cuentes, me da mucho asco de sólo imaginarlo.

—Sí, claro, me imagino. Pero no te lo conté para que te dé asco, verás, uno de esos tipos me filmó y me amenazó con subirlo a un portal de cine de adultos si no hacía lo que quería. Ese hombre me obligó a trabajar para él, y a dormir con los tipos que él escogiera para así poder fotografiarlos, filmarlos y chantajearlos.

Ingrid se puso pálida.

—Quiero largarme, quiero irme. Ya no soporto esto. Los tipos pensarán que fui yo y me harán daño. Esto no era lo que yo quería. Escucha, yo no siempre fui pobre, mi padre tiene mucho dinero en Brasil, pero jamás me dio nada porque no me casé con el hombre que quería y dice que soy una zorra atrevida como mi madre. Estamos peleados desde hace años y sé que, aunque está enfermo de cáncer no me dejará nada de su herencia, se casó de nuevo y tiene otros hijos. Pero si se entera de que estoy en una cinta de adultos en un canal porno... quiero largarme, eso es todo. Quiero irme muy lejos y cambiarme el nombre, todo, y necesito ese dinero por eso. Sólo dos mil euros me faltan y viajaré a otro país, no te diré a dónde, pero me iré muy lejos. He estado ahorrando para poder largarme, hace tiempo. yo no quería terminar así, quería un salón de belleza, un esposo rico, una vida distinta. pero sé que todo eso se terminó, he caído en una trampa inmundada por mi propia codicia, por querer subir rápido en la vida supongo.

—Bueno, tu historia es muy conmovedora pero no tengo todo ese dinero ahora. Lo siento. Deberás darme unos días y, además, haré otra cosa, te pagaré el pasaje y el hotel que elijas y me dejarás en paz. Pero si no te vas yo misma te denuncio a la policía Rossana Gonçalves.

Ella suspiró aliviada.

—Está bien, acepto el trato.

—Y tendrás que darme la filmación antes, no me arriesgaré a que sigas con esto.

—Primero tendrás que pagarme el pasaje y el alojamiento que te pida. Luego recibirás todo. En un sobre blanco de plástico. Lo prometo.

La filmación se interrumpió, pero allí estaba la prueba del chantaje y la razón por la que Rossana había huido sin dejar rastro, desaparecida.

Isabella comprendió que la brasileña estaba metida en problemas y necesitaba irse muy lejos. Había caído en manos de un aprovechado que la tenía como una esclava, pidiéndole favores, dinero, todo para no subir la cinta de ella con varios hombres teniendo sexo.

Tenía que encontrar ese sobre o ella se las vería fea.

Revisó los cajones, el ropero y se sintió mal, odiaba revisar las cosas de Ingrid, pero estaba desesperada.

Unos pasos la crisparon mientras revolvía en un cajón del escritorio y se detuvo en seco.

—¿Qué buscas, Isabella? ¿Por qué estás revisando mis cosas?

Ingrid la miró furiosa y tenía razones para estar enfadada por supuesto.

—Perdóname por favor, tengo que encontrar el sobre... el sobre de Rossana.

La chica sueca avanzó furiosa, no parecía sorprendida.

—Ah eso... ¿y por eso mirabas mi portátil? La dejaste encendida.

—Lo siento estaba prendida y lo vi sin querer.

—Oh vamos, deja de fingir, tú nos viste el otro día. Estabas en la filmación.

Isabella deseó que la tierra se la tragara.

—Lo siento, perdóname no debí mirar, pero... llegué antes y fue sin querer, no quise espiar. Para mí está bien, no me importa. Es tu vida.

—Ay vamos ¿qué quieres? ¿Chantajearme como Rossana?

—No por Dios nunca lo haría, sé que se quieren y tienen mi apoyo.

—¿Y por qué las fotos? ¿Por qué quieres el sobre? Ya rompiste las fotografías que te sacó Rossana. No hay nada allí que pueda interesarte. Sal de mi cuarto ahora y mejor será que te busques un departamento. No me gusta todo esto ni que revisen mi habitación. Tú no tienes nada que esconder supongo, sólo esas fotos que tú misma rompiste.

—Está bien, me iré, pero necesito el sobre, por favor, dámelo. Rocco me tiene amenazada... dijo que nos llevará a todas, que me venderá a un burdel si no le entrego el sobre con los documentos y las fotos. Es casado y dice que si su esposa lo ve teniendo sexo con rameritas... está desesperado y me hará mucho daño.

Isabella le contó todo entre lágrimas, pero Ingrid no se conmovió, parecía otra persona. No era la misma chica amable de siempre tal vez porque estaba enfadada por ella por descubrir su secreto.

—Escucha, cálmate ¿sí? Deja de llorar y para empezar te pido que salgas de mi cuarto. Es mi refugio, y es sagrado, aquí solo entra Anisha y no me agrada que husmeen mis cosas, me enferma.

—Perdóname, sé que estuvo mal, pero estaba desesperada. Tenía que encontrar el sobre.

Isabella abandonó la habitación y Ingrid cerró todo con llave luego de apagar su portátil.

—Escúchame bien por favor, ese Rocco no es nadie, es un tipo pervertido que paga a chicas extranjeras por sexo, no tienes que tenerle miedo. Te dijo eso de la red de trata para asustarte porque sabe que eres extranjera y le temes a la mafia italiana.

—Pero él sabía del sobre y sospecho que le hizo algo a Rossana por eso no volvió a llamar.

—Esa memoria que busca ese tipo ya no existe. La muy perra me filmó teniendo sexo con mi novia y eso también desapareció. Sin rastros. Y las fotografías, todo se ha quemado en la estufa hace días. Así que puedes decirle a tu amigo que se quede tranquilo que no hay rastro de todo eso. Él y su cornuda esposa vivirán felices hasta que ella lo mande de paseo y se entere de otra forma de los vicios de su precioso maridito.

—¿Pero por qué quemaste todo? No tenías derecho. Tal vez había cosas importantes en esa memoria. Rossana ha desaparecido, no contesta el teléfono. ¿No te parece extraño? Sospecho que

ese Rocco sabe algo y no me dijo.

—Cosas importantes en esa carpeta, oh claro. ¿Importantes para quién? Para esa perra chantajista, por supuesto, por eso llamó desesperada. Busqué esa carpeta por días y realmente hicieron bien en dármele. Llevaba tiempo buscando esa memoria del celular. Allí estaba todo y también encontré otros videos de hombres en una fiesta, pero no los miré. Me da asco mirar a un hombre copular realmente es un espectáculo grotesco y desagradable pero seguramente era ese Rocco. Dile que se quede tranquilo.

—Pero tal vez no me crea, tengo que darle esa memoria, por favor.

—Isabella, es inútil que insistas, la quemé y punto. Ahora junta tus cosas y vete y ni una palabra de esto a nadie o lo lamentarás y créeme, no estoy jugando. Estoy harta de vivir en esta mierda de chantajistas y quiero estar sola con Anisha. Nos quedaremos solas aquí y al diablo con lo que piensen los vecinos. En verdad que las traje de pantalla, para disimular, hace dos años que estoy con ella. Y estoy harta de fingir, de tener que esconderme, la amo y al diablo, somos pareja y nos amamos y nadie se interpondrá. Realmente fue mala idea rentar el departamento a tantas entrometidas. Debí imaginar que no eran tan tontas como parecían. Aunque lo peor que hice en esta vida fue aceptar a Rossana. Realmente me conquistó con su forma de ser tan alegre, parecía tan ingenua cuando vino, tan desorientada, como tú... aunque al verte supe que tendría problemas porque a Anisha no le gustó que te quedaras.

—¿Entonces todo era mentira, nunca fuiste mi amiga? ¿Nos trajiste para disimular que vivías con una chica en este piso? No lo puedo creer.

Ingrid lamentó sus palabras.

—Bueno, ustedes necesitaban un lugar agradable para quedarse, algo que no fuera una pocilga y yo les di todo, me brindé y eso fue auténtico. Pero todo salió mal, todo se fue al carajo. Primero Evelyn me vio con Anisha en la ducha y armó una pelea con Rossana para irse, luego Rossana me pidió dinero para cerrar la bocota y ahora tú también me ves con mi novia. No me gusta, estoy harta, he soportado esta invasión porque Anisha me lo pidió, ella realmente sufrió mucho todo esto, aceptarse, pero ahora ha decidido seguir adelante y abandonar esa horrible religión y casarse conmigo. Será mi esposa. Hace años que la amo y al principio vivíamos con otras chicas, pero siempre hubo problemas de convivencia, las chicas italianas son muy nerviosas y ruidosas así que pensé en buscar extranjeras pues no serían tan entrometidas. O eso esperaba.

Isabella sintió que le clavaban un puñal.

—Pensé que eras mi amiga, tú fuiste tan buena con nosotras, te brindaste.

—Y por eso tuve que soportar los celos de Anisha, sobre todo de ti. Siempre te odió porque nos acercamos mucho y fue bueno... pero no quiero que mi novia piense cosas que no son. Pero dejemos esto, no te enfades, es un momento complicado para ti y para todas ahora... Rossana está desaparecida y sí, me preocupa, no lo niego, me enfurece, pero me angustia porque yo estoy en el medio de una porquería de la que no me quiero ni acercar. Supongo que viste el video.

Isabella asintió.

—Si sospechabas que era una chica escort debiste echarla antes, Ingrid. ¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó.

Ingrid la miró muy seria.

—Debí hacerlo, es verdad, pero no estaba segura. Pensé que era una golfa que se acostaba con todos, no creí que lo hiciera por dinero.

—Tuvo que ser Evelyn quien la descubriera para que tú hicieras algo.

La chica sueca guardó silencio.

—¿Y realmente le pagaste ese pasaje para que se largara? —insistió Isabella.

—Iba a hacerlo, pero se largó furiosa y antes de irse me pidió el dinero, yo le di parte para que me dejara en paz, no le pagué ningún pasaje. Estaba muy nerviosa, lo admito, temía que esa perra subiera mi video íntimo con mi novia a un portal de porquería. Pero ella no contestó mis llamadas, la llamé muchas veces luego de que se fue y nada. Te llamó a ti para pedirlo y pensé que ya no tendría que pagarle nada porque estaba en la memoria.

—Tú viste la memoria?

—Sí, cosas horribles tenía ahí. Videos de ejecutivos con jovencitas, una asquerosidad tuve que mirar para encontrar el mío... por suerte lo borré todo.

—Debiste ir a la policía.

—A la policía? ¿No me jodas, y que vieran mi video privado?

—Y si Rossana tenía copia?

—No lo creo, seguramente por eso lo dejó aquí, a lo mejor la atraparon para que entregara todo el material y como no lo hizo... Ponte en mi lugar. Recibí a esa chica que siempre pagaba el alquiler con retraso y me quedaba debiendo dinero. Hice la vista gorda a eso porque no quería que se fuera, todas se hicieron amigas y eso era bueno porque me daba más tiempo para dedicarle a Anisha. Las tres se hicieron muy unidas y hasta Anisha empezó a unirse a sus salidas y excursiones. Le hizo bien, siempre ha sido muy tímida y retraída. Fue una buena experiencia y no te enfades. También las apreciaba, eran chicas divertidas y nos gustaba compartir momentos. Pero siempre tenía que soportar los celos de Anisha, su inseguridad es permanente.

—Ahora sólo quedo yo, todas se han ido. Está bien, no estoy enfadada... tú nos ayudaste y te lo agradezco, pero creo que será mejor que me vaya ahora.

—¿Pero a dónde irás? No hay prisa, escucha, te daré unos días y te devolveré la renta que pagaste por adelantado.

—No es necesario, Ingrid, tengo mis ahorros. No soy gastadora como las demás, siempre guardo.

—Isabella, lo siento, me enfadé cuando te vi en mi habitación.

—Por favor Ingrid, ya no importa esto, lo que importa es que Rossana desapareció y hay un hombre muy malo buscando ese sobre con las fotos. Imagino que eran las pruebas que ella reservó para defenderse del hombre que la obligaba a filmar a sus clientes. Tal vez ella fue obligada a prostituirse.

—Pues yo me las vi muy feas por culpa de esa chica, ¿quieres saber por qué no dije nada que era escort? Ya te imaginas. Ella conocía mi secreto y amenazó con contarles, lo hizo antes de pedirme dinero. Me tenía en sus manos y así me pagó mi ayuda. Es una perra traidora y no me importa nada de ella. Sólo quiero vivir en paz con la mujer que amo y que nada amenace nuestra tranquilidad. Tranquilízate Isabella, no pueden hacer nada porque nosotras nunca nos metimos en el inframundo ese. No te llevará a ningún lugar. Sigue con tu vida, no huyas ni te escondas, no demuestres miedo porque estás frita y si ese tipo te vuelve a molestar llama a la policía y listo.

—¿Y si ese hombre es el que obligaba a Rossana a filmar a sus clientes?

—¿Rocco Rabosto? No. Es un empresario millonario dueño de una cadena hotelera. No sé por qué andaba detrás de Rossana, seguramente le gustaba mucho la brasileña.

—dijo que conocía a gente de la mafia.

—Ay sí, claro, te lo dijo para asustarte, Isabella. Vamos. Te creía más lista. Las personas hacen esas cosas para tener lo que quieren, amenazan, mienten, embaucan porque están asustados como ratas, eso sucede aquí con ese Rocco. ¿Realmente crees que él te venderá a un prostíbulo?

Relájate por favor y no permitas que ese desgraciado te manipule ni te asuste. Tú dile que quemé todo o aguarda, deja que yo hable con él cuando te llame.

—¿Lo harías?

—Por supuesto, ¿crees que me asusta su plátano ancho y curvo? Antes yo comía plátanos, pero luego cambié, cuando vine aquí deseé algo más dulce, más suave y me enamoré de Anisha. Nunca había estado con una chica porque lo tenía reprimido creo. No lo sé... pero cuando se mudó aquí todo cambió para mí.

—¿Tú tenías novios antes?

—Claro, tuve varios y lo hice todo. No pueden acusarme de no haber probado de todo.

—¿Y cómo te volviste invertida de repente?

—No me digas invertida.

—Perdona. No quise ofenderte.

—Bueno, no me volví lesbiana, pero siempre me gustaron las chicas, sólo que no me animaba, no me atrevía y cuando conocí a Anisha me enamoré. Ella era muy tímida y reprimida, más que tú supones, pero nos hicimos amigas, fuimos las mejores amigas, pero había algo más. Algo que ocultábamos, pero estaba...

Isabella pensó que no quería escuchar eso, le chocaba un poco, sabía que no debía juzgar a nadie, pero... su mente estaba lejos, en Rossana, en Rocco Rabosto y el peligro que la acechaba. No entendía cómo Ingrid se lo tomaba con tanta calma, casi parecía alegrarse de que Rossana hubiera desaparecido.

No quedaron peleadas con la sueca, pero tampoco quedaron bien del todo. Isabella se sintió mal por todo lo que había pasado, por saber lo que sabía y por ese peligro inminente que la rondaba no sólo a ella, pero ella era la única que parecía advertirlo.

A media tarde se escuchó un timbre fuerte en el departamento. Muy fuerte. ¿Acaso era Rocco? Isabella tembló y casi no se atrevió a salir de la habitación.

—Agente de policía, abran —dijo de pronto una voz masculina.

Ingrid fue a investigar y abrió la puerta.

Eran dos agentes y no traían buena cara.

—Buenas tardes señora, ¿es usted Ingrid Larsson?

Ella los miró alerta y asustada.

—Sí, soy yo, qué sucede oficial, ¿por qué están aquí?

Eran dos hombres delgados muy italianos, saludaron con un gesto y entraron y miraron todo a su alrededor mientras uno de ellos hablaba el otro miraba como si esperara encontrar algo o a alguien.

—Necesitamos hablar con usted señorita Larsson por una joven que alquilaba este departamento, la señora Rossana Gonçalves. ¿La conoce verdad?

Ingrid asintió.

—Sí, vivió aquí hace tiempo, pero se marchó hace unos días. no he vuelto a saber de ella.

Isabella notó que Ingrid actuaba con mucha naturalidad, pero ella no, ella se puso pálida y uno de los oficiales la miró con una sonrisa.

—¿Quién es usted, señorita? ¿También vive aquí? Acérquese por favor, no tenga miedo, sólo hemos venido a conversar —le dijo el agente.

Isabella salió del escondite y notó que amiga sueca la miraba con rabia, no quería que estuviera allí y abriera su bocota seguramente.

—Soy Isabella Hoffmann y vivo aquí con las demás.

El agente anotó todo y le pidió que se sentara.

—El jefe de la señorita Gonçalves nos dio esta dirección, ya le hemos interrogado y necesitamos hacerle preguntas —explicó el policía más alto y delgado.

—Sí, adelante... —dijo Ingrid — pero ¿qué ha pasado con Rossana?

—Lo lamento, pero no tenemos buenas noticias.

Isabella gimió cuando escuchó que la brasileña había sido asesinada.

—Encontramos su cuerpo en un callejón con signos de haber sido violada y mutilada. Una compañera de trabajo reconoció su cuerpo esta mañana.

Ingrid no quiso ver las fotos que le acercó el agente.

—Es horrible oficial, no quiero ver eso por favor.

El hombre guardó las fotos mientras el otro agente le mostraba una orden de allanamiento.

—Debemos examinar este departamento ahora, señorita Larsson.

—Pero ella se llevó sus cosas, oficial, no dejó nada aquí.

—Pero vivió aquí unos meses. Tal vez encontremos algo.

—Está bien. Por supuesto.

Mientras un agente revisaba el otro seguía al firme con el interrogatorio.

—Bien, ahora usted señorita. Hoffmann.

Isabella vio que hablaba con ella y se movió inquieta en el asiento, asustada por lo que acababa de enterarse, Rossana había sido horriblemente asesinada.

—Conoció a Rossana supongo.

Miró a Ingrid y asintió.

—Bueno, ¿y qué sabía de ella? Era una chica extranjera que trabajaba en un restaurant caro y también era meretriz al parecer.

Ya lo sabían, rayos.

—Eso nunca lo supimos oficial. —dijo Ingrid.

Isabella no se atrevió a contradecirla. Al parecer quería evitar ser involucrada en ese triste asunto como si eso fuera posible. Acaban de saber que su amiga había sido asesinada y los agentes querían descubrir quién lo había hecho. Las harían hablar como fuera.

—¿Usted tampoco lo sabía, señorita Hoffmann?

Los ojos celestes del italiano hinchados como huevos duros la miraron sin parpadear.

—Lo sospeché por algo que pasó aquí hace unos días agente, una pelea entre las chicas por esa razón.

Isabella no iba a callar, no quería que pensaran que ocultaba algo.

—¿Así? ¿Puede decirme qué pasó, cuando ocurrió la pelea?

Isabella sintió que esos ojos saltones y duros no la dejarían en paz así que contó todo. Pero no dijo nada del sobre todavía ni mencionó la pelea de Ingrid y Rossana, ni el chantaje. Ingrid estaba atenta a cada palabra que decía y con sus bellos ojos azules parecía decirle: “¡si serás estúpida, tirolesa, calla, calla!”

Iba a ser un día largo, Isabella lo intuyó.

—¿Entonces no sabía usted nada de su actividad ilícita?

—Oficial, a ella le gustaba alardear de sus citas, ella salía con hombres de un chat y luego le hacían regalos. No presté atención a eso hasta que Evie lo mencionó.

—¿Y por qué se fue la señorita Rossana? —la pregunta la dirigió a Ingrid Larsson, debía saber que ella era la dueña del departamento.

Ingrid tuvo que responder, no tuvo alternativa.

—le pregunté si era una chica escort, quería saber la verdad, ella no lo negó, pero dijo que podía hacer de su vida lo que quería. Tuvimos un altercado y dijo que se iría.

—¿Se llevó sus cosas ese día?

—Sólo una parte, lo demás lo pasó a buscar al día siguiente, yo no estaba, Anisha sí y la vio.

—¿Quién es Anisha?

Ingrid enrojeció, odiaba que interrogaran a su novia, pero ella llegó en ese momento con un vestido bonito y ningún turbante. Isabella la vio más bella que nunca con sus labios rojos y los ojos color miel muy maquillados con máscara de pestañas y ese precioso cabello castaño lacio muy largo. Miró a los agentes y el de ojos saltones la miró con fijeza, sin ocultar su sorpresa y admiración.

Anisha cambió y se puso muy pálida al enterarse, Ingrid tuvo que correr a su lado y la abrazó porque la pobre se descompuso al saber que Rossana había sido asesinada. La forma en que la abrazó y besó no pasó desapercibida para el agente. Eran unos hurones y estaban allí para investigar. Cualquiera era sospechoso hasta que dieran con el culpable.

Mientras Ingrid llevaba a su novia a su cuarto y se quedaba a su lado, Isabella tuvo que soportar el interrogatorio, ella no tenía la suerte de escapar como la chica turca.

—¿Como era la relación de las chicas aquí? ¿Se llevaban bien o había problemas?

—Todo estaba bien inspector, lo siento es que estoy algo nerviosa... todo esto, no pensé que...

—Sí, imagino que es terrible para usted. ¿Pero qué pasó ese día? ¿El día de la pelea?

—fue una tontería, es decir, Evie y Rossana discutieron por una tontería y una palabra trajo otra y al final Evelyn le dijo a Rossana que era una escort y Rossana que Evie era una chica latina conservadora e hipócrita. Generó malestar y todas nos sentimos mal.

—¿Y usted qué sintió con respecto a eso?

—No me gustó que todo se arruinara sí, realmente hemos vivido unos meses grandiosos. Todas nosotras. Nos hicimos muy amigas.

—¿Tanto como Ingrid y Anisha?

Ese hombre era un sucio.

—¿A qué se refiere inspector?

—Bueno, es que parece que la señorita Larsson y la chica Anisha son más que amigas.

—La vida personal de Ingrid no es relevante ahora, ¿o sí?

—Se cometió un horrible crimen señorita y yo soy el que hago las preguntas. Responda a ellas por su bien y el de todos. Supongo que quiere que encontremos al asesino de su amiga, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces, dígame, ¿Ingrid y Anisha tienen una aventura?

—Son novias, inspector, hace tiempo. Yo no lo sabía, lo supe hace poco. Se lo aseguro.

—Sí, lo supuse. ¿Y Rossana era pareja de alguna de las chicas?

—No. Rossana era muy liberal, alocada, pero salía siempre con hombres.

—Y usted no sabía que ella era una ramera, supongo.

—No. Conmigo siempre fue muy amistosa, muy buena. Me enseñó a maquillarme, a vestirme. La apreciaba, pero las cosas cambiaron luego de esa pelea y Rossana decidió irse.

—¿Sabe si tenía enemigos, algún ex novio o algo por el estilo?

Isabella tragó saliva y el inspector la miró furioso porque se dio cuenta de que estaba nerviosa, rayos, no podía disimular, todo fue tan repentino y se sintió estresada.

—No lo sé supongo que sí, tuvo una muerte horrible y seguramente fue alguna venganza. ¿Novio celoso? Tenía varios inspectores, pero no como algo serio. Amigos. Amantes.

—¿Ninguno la visitaba aquí?

Si mencionaba a Rocco estaría frita así que dijo que no.

—Venían en autos caros a buscarla, tocaban bocina y ella bajaba, eso era todo.

—¿Recuerda algún modelo especial, alguna matrícula?

—No, no miraba. No soy una entrometida.

—Muy bien, muchas gracias señorita Isabella. Ahora le pediré que no salga de la ciudad, que se quede aquí. Por un tiempo. Por si tenemos que hacerle más preguntas.

El otro agente le pidió para entrar en su cuarto.

Todo el departamento fue registrado.

—Oficial, escuche, no quiero quedarme aquí todo esto no me gusta. Mataron a nuestra compañera de piso. ¿Cree que estaremos seguras aquí? Puede ser un asesino serial o un lunático que mata chicas por placer.

El oficial de ojos saltones la miró.

—¿Eso piensa?

—Acaban de asesinar a mi amiga, inspector.

—¿Y sospecha de alguien?

—Claro que no. Inspector, no sé nada de la vida de Rossana, ella era muy reservada. Hablaba poco y como además hacía unos pocos meses que vino... fue la última en llegar. Y sólo le gustaba alardear de que salía con hombres ricos, era muy presumida muy infantil a veces, pero nunca dijo que estuviera asustada por algo. Sólo que se dio cuenta de que no era bueno que se quedara. Somos chicas decentes y trabajadoras, estudiamos y no pensé que fuera buena idea que se quedara cuando supe que era escort. No juzgo a nadie por eso, pero este no era el lugar apropiado para ella.

—Entonces sí la juzgaron, pero está bien, entiendo lo que dice. ¿Y qué cree que le pasó a su amiga?

—Pues no lo sé, me hace una pregunta que... usted es el detective, investigue busque en sus contactos, seguramente allí encontrará todo lo que necesita. Hoy día todo está en los celulares.

—El problema que el suyo fue destruido. Borrado por completo.

—¿Borrado? —repetió Ingrid sorprendida participando en la conversación.

—Sí, alguien secuestró a la pobre chica, le quitó su celular y borró todo su contenido antes de destrozarlo seguramente. Estaba junto al cuerpo, chamuscado, destrozado. Y la muerte parece una ejecución, una venganza. Quien lo hizo odiaba a Rossana. La odiaba o la amaba. Por eso me sorprende que no tuviera una relación sentimental estable, aunque a lo mejor era clandestina, algún hombre casado seguramente.

Isabella pensó en Rocco Rabosto, pero no dijo nada, debía callar y fingir que era una enferma mental descompensada, Ingrid la había ayudado y no debía arruinar su plan.

Los agentes se fueron poco después, pero Ingrid no dijo nada y cuando iba a hablar le dijo que callara.

Pensó que quería largarse, no le gustaba nada ese asunto. La policía no tardaría en rastrear las llamadas del celular de Rossana, y la había llamado a ella ese día para pedirle la carpeta.

Ingrid fue por una bandeja, le preparó el almuerzo a Anisha en un momento y se lo llevó al

cuarto. Isabella se asomó y vio que Anisha estaba destrozada, no había dejado de llorar y tenía la cara hinchada.

Ingrid le dio la bandeja y la miró con tanto amor.

Isabella se dejó caer en el sillón del comedor agotada y aturdida por lo que acababa de enterarse, no podía creerlo.

Sintió pena por esa pobre chica, no debía ser fácil para ella, criada en un hogar tan conservador que prohibía el sexo fuera del matrimonio y también castigaban duramente la homosexualidad. Pero a pesar de ello se había abierto a Ingrid y no tuvo dudas de que la amaba, se amaban y toda esa tragedia las afectaría en el futuro.

Isabella las dejó solas y fue a prepararse algo para comer pues al parecer ese día no iría al curso y casi no se atrevía a ir a su trabajo. Todavía no podía creer que estuviera muerta, rayos, no podía ser... Era tan cruel, tan irreal.

No había sido un día fácil, no después de saber que Rossana había sido cruelmente asesinada y buscaban a los responsables.

Comió una ensalada y algo de jamón, no tenía mucha hambre, pero necesitaba distraerse con algo.

—Isabella, ven aquí. Tenemos que hablar.

Ingrid se acercó a la cocina y la miró furibunda.

—Quiero irme de aquí, cuanto antes y tú deberías hacer lo mismo, Ingrid.

—Pues no, estoy por tener un máster de psicología y me encanta Italia, y no dejaré que esta porquería altere ninguno de mis planes.

—Ingrid, acaban de asesinar a Rossana de la forma más horrible, como es que piensas en quedarte como si nada? ¿No tienes miedo de que ese psicópata venga detrás de nosotras ahora?

—Ay para con eso, tranquilízate. No somos ella, no somos como Rossana ¿sí? No nos pasará nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Escúchame bien, Isa, hay que pensar con calma y tranquilidad. Ella hizo algo feo, algo llamado chantaje y cosas que ni sabemos por eso la mataron.

—¿Cómo estás segura de eso?

—Primero se largó, se escondió y antes de eso salía con tipos por dinero, supongo que los chantajeó como hizo conmigo y le fue mal.

—¿Y si fue un maldito loco? ¿Un chiflado que mata chicas extranjeras?

—La policía no lo dijo.

—La policía no tiene idea —replicó la joven alemana fastidiada.

—Tal vez, pero quiero pedirte algo, no menciones nada de esa cinta ni de la memoria ni hables de Rocco Rabosto porque es un tipo malo, podría hacerte daño.

—No diré nada.

—Estuviste a punto de hacerlo, o eso me pareció.

—Estaba en shock Ingrid, ¿qué querías? Yo no tengo tu sangre de pato. Y me quiero ir.

—No lo hagas, espera, la policía irá tras de ti y te creará culpable.

—¿Qué quieres que haga? Lo único que puedo hacer es largarme, ya está, no puedo quedarme aquí después de lo que pasó.

—Largarte no arreglará nada. Si huyes irán tras de ti: la policía. Pero también puede que Rossana no llegara a hacer nada, por algo llamó para pedir las fotos. Y por algo la mataron, no debió conseguir el dinero o también estuvo chantajeando a otras personas como hizo conmigo. Los

chantajistas terminan así, realmente esa chica era una descarriada.

—Está muerta, no hables así de ella, pobrecita. Tuvo una muerte horrible.

—¿Y a ti te da lástima? A mí no, me resbala sinceramente, conmigo se portó mal. Lamento tener que decirlo, pero ella se lo buscó, el ambiente de una chica escort es muy jodido, es lo peor, la escoria peor de la sociedad. Puede que encuentren clientes tranquilos que pidan lo usual pero no siempre los hombres así pagan a una meretriz, también están los enfermos que se divierten con el sadismo. Ahora tenemos que elaborar un plan para salir de esta. Tranquila. Yo te ayudaré, pero primero te daré algo para te tranquilices. Así como estás no podrás hacer nada.

—¿Y si fue ese hombre Rocco Rabosto y ahora vendrá por nosotras para que guardemos silencio? No ha llamado ni nada y es muy raro.

—Rocco no lo hizo, no sería tan estúpido. Rosie estaba metida en algo feo, algo que no dijo a nadie.

—Tú no lo sabes, no puedes saber.

—Tranquilízate, debes controlar esos nervios o lo arruinarás todo. Deja que yo me encargue de ese tipejo de porquería, y que nos salve de este embrollo. No es justo. Sufrí el chantaje de esa maldita por meses, tuve que pagarle para que se callara la bocota y luego soportar que fuera una escort aquí en mi casa. Trayendo tipos indeseables todos los días. Pero se terminó. Ahora harás lo que te dije y cerrarás la bocota. Y ten calma, he contratado a unos pillos para que vigilen el edificio unos días, hasta que la cosa se calme. Nadie aparecerá ni vendrá sin que ellos se enteren.

—¿Unos pillos?

—Me los recomendó un amigo del curso hace tiempo por si necesitaba ayuda, en esta ciudad las cosas pueden ponerse complicadas. Ahora tranquila, puedes quedarte unos días.

Isabella tuvo que aceptar, pero sabía que sus días en ese departamento estaban contados. La cosa se había puesto fea y no quería quedarse allí ni un día más. Escaparía, huiría como una rata y sin importarle que pensara que era una rata por hacerlo...

Al día siguiente recibió una llamada de un número desconocido y se crispó, no quiso atender. Buscó a Ingrid, pero no la vio por ningún lado.

Pensó que no podía depender de Ingrid así, debía ser capaz de tomar sus decisiones.

Fue a darse un baño y antes se detuvo para verse en el espejo. Pensó que además de sentirse como una zombi se veía igual. Tenía que pintarse un poco y hacer algo con sus mejillas sin color, hasta sus labios estaban de un rosa pálido.

Fue a darse una ducha rápida y se puso jeans claros con algunas roturas como se usaba y una remera. Algo cómodo. Sólo iba a dar una vuelta. Se peinó con prisa y se pintó para darse color, estaba tan pálida, odiaba estar así, sedada todo el día sin poder hacer nada.

Esa mañana había oído a Anisha decir que quería irse de Italia y al final Ingrid cedió, dijo que ya no le importaba su tesis, que se alejarían un tiempo. Así que se llevaría a su novia a Suecia, y tenía la certeza de que la convencería y ella se quedaría sola acechada por esos demonios que todavía buscaban la maldita memoria del celular de Rossana.

Ingrid se lo había ocultado deliberadamente, nunca dijo que se iría ahora, pero al parecer sí quería irse con su novia, estaba asustada como ella y no quería seguir allí escondida.

Isabella pensó que debía largarse ese mismo día, no quería quedarse sola en el departamento, los pillos no siempre estarían allí vigilando el edificio. Tenía que largarse.

Su teléfono sonó y vio que era de nuevo un número desconocido.

¿Quién rayos la llamaba?

Atendió y de pronto se enteró que era su jefe.

—Signorina Hoffmann, lamento mucho lo de su amiga Rossana ¿cree que podrá venir hoy a trabajar? Es que la necesito con urgencia.

—Oh disculpe, pero es que no sé. ¿A qué hora sería?

—En dos horas. Pero la dejaré irse antes.

Era muy pronto.

—Está bien, iré. Necesito trabajar.

—¿Se siente mejor?

—En realidad no, pero iré.

—Sí...bueno, la espero señorita. Gracias.

Isabella pensó que necesitaba volver al trabajo, sin embargo, cuando se acercaba a un puesto para comprar un helado vio el auto negro acercarse a ella. Otra vez ese auto. No podía ser.

—Pero no era Rocco como imaginó, el auto se detuvo y vio a un hombre de traje y ojos muy oscuros mirándola con fijeza. No estaba solo, iba con otros hombres y de pronto le sacó una foto con el celular antes de salir del auto y encararla.

—¿Por qué hizo eso? ¿Quién es usted? —lo increpó.

—Hola preciosa, ¿te acuerdas de mí? El chico del chat al que le mandaste un video en la ducha —dijo el hombre.

Era un tipo alto, bien vestido y muy guapo. Aunque algo en su mirada y en sus facciones duras, la puso en alerta.

—Yo no te mandé ningún video, no te conozco, nunca te había visto. Creo que me confundes con alguien más.

—¿Así? ¿Y estas fotos cielo? ¿No son tuyas? Yo creo que sí.

Isabella se puso pálida al ver que ese sujeto tenía fotos de ella posando para su familia en Alemania, cuando salió a pasear con Rossana y se sacaron selfis durante el tour que realizaron por Italia. Plaza San Marcos, Módena, Florencia, Roma... Rossana siempre entraba en los chats, entonces... Claro ella tenía que ser.

—Yo no te mandé estas fotos, fue ella, fue Rossana la chica que asesinaron —dijo con desesperación.

—¿De qué chica hablas? Vamos, no seas tan vergonzosa. Hace días que estoy buscándote y siempre te me escapas. Quería hablar contigo.

—Yo no fui, yo nunca he estado en un chat, fue ella... ella usó esas fotos...

—Oh vamos, te di dinero por ese video. No es justo, me sacaste bastante plata y luego desapareciste. Eso no se hace. Me dejaste caliente y con ganas de probarte y saborearte.

Isabella pensó que eso no podía estar pasando, ese tipo estaba loco y todo por culpa de ese maldito video y de Rossana. Al parecer le había sacado jugo a ese chat y a lo mejor engatusó a otros.

—Yo no lo hice, escucha lo que te digo, una amiga mía o yo pensaba que lo era subió esas fotos y ese video a un portal, yo no soy una golfa y si no me dejas tranquila llamaré a la policía.

—Pero Isabella no se sentía tan valiente, era un tipo grande, muy alto y no estaba solo, los cuatro la rodearon mirándola como si fuera una fruta recién caída del árbol, ansiosa de ser devorada...

—¿Llamarás a la policía? No lo harás tesoro. Si lo haces subiré este video a un portal y todos

tus amigos y familiares sabrán que eres una ramera.

—No soy una ramera, por favor, déjame en paz. La chica que subió esto es la chica que asesinaron. Ella vivía en mi departamento con otras chicas, compartíamos el piso y esas fotos me las sacó de mi celular. Yo nunca estuve en un chat. No soy una golfa.

El de ojos negros no le creía, era un tipo rudo y muy malo. Lo vio en sus ojos. Isabella tembló, sólo quería correr.

—Pues lo siento por tu amiga, creo que tuvo su merecido por entrometida. Dicen que era una golfa chantajista. Pero esto llegó a mi celular hace semanas, ¿sabes? Desde entonces he estado buscándote. Así que vives en ese edificio azul muy antiguo.

Ella no dijo que pensaba regresar a Alemania en poco tiempo, ciertamente que ahora lo haría enseguida.

—Yo no fui, te lo juro. No sé nada de ese chat. Mira. Aquí tengo mi celular. No hay ningún chat ni nada.

Él tomó su celular y lo miró.

—Trabajo en un restaurant y estudio publicidad. Sólo quiero hacerme un porvenir, pero no de esta forma, no soy esa clase de persona. Pero la chica que murió hizo cosas muy feas y no me sorprende que hiciera esto para sacarte dinero, lo siento, pero ese no es mi culpa.

—¿Trabajas en un restaurant?

—En un restaurant de comida china. Pregunta allí si no me crees.

—¿Te llamas Isabella?

Diablos, le había dicho su verdadero nombre.

Ella asintió y tomó su celular.

—Pues tienes un problema Isabella. Tu amiga me hizo pagar por ese video y por algo que no me dio. Una cita contigo.

—Nunca me lo dijo.

—Preciosa, eres muy dulce, te creo, tú no eres una ramera. Pero si no haces lo que te pedí sí lo serás. En cuanto suba tu video, el que tu amiga me mandó a mi celular te quedarás sin trabajo y todos pensarán lo peor de ti.

Tras decir eso le mostró el video de ella saliendo de la ducha desnuda. Tenía la costumbre de salir del baño desnuda para vestirse en su cuarto porque tardaba un poco en decidir qué ropa se pondría y Rossana la había filmado, en el baño, caminando y también en su cuarto. Debió ponerle una cámara, ella nunca la vio haciendo eso.

Sintió su corazón acelerado.

—Eso fue filmado sin mi consentimiento y si lo difundes te demandaré —dijo colorada como un tomate.

—No puedes hacerlo, diré que me lo enviaste. ¿Cómo probarás que tú no querías filmarte? A todas las chicas les gusta filmarse desnudas y luego lo mandan a chicos del chat. Es muy común. No tiene nada de malo, además.

—Pero yo no lo hice, seguramente te lo mandó Rossana. Muéstrame el número.

Él se lo mostró y Isabella vio que no conocía el número, no era de Rossana.

—No es mi número, puedo probarlo.

—Pero yo tengo tu video y lo subiré a un portal si no haces lo que te dije.

—¿Si no hago qué? ¿Qué quieres italiano?

—A ti preciosa, ¿a quién más? Si vienes conmigo ahora y te acuestas conmigo olvidaré que perdí veinte mil por nada y borraré el video. Lo prometo.

—¿Y crees que me iré contigo por un estúpido video? Sólo estoy desnuda, no estoy haciendo nada de malo. No me asustas, ¿sabes? tengo problemas más urgentes que resolver. Vete y haz lo que quieras.

—No me iré, no sin tener algo que me haga esperar por lo mejor. Ven aquí.

Isabella lo miró asustada porque el desconocido se le abalanzó y le dio un beso ardiente y salvaje, allí frente a todos mientras sus amigos no la dejaban escapar y formaban un escudo detrás. Fue un ataque tan rápido que no pudo hacer nada para impedirlo y aunque se resistió no pudo evitar que la envolviera entre sus brazos y atrapaba su boca con una lengua hambrienta e inmensa. Fue lenta para reaccionar por los sedantes que le había dado Ingrid la noche anterior.

Su boca sabía a menta y un perfume de hombre de esos que te hacen suspirar la envolvió dejándola mareada y atontada. Qué hombre tan atrevido y tan guapo...

—Demonios qué dulce eres diabla rubia —le dijo el italiano y se rio al ver su rabia y frustración —Eres muy dulce y tierna, no quiero ni imaginar lo que será devorar tu carne tierna y dulce.

Isabella pensó que ya era hora de librarse de ese hombre y lo apartó furiosa.

—Suéltame y déjame en paz o llamaré a la policía.

—Oh la policía sí, qué miedo me da.

—Estás acosándome y eso es un delito.

No le importaban sus amenazas, no le afectaba en lo más mínimo como si se supiera invencible y poderoso.

—Haz lo que quieras con ese video.

Él sonrió y se le acercó, quiso agarrarla de nuevo pero esta vez fue más rápida y le dio un golpe fuerte en la pierna y en el pecho y lo lanzó hacia atrás, no fue tan efectivo el golpe, pero al menos le dio entender que no se saldría con la suya.

—No vuelvas a tocarme, italiano, ni tú ni tus amigos. Daré cuenta de ellos también. ¿Qué te has creído? ¿Crees que moriré de vergüenza por un video así? Ni que fuera una colegiala.

El desconocido la miró sorprendido de los golpes y se agarró la pierna con rabia y dolor.

—¿No te dijo mi amiga que pegaba fuerte? Debió avisarte. Soy cinturón negro de karate y también he practicado lucha libre. Hace tiempo que no peleo, pero todavía me acuerdo de cómo hacerlo. Y eso que estoy medicada, no quieras saber cómo soy sin medicación.

Y tras decir eso se fue corriendo para que la dejaran en paz.

—Pero estaba asustada, ese hombre la había besado y había querido llevársela a la cama para comérsela a besos, eso dio a entender. Y no negaba que ese beso la había excitado, ese beso y ese hombre, era guapo y malvado como un demonio, lástima que fuera tan cretino. Tal vez fuera algún cliente de Rossana, o algún hampón... o uno de esos yuppies de ciudad que tenían un trabajo serio y bien remunerado.

No andaba solo, tenía tres hombres para cuidar sus espaldas. De haber sido un simple ejecutivo habría ido solo.

Se detuvo a siete manzanas cuando sintió que ya no podía más. Malditos sedantes, le habían robado la energía y su fuerza para defenderse.

Respiró hondo y sintió que sonaba su celular. Tembló al pensar que podía ser es hombre, pero no era él, era Ingrid.

—¿Dónde estás?

—Salí a caminar, estoy harta de estar encerrada.

—¿Estás loca?

—No me pasó nada.

—Pudiste avisar, me diste un susto terrible.

—No quise molestar, pensé que estabas ocupada.

—Isabella, no debiste salir.

—No puedo vivir encerrada.

Ingrid suspiró, estaba de un humor de perros.

Isabella entró en el departamento poco después y vio a Ingrid tratando de calmar a Anisha, que al parecer tenía prontas las maletas para largarse. El ambiente era tan tenso que tuvo ganas de irse ella también.

—¿Qué sucede? —dijo ella por decir algo.

Ingrid la miró con rabia. Claro había peleado con la inestable de su novia y se la agarraba con ella.

—Isabella, nada... es que me puse nerviosa. No debiste salir así.

—Y a qué debo tenerle miedo en realidad? Tu dijiste que no hay ningún psicópata, que a Rosie la mataron por entrometida.

La chica sueca se mordió los labios nerviosa.

—Acaban de asesinar a nuestra antigua compañera de piso y no sabemos qué pasó, por eso.

Anisha miró a ambas aterrada.

—¿Qué psicópata? ¿Qué pasó, Isabella? ¿Tú sabes algo?

—No, yo no sé nada. Sólo hago suposiciones. ¿Tú sabes qué pasó Ingrid?

Las tres quedaron enfrentadas y de pronto Ingrid perdió la calma.

—Cállate Isabella, asustas a Anisha. No sé nada, no sé qué le pasó, pero imagino que se la buscó. Era una chantajista.

—Y por qué no le dijiste nada a la policía de las fotos y la memoria? ¿Por qué destruiste todo? Ahora nunca sabrán qué pasó. Nunca atraparán al culpable.

—Oh sí lo harán, sólo les llevará más tiempo.

—Necesitaban las pruebas Ingrid, pudiste al menos decirles.

—Pues no, no lo hice, ¿y qué? Ya basta con eso. Hablas como si fuera mi culpa. Esa chica se lo buscó.

—¿Y crees que merecía tener una muerte tan horrible?

Ingrid no respondió, Anisha estaba llorando y todo parecía desencajado y fuera de control. No era para menos. Acababan de asesinar a Rossana y su asesino estaba suelto, impune, por culpa de Ingrid. Por salvar su video con Anisha había decidido destruirlo todo.

—Pero no reñiría esta vez, había prometido ir a trabajar y lo haría, cualquier cosa menos quedarse encerrada peleando con Ingrid.

Fue a darse un baño mientras pensaba en el encuentro de ese día con el desconocido. Rossana lo había hecho, estaba segura, pero esperaba no volver a toparse con ese atrevido de nuevo.

Llegó un poco antes al trabajo.

Le hizo bien ver gente, trabajar y comenzó su labor de atender las mesas, tomar los pedidos y recibió algunos pipos de italianos alegres que le dijeron Principessa y tonterías así.

Fue un día largo, y había muchos clientes extranjeros, turistas.

De pronto vio a ese hombre de lejos y tembló. No podía ser. La había encontrado. Era el diablo de ojos negros mirándola muy serio. Furioso por los golpes de esa tarde. Otra vez él, rayos...

Por suerte no tuvo que atender su mesa, pero lo vio quedarse con dos amigos más y mirarla.

No le sacaba los ojos de encima.

Trató de mantenerse alejada y fingir que no lo veía, pero de pronto lo vio saludar y conversar con su jefe. Con el pelirrojo Alberto. Rayos. estaba frita, ahora la haría despedir. Sin embargo, los vio charlar y reír y mirarla también.

—¿Qué sucede, Isabella? —le preguntó Antonia, su compañera de trabajo.

—Ese hombre, no deja de mirarme.

Ella miró al desconocido. Ni siquiera sabía su nombre, pero la había besado de una forma y la había forzado en plena calle invitándola a tener sexo con él, amenazándola con un video de la forma más ruin. ¿Qué haría ahora?

—No sé quién es, nunca lo vi aquí —dijo Antonia. —pero es muy guapo y te mira de una forma. Parece que le gustas ¿eh?

Isabella se puso colorada cuando le dijo eso y volvió a trabajar.

No le dijo nada, pero su sola presencia fue suficiente para dejarla muy nerviosa.

Se fue luego de pedir un postre de tarta sacher y Isabella notó que tenía un anillo grueso en su dedo con un emblema raro.

Regresó al departamento cansada y como estaba cerca del trabajo decidió ir andando, necesitaba despejarse, caminar un poco, había pasado días encerrada por todo ese asunto de Rossana.

Cuando estaba por llegar vio el maldito auto negro y tembló como una hoja, no pudo evitarlo. Y del auto salió un tipo enorme y rudo y fue demasiado rápido para que pudiera correr o hacer algo. Era Rocco y se veía furioso.

—Hola preciosa, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de mí?

Isabella lo miró aterrada mientras luchaba por dominar sus nervios no había nadie cerca, pero eso no impedía que ese hombre fuera una amenaza.

—¿Qué quieres tú ahora? Ya sabes de la cinta ¿no? Ingrid te lo dijo.

Él sonrió y la miró con fijeza mientras otros hombres rudos y feos salían del auto y la rodeaban.

—Es verdad, me lo dijo, pero no le creo... teníamos un trato tú y yo, además, tú buscabas la memoria del celular y la maldita carpeta y yo te compensaba.

—La carpeta la quemó Ingrid, te lo juro, ella me lo dijo.

—Pero eras tú quien debía tenerla. Tú debías buscarla, teníamos un trato.

—La busqué, te lo juro, lo hice, pero no estaba.

—Yo sospecho que la tiene tu amiga y me mintió.

—Por qué lo haría? Ella no querría meterse en líos.

—Cielo, ya están metidas en un buen lío. Porque quien dio cuenta de esa zorra estúpida vendrá por ustedes, él también busca la memoria, la maldita filmación y las fotos.

Isabella miró a Rocco temblando.

—Fuiste tú? ¿Tú lo hiciste?

—Preguntas si maté a la chica brasileña? No, no lo hice. Pero ella conocía gente complicada de la noche, yo era su mejor cliente y me gustaba mucho, ¿por qué le haría daño? Yo no mato chicas, las mujeres son mi debilidad, nunca le haría daño a ninguna, me gustan todas.

—Escucha, no sé nada de esa carpeta, Ingrid la escondió y dijo que quemó todo porque Rossana la había filmado y chantajeado. Deja de preocuparte y déjame en paz.

—No tan rápido, ven aquí... escúchame tiroleza, esto no es un juego, es serio. ¿Hay un asesino serial que mata chicas extranjeras, la policía no te lo dijo verdad? sé que estuvieron aquí unos

agentes. Supongo que no le habrás hablado nada de nuestra conversación.

—No le dije nada, ¿me crees estúpida?

—Peor volverán y querrán hacer más preguntas.

—Yo no sé nada de lo que pasó. Ni tengo esa carpeta, déjame en paz.

—Tranquila, sólo quiero cuidarte, me preocupa que ese malnacido está cerca. Cualquiera de ustedes puede ser la siguiente. Y no me gustaría que te pasara lo mismo que a esa zorra chantajista. El asesino busca lo mismo que yo y tal vez piensa que tienen la memoria y querrá silenciarlas de la peor manera.

—Y a ti qué te importa? Tú sólo quieres la cinta.

—Pero no quiero que me metan en esta mierda, no soy un asesino. Tengo mis aventuras, mis gustos, pero nunca haría daño a nadie.

—Pues tranquilízate, yo tampoco quiero estar metida en esto.

—Entonces sigue mi consejo y sal de la ciudad, vete a otro lado tú y las demás, no es buena idea quedarte.

—Pero la policía dijo que...

—¿Qué dijo? ¿Que no puedes salir de la ciudad? Al diablo con eso, a ellos no les importa nada lo que les pase a ustedes. ¿Pero todas vieron las fotos y la memoria no?

—Yo sólo vi algunas fotos, nada más.

—Eso te convierte en testigo de algo feo pequeña, algo muy gordo y feo.

Isabella tuvo la sensación de que ese italiano quería ayudarla, por eso le decía todo eso.

—Será mejor que te vayas de aquí, vete a otra ciudad y no digas a nadie dónde vas. Sigue mi consejo o te meterás en líos. Tu amiga quiso venderte una vez, quería que la ayudara y así sacar una buen tajada.

—Eso me dijiste, pero no lo creo.

—¿No lo crees? Eres extranjera aquí, y seguro una chica escapada de alguna mansión de campo de tu país.

—¿Quién te dijo eso? No es verdad.

—Lo supongo. Tú no eres como las chicas que vienen aquí huyendo de la pobreza ¿no?

—Qué te importa? Déjame en paz.

—Está bien, pero sigue mi consejo si no quieres terminar como tu amiga. A la policía no le importa, sólo quiere resolver su caso, no te dirán nada del enfermo que anda suelto matando extranjeras. Te lo digo por tu bien, eres una chica lista y muy guapa, en la flor de la vida, sería horrible que algo te pasara, ¿no?

Isabella sintió un escalofríos recorrer su cuerpo por entero. Toda esa conversación la hizo sentirse enferma y cuando entró en el departamento pensó en hacer sus maletas y regresar a su país. De inmediato. Esos asesinos despiadados no andaban jugando, y si habían matado a Rossana por culpa de esa memoria...

Subió el ascensor y se detuvo en el quinto piso, pensó en llamar a Ingrid, pero estaba tan nerviosa que no encontró el celular. Tenía que avisarle, tenía que decirle...

Cuando se acercó al departamento notó que la puerta había sido forzada y estaba abierta y ahogó un grito de terror.

Se quedó allí parada sin saber qué hacer, aterrada y de pronto llamó a Ingrid, dijo su nombre mientras luchaba con el terror de entrar y ver algo espantoso. Ingrid, Anisha... entró sintiendo una rara mezcla de rabia y terror.

—Ingrid...

No tuvo respuesta, todo estaba tirado, roto, revuelto y de pronto sintió terror al sentir humo de cigarro alrededor.

Estaba allí, el extraño que buscaba la cinta estaba cerca o había estado. Y al comprender que pudo estar allí salió corriendo y fue en busca de ayuda. Corrió hasta el ascensor y buscó al portero del edificio.

El joven estaba justo por salir, pero ella lo atrapó y le gritó que esperara.

—Señorita Hoffmann. ¿Cómo está? ¿Sucedo algo?

—Han entrado en mi departamento ahora, está todo revuelto y no me animo a entrar.

El joven vigilante se preocupó

—Quiere que llame a la policía?

—Sí...

—Aguarde, iré a revisar. Espéreme aquí si quiere.

—No creo que sea buena idea, mataron a una compañera de piso hace días.

El joven la miró alarmado.

—¿La chica brasileña?

—Sí, ella...

—Pero yo vi salir a las chicas hace un momento, a la sueca y a la chica de turbante.

—Se llama Hiyab.

—Sí, eso...

—¿Entonces ellas salieron? ¿Cuánto hace de eso?

—Hace casi dos horas.

Isabella suspiró aliviada. Pero no se quedó tranquila hasta que el vigilante regresó y dijo que parecía un robo.

—No hay nadie allí —agregó.

Eso le dio mucho alivio.

Fue hasta el departamento y vio que había cosas tiradas por doquier y llamó a Ingrid.

La policía llegó poco después y luego Ingrid, que se puso furiosa al ver a los oficiales revolviendo todo.

Fue una noche larga, intensa...

—Pero todo estaba en su sitio, no hubo robo como pensaron.

Isabella fue la primera en hablar.

—Buscan la memoria del celular de Rossana.

Ingrid la miró furiosa y Anisha se puso a ordenar todo.

—Cállate, ni lo digas. Asustarás a Anisha.

—Y crees que no lo sabe? Escucha, me encontré con Rocco hace poco, él dijo que hay un hombre que mata extranjeras.

—¿Otra vez con eso? ¿y tú le creíste? ¿Eres tonta o qué? Ese hombre se acerca a ti para llevarte la cama, ¿eres tan boba de no darte cuenta? Yo ya le dije lo que había hecho y pensé que todo estaba muy claro.

—Pues no está claro, alguien más busca la cinta.

—Eso no es verdad.

—Ingrid, por qué sigues negándolo? El peligro existe. Acaban de entrar en tu departamento. ¿Es que no harás nada?

—¿Hacer qué? ¿Qué quieres que haga? Ya estuvo la policía.

—Debemos irnos de aquí, ¿es que no te das cuenta? Quien hizo esto busca la carpeta de

Rossana.

—¿Y cómo puedes estar segura? Pudo ser un simple robo. Todavía no sé si no falta algo, no he realizado el inventario de todo.

—Tu prefieres pensar eso, claro. ¿No te das cuenta que no resuelves nada fingiendo que todo está bien?

—Eso no es verdad, destruí esa maldita carpeta.

—Mataron a Rossana por esa carpeta y el asesino todavía la busca. Deja de fingir que todo está bien. eso no ayudará. Puedes estar en peligro y también Anisha.

Ingrid se puso colorada como un tomate, molesta y furiosa. Y de pronto la sacó a empujones de la habitación.

—Cállate, deja de decir esas cosas, asustarás a Anisha.

De nuevo eso. ocultar la verdad para no asustar a su noviecita turca, al diablo, esa mujer estaba loca.

—Tú sabes que es verdad. Lo sabes. deja de fingir que no pasa nada.

—Es que no finjo, pero ten calma. Ese hombre sólo quiere asustarte, no hay pruebas de que se trate de un crimen de un chiflado. La historia del lunático que mata extranjeras la inventó Rocco.

—Y por qué querría asustarme?

—¿Y por qué crees que ese italiano quiere ayudarnos, Isabella? No me gusta ese tipo, creo que no es tan imbécil como parece, al menos parece estar muy interesado en salvarnos. ¿Para qué? ¿Qué interés tiene?

—No lo sé, pero...

—Ese es el gran problema, eres impulsiva y no piensas demasiado ¿verdad? Eres como una veleta Isabella, vas para donde sopla el viento, viene ese donjuán sinvergüenza a decirte cosas y tú le crees sin desconfiar que tal vez esté mintiendo.

—¿Y por qué mentiría?

—¿Y por qué se preocuparía tanto por nosotras si sólo andaba con Rossana y buscaba la puta cinta de video?

—¿Y qué me dices de esto? —Isabella estaba cada vez más furiosa. —Lo que acaba de pasar aquí en tu departamento.

—Bueno, eso es verdad. Pero puede que fuera coincidencia, un robo.

—Pues a mí no me lo parece. ¿Y si realmente hay un chiflado que busca la cinta y quiere hacernos daño?

—Mañana veré eso, ahora será mejor que ordenemos este caos, me deprime ver todo esto.

Isabella ayudó y estuvieron un buen rato limpiando y ordenando todo. Pero su ánimo no se apaciguó. No dejaba de pensar en la conversación con Rocco. Y le creía, no pensó que fuera a mentirle, ¿qué sentido tendría?

Esa noche no pudo conciliar el sueño, estaba asustada y despertaba todo el tiempo luego de que pudo dormirse. Le parecía sentir ruidos, pasos y al final despertó sobresaltada a mitad de la noche con la horrible sensación de que había alguien allí observándola.

El asesino de extranjeras...

Despertó temprano con una sensación de cansancio y aturdimiento.

—Pero no estaba sola en su habitación y verla allí la crispó.

—Ingrid —dijo.

Ella se puso nerviosa.

—Lo siento, es que no pude dormir, tuve una noche de perros —se quejó.

—También yo.

—Supongo que te irás tirolesa.

Isabella asintió.

—¿Realmente quieres regresar con una familia que te trata como una débil mental?

—¡No es así!

—Bueno, eso me contaste una vez.

—Son sobreprotectores.

—Y tienen miedo de que seas una adulta que viva su vida.

—Eso no importa ahora, Ingrid, no me afecta.

—Yo creo que sí.

—Pues prefiero volver a casa que terminar en un cementerio.

—Isabella, no creas todo lo que te dicen. Tal vez ese hombre mienta.

—Y qué te dijo anoche la policía cuando vino?

Ingrid se crispó, estaba muy tensa, mal.

—No sabían nada por supuesto, nunca saben nada.

—Ingrid, ya basta de engañarte, deja de fingir que no pasó nada, una chica murió y no merecía morir tan joven de una forma tan horrible...

—Tal vez sí, quien eres tú para decir? El juez supremo. Además, tenía mis fotos y las tuyas. Éramos sus compañeras de piso, no tenía derecho.

—Pero en el video que vi de tu portátil decía que le debía dinero a alguien, ¿por qué le debía dinero?

—Drogas. Son muy caras. O quizás mintió y no le debía dinero a nadie, pero era su manera de presionarme para que le diera dinero. Quiso hacerme creer que estaba en apuros, pero sólo quería dinero.

—Pero si salía con hombres por dinero, y hacía chantaje, ¿por qué quería tanto dinero?

—Para darse la gran vida, todo lo que ella quería salía mucho dinero y no le alcanzaba, nada le alcanzaba.

—Pues ya no importa, me largo de aquí hoy, Ingrid, no aguanto más este lugar, tú deberías hacer lo mismo.

Y tras decir eso Isabella saltó de la cama y fue a bañarse.

Una hora después tenía prontas las maletas y llamó un taxi.

—¿A dónde irás? —le preguntó Ingrid.

Ella la miró molesta.

—lejos de esta ciudad.

—¿Volverás a tu país?

—No lo sé.

Fue una despedida fría, llena de tensión.

Isabella tomó un taxi y fue hasta la estación de metro rumbo a una vieja posada. Conocía bien el lugar pues había ido allí nada más llegar a Italia. Sabía que allí cerca del bosque de Toscana lo pasaría estupendo. Por lo menos nadie la encontraría y podría tomarse un tiempo para decidir qué hacer.

Tardó más de dos horas en llegar, primero llegó a Florencia, pero luego siguió hacia el sur un

buen trecho más hasta el parque forestal del Poggio Neri. Allí había una posada atendida por su dueña, la señora Annabella, la conocía bien, era una casa vieja de piedra muy pintoresca. Nada más divisar esos bosques a la distancia se sintió bien, era un lugar agreste y pintoresco, lo que estaba necesitando ahora por supuesto. Un descanso, un desaparecer por un tiempo mientras decidía qué hacer.

Su madre la había llamado durante el viaje para saber cómo estaba, seguía tratándola como si tuviera quince años.

—¿Cuándo volverás a casa?

Isabella se crispó al recordar la pregunta.

¡Nunca! Tuvo ganas de decir. Pero en cambio dijo: —Cuando pueda estoy ocupada con el trabajo.

Cuando entró en la posada con sus maletas y su mochila inmensa colgada a sus espaldas vio a la dueña del hostel y sonrió.

—Buongiorno, Signorina, deje esas maletas, aguarde que mi sobrino la ayudará. —dijo la dueña avanzando hacia ella con su figura regordeta y el típico gorro antiguo blanco cubriendo su cabeza redonda de cabellos grises.

—Señora Annabella, ¿cómo está usted? ¿Se acuerda de mí?

La anciana se detuvo y la miró sorprendida.

—Signorina disculpe, la conozco, pero no puedo recordar su nombre.

—Isabella, soy Isabella Hoffman.

Los ojos oscuros brillaron de repente.

—Ah sí, ya lo recuerdo, la jovencita alemana de Berlín.

Rayos, hasta recordaba que era de Berlín.

—Qué alegría volver a verla señorita Isabella... ¿Pero no se ha casado todavía?

Isabella sonrió.

—Así es.

—Ah, una Signorina tan guapa como tú y sin novio todavía. ¿Qué les pasa a estos hombres? Están muy bandidos, no quieren compromisos, eso pasa.

Isabella recordó que la señora le había vaticinado que se casaría enseguida con lo guapa que era, que enamoraría a todos los muchachos italiano, pero no había sido así.

—Señora Annabella, soy muy joven para casarme —respondió.

—Oh a su edad yo ya tenía marido y una hija, a Beatrice.

La joven sonrió y de pronto apareció un muchachito para ayudarla con las maletas.

—¿Entonces se quedará unos días a descansar?

—Sí, eso espero, ¿tiene una habitación?

La señora se puso seria como si tuviera dudas.

—Oh sí, por supuesto. Quieres una con vista al bosque, ¿no es así?

—Me encantaría.

Le gustaba mucho esa señora, le recordaba mucho a su abuelita fallecida el año anterior criada a la antigua, casada a los veinte, y enamorada hasta los huesos de su marido muerto. Risueña, conversadora y una magnífica cocinera. Sí, era un calco. Isabella se sintió como en casa al llegar a Italia y ahora suspiró pues volvía a sentirse así después de tanto tiempo. en casa y a salvo... lejos de los asesinatos, las persecuciones y las mentiras. Esa casa olía a hogar antiguo, olía bonito y casi recordó los veranos en la casa de su abuela berlinesa.

De pronto sonó su celular y tembló, Ingrid. No atendió. ¿Por qué seguía llamándola? ¿Y si

había pasado algo?

Alarmada atendió.

—Isabella, olvidaste una mochila con ropa nueva.

La joven germana suspiró.

—No importa, tengo suficiente ropa.

—Puedo enviártela si me das la dirección.

—No lo hagas. Quédatela o regala a alguien que precise.

—Está bien... supongo que regresarás a Alemania pronto.

¿Por qué quería saberlo?

De pronto pensó que ni ella podía saber dónde estaba, especialmente la chica sueca.

—Eso planeo, así que deja quieta esa mochila.

—Isabella... no es bueno que estés sola, mejor regresa a tu casa pronto.

—Lo haré.

No hablaron más, pero notó rara a Ingrid.

Acomodó sus pertenencias y luego se dispuso a disfrutar de un almuerzo casero delicioso, el olor a salsas y a pasta italiana la llamaba de lejos.

Entró en el comedor y las tres hijas de la señora Annabella se acercaron a saludarla, una de su edad, la más joven y las otras mayores. Trabajaban en el negocio familiar y no les iba mal pues tenían un auto cada una y siempre estaban bien arregladas. Y eran todas muy cordiales y atentas, le dieron una cálida bienvenida que la emocionó, realmente necesitaba ver gente buena y amable en esos momentos porque necesitaba distraerse un poco mientras decidía qué hacer. realmente quería quedarse en Italia y pensó que a lo mejor podría hacerlo allí o en Florencia que era una ciudad bella y más tranquila al parecer.

La comida se olía deliciosa. Tuco casero, quesos frescos, pan recién hecho y espaguetis. Qué delicia.

—Coma Signorina, es su plato favorito —dijo la señora Annabella mientras le servía.

Ella le sonrió agradecida.

—Gracias... —y comió unas cucharadas sintiendo que su cabeza estaba a punto de explotar.

Entonces sonó su celular, su jefe... había olvidado decirle.

—Lo siento señor Capelli, olvidé decirle. Es que tuve que marcharme.

—¿Te has ido de la ciudad? —parecía sorprendido —No volverás al trabajo?

—No... lo siento mucho, sé que debí avisarle, pero lo olvidé.

Su jefe parecía desilusionado, pero al menos pudo decirle que no regresaría.

—Disculpa, ¿puedo sentarme contigo? —preguntó un desconocido con una bandeja repleta de comida casera del hostel.

—Disculpa, es que es duro comer siempre solo... no te molestaré ni te haré preguntas —le avisó.

Ya tenía su bandeja y habría sido grosero decirle que no. Así que aceptó a regañadientes mientras lo miraba de arriba abajo.

Era joven y parecía un yuppie, bien vestido, cabello corto peinado hacia atrás, y unos hermosos ojos entre verde y azul. Al ver que era tan guapo se sonrojó y él lo notó.

—Eres alemana ¿verdad? Aunque tienes nombres de italiana, te llamas Isabella.

Ella lo miró furiosa pues la acababan de llamar de lejos, la señora Valenti para preguntarle si quería postre.

Isabella asintió y él la miró esperanzado.

—Pero hablas italiano, te oí hablar con la señora Annabella hace un momento.

—Hablo poco y hoy quiero hablar menos. Mucho menos. Disculpa. Vine aquí por privacidad. No digas a nadie que me viste ¿sí? Si te preguntan no me llamo Isabella.

—¿Te sigue tu marido? ¿Has huido de tu esposo? —preguntó mirándola con fijeza.

—¿Qué esposo? Tengo veintidós años. No tengo esposo, pero sí un tipo que me sigue y me molesta. Por favor. Si vienen aquí preguntando por mí no digas que me viste.

—Pero nadie viene aquí a buscar a nadie, es el pueblo más tranquilo que conozco, preciosa. Eres muy hermosa, te vi llegar y pensé que ...

—Pensaste mal. No estoy buscando novio ni aventuras con italianos. Por favor, ¿es que no pueden ver una chica guapa sin tener que acercarse a hablar?

El yuppie le sonrió algo avergonzado.

—Lo siento, perdóname, no quise causar incomodidad. Supongo que debes estar huyendo de alguien, pero si necesitas ayuda estoy en el otro departamento, en la habitación siete y este es mi número. Llámame. Si puedo serte útil.

Isabella vio que era sincero, pero no podía detenerse a conversar con extraños, realmente no estaba de humor.

—Bueno discúlpame, no tengo costumbre hablar con extraños y necesito estar sola. No quise ser grosera.

Dijo y guardó su celular.

—Aguarda, no estoy ofendido, pero si estás en problemas con traficantes por drogas o algo peor deberías avisar a la policía.

Isabella lo miró indignada.

—No soy una criminal, sólo soy una chica extranjera que no quiere ser acosada, no sé por qué te doy explicaciones. Tal vez porque me ofendiste al tratarme de prófuga de la ley.

—Bueno, es que dijiste... disculpa, tu dijiste que no dijera nada que estás aquí.

—No lo hagas, por favor. Me iré en unos días y quiero estar tranquila. No deseo llamar la atención, estoy pasando un momento muy difícil y...

—Aguarda, no te vayas. Siéntate y conversa conmigo. Cuéntame qué te pasa. Te hará bien... es mejor cuando los problemas se lo cuentas a un extraño, ¿sabes? Alguien que no te conoce no te juzgará, no dirá nada inoportuno. Pero tal vez te dé un buen consejo.

—Gracias, eres muy amable pero no suelo hablar de mis problemas con nadie, menos con extraños. Lo siento.

Y tras decir eso se marchó.

—Pero sintió su mirada seguirla.

¡Lo que le faltaba! Un admirador secreto en la posada de la señora Annabella.

Y lo peor que tuvo que dejar la mitad del menú y el postre, la rica crema de vainilla con salsa de caramelo y merengue que era la especialidad de la posadera.

—Pero al menos estaba a salvo y lejos de curiosos preguntones.

¿Contarle sus problemas a un extraño? Ese tipo estaba loco. O muy ansioso de conquistarla. Esos italianos no podían con la condición, donde veían una chica guapa allí se lanzaban, aunque luego los sacaran volando, no les importaba. Se buscarían otra y así y así...

Qué fastidio le dio y esperaba no cruzárselo otra vez.

Isabella se encerró en su habitación y no volvió a salir. Estaba cansada, exhausta después de tan largo viaje.

Pensó que debía calmarse, había hablado de más con el extraño, pudo contarle a la señora Valenti y eso no era buena idea pues esperaba pasar desapercibida un tiempo y que nadie la encontrara en ese lugar perdido y deshabitado.

Siguieron días de relativa calma. La sensación de paz que había en ese lugar era impagable. Estaba a salvo.

Vio al guapo italiano en otras ocasiones, se llamaba Tadeo Scorza y pasaba allí sus días, nadie sabía por qué pues se veía muy bien vestido para el lugar, aunque pronto descubrió que tenía amistad con la dueña.

Ese día decidió dar un paseo y adentrarse por el bosque, estaba contenta, disfrutando esos días de vacaciones mientras decidía qué hacer.

Y de pronto lo vio, a Tadeo.

—¿Vas al bosque? —preguntó.

Ella llevaba jeans, una blusa blanca campesina y una mochila con refrescos y pasteles horneados por la propia señora Annabella.

Sonrió, era su vecino.

—Sí, iré, ¿por qué? ¿Hay algún lobo feroz o bruja suelta?

Él sonrió.

—Brujas no, duendes o eso dice. El problema es que podrías perderte, bella. No conoces bien los caminos ni caprichosos senderos.

Isabella notó que tenía ojos de un color indefinido parecían muy azules, de una tonalidad cobalto rara y era más alto que ella y eso que era alta, debía medir más de un metro ochenta y cinco.

—¿Crees que podría perderme? No soy una niña y llevo una brújula y el GPS de mi celular.

—No hay cobertura en ciertas partes del bosque, los turistas siempre se pierden y luego enloquecen a los guías.

—¿Tú vives en Toscana no?

El asintió.

—Nací aquí.

—¿Y por qué no vas a la ciudad a estudiar y hacerte un porvenir?

Él sonrió.

—Ya lo hice, tengo un título de ingeniería civil, pero prefiero vivir aquí. Es un lugar más sano, con gente sencilla. La ciudad resultó muy estresante para mí.

Isabella sonrió.

—Disculpa, pensarás que soy una curiosa. Sólo que me he preguntado qué haces en una posada tan humilde. ¿Eres familiar de la señora Annabella?

—Casi.

—Ah ya me parecía, te tiene mucho cariño.

—También a ti. No entiendo cómo una chica guapa como una princesa todavía no tiene un esposo italiano. Piensa que los hombres somos estúpidos al dejar escapar a una chica tan guapa e inteligente.

Isabella se sonrojó.

—La señora Annabella es un amor, es divina. Aunque tiene esas ideas anticuadas, cree que una mujer no puede valerse sola, que debe tener un marido que vele por ella.

—¿Y realmente no tienes un esposo en tu país, preciosa?

—No tengo esposo, ya te dije —Isabella sonrió. —Pareces muy preocupado por mi estado civil, ¿quieres casarte conmigo o buscas una esposa con urgencia?

Él sonrió de oreja a oreja y la miró con intensidad.

—Me encantaría, sí... si me prestaras atención te haría mi esposa y muchos bebés, preciosa. Tú pareces hecha para tener un hogar, un marido y muchos niños rubios como tú.

—Oh dios mío ¿no crees que podría ser algo más importante en la vida, una doctora, una científica? ¿Piensas que me conformaría con cumplir con la preservación de la especie?

—Bueno, tú preguntaste y yo te dije lo que pensaba. No te ofendas. No es malo ser una esposa y madre, parece que las mujeres creen que eso es algo simple, pero es lindo estar enamorado y formar una familia.

—Pues no vine a Italia para eso, ¿sabes?

En realidad, había ido a Italia escapando de su familia y con la esperanza de encontrar un novio guapo, pero no lo dijo.

—Pero por algo estás aquí ¿verdad?

—Vine de mochilera con unas amigas —inventó para que no la creyera una desesperada.

Ella miró hacia el bosque.

—Ahora debo irme de paseo.

—Aguarda, espera... no vayas sola, podrías perderte.

Parecía preocupado, ansioso en realidad.

—Sólo daré una vuelta, tranquilo.

No lo invitó a acompañarla, no se animó. Por más que le parecía un hombre bueno y agradable no se fiaba de sus intenciones ni tampoco quería que pensara que era una cobarde.

Se alejó con paso rápido y luego encendió el celular y buscó señal. Había una señal perfecta. No había peligro de perderse. En realidad, no iría muy lejos tampoco, buscaría un lugar bonito para sentarse y hacer un picnic. Esperaba que no hubiera curiosos ni hombres por allí rondando el lugar.

¿La habría seguido el italiano? Tampoco se sentía segura sabiendo que la había seguido hasta allí desde el hostel. Parecía vigilar sus pasos. ¿Y si era amigo de Rocco o un antiguo cliente de Rossana que la siguió hasta allí? No, no parecía un depravado ni un lunático, pero en ese mundo todos aparentaban lo que no eran... y no lo conocía más que de vista. Sabía que salía todos los días a trabajar y regresaba a media tarde o a veces antes, charlaba con la señora Annabella y luego se iba, no sabía si dormía allí en realidad. Rara vez lo veía en las mañanas, pero si al medio día o más tarde.

Pensó que debía ser algún pariente de la señora que le hacía reparaciones en la casa porque siempre se rompía algo y el ayudaba, no imaginaba que fuera ingeniero, pero en verdad encajaba, siempre estaba bien vestido y elegante con una maleta y un auto bastante caro. Sonrió al recordar las palabras de ese día, su insistencia en saber si tenía marido...

Por supuesto que ese italiano podía ser otra cosa bien distinta: un traficante, un bandido casado en busca de ligarse una chica extranjera... los hombres de ese país eran todos unos artistas, farsantes en su mayoría, te hacían sonreír con sus piropos ingeniosos su conversación amena y picaresca pero luego...al menos eso le contaban las chicas del trabajo.

Caminó un buen trecho con su mochila al hombro y decidió descansar para orientarse con la brújula. Había llevado emparedados y un refresco, pero su idea era caminar y recorrer un poco antes de comer, tomó la brújula y siguió dirección al sur. Funcionaba perfectamente, no sabía por

qué el italiano le dijo que no le serviría. ¿Acaso pretendía asustarla?

Siguió el sendero que señalaba la brújula y se encontró con unos árboles antiguos y espesos. Había tanto silencio y tanta belleza en ese bosque, era distinto a los que había en su país, eran como los bosques de los cuentos. De pronto se detuvo para ver unas letras grabadas en un árbol y un corazón. Sonrió al pensar que dos enamorados habían puesto su nombre, pero eran más que iniciales, decía ámame por siempre en italiano. Isabella se emocionó al leer esa frase, era una tontería, pero pensó que a sus veintidós no había vivido una historia de amor así nunca, en su país le decían que era demasiado seria y fría y espantaba a los hombres, cuando tuvo tiempo de pensar en ello, luego de que su padre enfermara y dejara de tener siempre el ojo sobre ella... él y su madre. Sobreprotectores.

Se alejó del árbol distraída y pensó que era momento de comer algo cuando sintió una señal en el celular, un timbre y pensó que lo habría apagado para que no la molestara en esos momentos. Esperaba que no fuera Ingrid de nuevo.

Miró el celular con gesto torvo y vio que no tenía ningún mensaje ni rastro de llamada, pero algo había pasado. ¡No tenía señal!

Nerviosa movió el aparato caminando unos metros y nada... sin cobertura. Estaba frita.

Miró la brújula y tampoco marcaba nada.

Se acordó mucho de las recomendaciones de Tadeo. Rayos. debía ser justo ese lugar... caminó un poco más mirando el celular y la brújula. Nada funcionaba, todo estaba trancado, rayos... no podía ser. Eso no podía estar pasando.

Caminó de un lado a otro y tuvo la sensación de que entraba en un círculo, siempre iba hacia el mismo lado.

Finalmente tuvo que rendirse, estaba perdida y sin poder orientarse no tenía ni idea de cómo regresar. Se dejó caer furiosa sobre la hierba y pensó que nada ganaba poniéndose histérica, tenía que comer algo y juntar fuerzas para buscar ayuda. Tomó un sándwich y bebió refresco de pomelo.

Miró nerviosa el celular, seguía sin señal, pero sólo tenía que salir de ese bucle y encontrar la salida porque antes sí había tenido señal.

El tiempo pasó, demasiado para su gusto y comenzó a ponerse histérica.

Comenzó a silbar, a gritar, pero no lo hizo con mucha decisión pues temía que algún indeseable la encontrara. ¿Por qué rayos no se llevó a ese italiano guapo que se había ofrecido a ayudarla? Sólo porque no se fiaba de él porque lo conocía poco y le daba la sensación de que la espiaba a veces.

De haber sido un secuaz de Rocco él ya la habría encontrado.

“Isabella, te están buscando, me llamó anoche una chica llamada Ingrid. Dijo que te cuides porque hay un grupo de hombres que van a buscarte. ¿Qué diablos está pasando? Me lo he pasado en vela y no atiendes mis llamadas. Me estás preocupando”.

Ella vio el mensaje de su hermana al correo y tembló. ¿Cómo diablos tuvo Ingrid el número de su hermana? Esa chica era una maldita hacker informática. Y como no contestaba sus llamadas ahora molestaba a su familia. ¡Qué peste por Dios! ¿Por qué no la dejaba en paz? Acaso ella...

Isabella tuvo una horrible corazonada la noche anterior a dejar el departamento, sospechó de Ingrid... pensó que estaba implicada por eso estaba tan tranquila... tenía razones para hacerle daño a Rossana, estaba furiosa con ella y aunque no se imaginaba capaz de matarla... sospechaba que hizo algo en su contra.

Quiso llamar a su hermana y explicarle para que no se pusieran todos histéricos. Pero no lo hizo... no quería preocupar a su familia. Maldita Ingrid, ¿por qué tuvo que llamar a su hermana y

decir que no atendía el celular? De todas formas, no tenía señal de nuevo...

Avanzó hacia el norte, al fin tenía señal y debía emplearla.

—Pero demonios, por más señal que tuviera no lograba salir de ese laberinto y tuvo que llamar desesperada a su amigo figón. A Tadeo, pues primero tenía que encontrar la salida.

—Isabella. ¿Todo bien? —le preguntó.

—Disculpa que te llame, Tadeo, pero me he perdido. Tengo señal por momentos, pero no sé dónde estoy y no quiero pasar el día entero encerrada aquí.

—Tranquila, suele pasar, primero deja de dar vueltas por donde estés ahora, eso hará que te pierdas y te sientas más angustiada. Toma asiento. Busca algo cómodo.

—Está bien, ya lo hice.

—Ahora mantente en línea y dime que ves a tu alrededor. Descríbeme los árboles.

Ella vio el árbol que tenía el dibujo de unos corazones cerca de allí y se lo dijo.

—¿Estás en el árbol de los enamorados? Qué bien. Ya sé dónde es, pero por favor no te muevas ¿sí?

—¿Se llama el árbol de los enamorados? ¿Conoces mucho este lugar no?

—Como la palma de mi mano.

—¿Y por qué se llama así?

—Es una larga historia. Te la contaré en cuanto te encuentre. Voy para allá, tardaré unos quince minutos.

Isabella suspiró aliviada.

—Muchas gracias, Tadeo.

—Ten calma y quédate dónde estás.

Ella se dejó caer en la hierba cansada y miró ese cielo azul sin nubes, y la brisa de los árboles acariciando su cabello y pensó que le habría gustado vivir en ese bosque.

Perdió la noción del tiempo. fue como hacer un viaje astral, sintió que el alma salía de su cuerpo y volaba, viajaba muy lejos y se vio a sí misma dormida. Rayos, qué cara de boba tenía.

Hasta que un sonido la despertó, voces, pisadas, risas... había alguien en el bosque. No estaba sola como había pensado.

Se despertó enseguida y corrió a esconderse detrás de una maleza. No se fiaba de los forasteros en ese lugar, tal vez fueran simples turistas o algo no tan inofensivo.

Entonces recordó el mensaje de su hermana y pensó que debía escribirle, pero esperó que las voces estuvieran lejos para salir de su escondite debajo de un matorral de plantas exóticas.

Eran muchachos adolescentes, chicas y chicos bromeando y hablando francés, pero cuando los vio ya estaban lejos. Iban cantando y riendo y empujándose como todos unos pendejos. Pensó en avisarles que había una zona donde no había cobertura, pero supuso que como eran varios alguno sería lo suficientemente listo para encontrar la salida. Lo divertido de ese lugar era perderse y buscar ayuda, como uno de esos lugares peligrosos para turistas intrépidos. Aunque en verdad no fue tan divertido perderse.

Al ver que no había peligro tomó su celular y le envió un audio a su hermana para no gastar su recarga de teléfono móvil.

Allí le explicó que había dejado Milán y estaba en Toscana para descansar, se quedaría unos días y luego regresaría al departamento. No quiso decirle que había dejado Milán para siempre ni que seguramente tendría que volver a Berlín tarde o temprano.

Su hermana le dijo que se cuidara.

Isabella vio entonces dos llamadas perdidas de la señora Annabella y una de Tadeo.

Lo llamó nerviosa, algo pasaba.

—Isabella, escucha, quédate escondida en el bosque. No salgas.

—¿Qué pasó? Me asustas.

—Hay unos hombres aquí buscándote, fueron a la posada y amenazaron a la señora Valenti con un arma. Ella dijo que habías salido y dejó que entraran a tu habitación. Revolvieron todo pensando que estabas allí.

—¿Unos hombres?

—Unos tipos rudos, eso me dijo la hija de la señora Annabella. Llamó a la policía y están aquí, pero desaparecieron. Se fueron en un auto deportivo hace cinco minutos y se fueron al bosque. Creo que algún vecino de aquí les dijo. Yo no estaba cuando me pasó, me acaba de llamar desesperada Giulia, la hija mayor de la señora Galeano.

—Oh dios mío, ¿hicieron daño a la señora Annabella?

—No, pero la pobre sufrió un ataque de nervios y la llevaron en ambulancia al hospital. ¿Quiénes son? Dime la verdad. ¿Eres la esposa de un mafioso? O fuiste captada por una red.

—No, no estoy casada, te lo juro ni tampoco me captó ninguna red, pero ... no puedo hablar ahora, oigo voces, dios mío, están aquí...

—Escóndete, deja que entren en el bosque y se pierdan, no conocen el lugar y se perderán enseguida.

—Sí, sí gracias, tengo que cortar, pero si algo me pasa, si no vuelvo a verte quiero decirte que nunca te he mentado. No huyo de mi esposo, huyo de algo feo que pasó en el departamento de Milán donde vivía con unas chicas... luego te lo explicaré. Yo no hice nada malo. Sé que no me conoces, pero escapé porque mataron a una chica.

—¿Te refieres a la chica brasileña?

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no se habla de otra cosa en la televisión, todo el tiempo... ¿tú estabas allí, conocías a esa joven?

Isabella no respondió, no sabía si confiar en ese hombre ni darle más información. De pronto cortó la llamada y lloró, no pudo evitarlo. No podía de dejar de ver la imagen de la pobre señora Annabella atormentada por esos rufianes por su culpa, habían ido por ella, esos malditos y ahora le pedía a un extraño que confiara en ella cuando en verdad no se fiaba de él. ¿Y si todo era una trampa para atraparla? ¿Por qué habría de ayudarla? No era más que una chica antipática y desconfiada que ni siquiera había aceptado su compañía ese día.

Secó sus lágrimas y se escondió tras los matorrales como lo hizo momentos atrás, buscó el más denso de todo, el que estaba junto al árbol de los enamorados como lo había llamado el italiano. Allí se sintió segura sin saber por qué y a salvo.

Se preguntó cómo rayos la ubicaron si no dijo a nadie que estaría allí, no pudieron seguirla o hubieran aparecido antes... alguien debió delatarla. ¿Acaso fue ese misterioso inquilino? ¿Le había tendido una trampa? Por eso le dijo que se quedara allí porque los hombres iban a buscarla y no tardarían en perderse.

Mientras sentía su propio corazón latir acelerado pensó que seguramente ese hombre trabajaba para la mafia porque vestía ropa elegante y tenía un auto muy caro, no podía ser el pariente distinguido de la señora Annabella, aunque ella le había hablado bien de él más de una vez, durante el almuerzo, ahora lo recordaba... ¿Tendría una doble vida? ¿Sería capaz de engañar, de traicionarla por dinero?

No. Él no habría permitido que golpearan a la señora Annabella, era una viejecita adorable y

él se oía muy indignado en el teléfono.

Tuvo la sensación de que pasaban mil años hasta que escuchó pasos y voces. La hojarasca seca crujió a su paso.

—No me gusta este lugar, no tiene señal. Mejor sigamos caminando —dijo un hombre.

—Tiene estar cerca, no pudo ir muy lejos.

—Yo no veo nada.

—Busquen mejor, diablos, no se puede escapar.

Eran varios, más de seis, estaba perdida, buscaban a alguien. ¿A ella? ¿Entonces eran los hombres que habían golpeado a la señora Valenti? Si la veían la atraparían, podría pelear con dos o tres, y correr, pero en su situación y con lo cansada que estaba de la caminata sólo podría correr si acaso se le acercaban. Tembló al ver a esos hombres a la distancia. No los conocía, pero dos de ellos vestían trajes y se veían tan ridículos en un lugar tan agreste como criaturas surrealistas. Pero sabía que ellos vestían así, elegantes, los mafiosos de Milán, los había visto varias veces, iban como señorones vistiendo ropa cara en autos modernos y lujosos.

Entonces ocurrió lo impensable: uno de ellos avanzó hacia ella como un demonio. Demonios. Debió ver algo que se movía en la maleza... contuvo la respiración nerviosa.

—Eh, aquí, escuché algo.

El desconocido se detuvo crispado y al no verla por ningún lado, se alejó.

Ella comprendió que ese escondite no la ayudaría mucho tiempo, tenía que correr, alejarse de ellos. Era una trampa, ¿cómo sabían que estaba allí? Tadeo debió decirles. Qué desilusión. ¿Cómo pudo ser capaz? ¿Acaso conocía a Rocco o...? El asesino de Rossana debía ser, estaban detrás de ella por la memoria del celular.

—Pero todavía no podía moverse, no estaban lo suficientemente lejos.

Y cuando iba a correr vio a ese tipo otra vez, era alto y muy fuerte, no podría más que tirarle una patada y correr.

—Está cerca, tiene que estar por aquí. Conozco este lugar, venía de niño —dijo el tipo, pero no se detuvo en el matorral sino frente al árbol.

—Me acuerdo de este árbol, besé a una chica aquí cuando tenía catorce años —dijo y todos rieron y lo llamaron imbécil.

—Qué romántico eres, estúpido.

Algo lo volvió a alejar de ella y pensó que tenía que aprovechar esa oportunidad, era ahora o nunca. Se arrastró con sigilo y siguió por el camino contrario. Se dio cuenta que sólo dependía de ella en esos momentos, nadie la ayudaría, pero si se alejaba esos idiotas se perderían. O tal vez no...

Sintió que corría serio peligro, Iban a matarla, a silenciarla por culpa de esa memoria, todo iba a terminar para ella, no podría volver a su país, estar con su familia ni enamorarse... no podría hacer nada.

Desesperada se arrastró contra el suelo a gran velocidad y luego corrió, corrió veloz para que no pudieran alcanzarla y se internó en el bosque, en lo más profundo y oscuro, en lo más peligroso, lo sabía bien, pero no le importó pues mejor era estar allí que seis pies bajo tierra.

—Acabo de verla, por allí, se internó en el bosque. Maldita sea, ahora será más difícil —los escuchó gritar.

—Ven aquí, muchacha, no te haremos daño si vienes con nosotros. Ven aquí, vamos. Si te quedas a pasar la noche en ese bosque morirás, es una antigua leyenda.

Escuchó sus voces a la distancia, las palabras le llegaban lejos, no parecían tener sentido,

pero imaginó que querían asustarla y convencerla de que se rindiera, pues nunca lo haría.

Miró a su alrededor y pensó que ese lugar agreste era encantador y no tenía ningún miedo. Estaba a salvo. Por ahora. Sólo que luego no sabría ni cómo llegar al principio tenía algo de provisiones y una manta por si refrescaba.

Se escondió más en una especie de cueva agreste, llena de espesa vegetación y pensó que estaría a salvo, sintió su corazón latir acelerado y las voces y risas alejarse cada vez más. ¿Por qué la habían seguido hasta allí? ¿Qué querían de ella?

De pronto se hizo un extraño silencio y vio a alguien acercarse.

—Aquí está, puedo sentir su olor... huele a flores frescas —dijo una voz.

Ella miró aterrada a su alrededor y los vio allí, eran como cinco, todos dispersos a la distancia y ese que había hablado. Un tipo rubio de lentes negros y mandíbula ancha. No los conocía, nunca los había visto pero ellos sí la buscaban como sabuesos.

Se quedó tiesa, helada y asustada cuando sintió que lentamente se acercaban.

—Diablos, aquí está, la encontré.

Todo ocurrió demasiado rápido, pues unas manos como tenazas la agarraron de repente y gritó al sentir que sujetaban sus brazos.

—¿Es ella verdad?

El tipo rubio la tenía sujeta y otro se acercó con el celular.

—Sí, lo es. Le avisaré a Enrico.

¿Enrico? ¿Quién diablos era Enrico?

—¿Quién es Enrico? ¿Por qué me siguen?

El tipo rubio sonrió.

—Porque eres muy guapa y aquí perseguimos a las chicas guapas —dijo el rubio y sonrió mostrando una hilera de dientes largos y filosos.

—Suéltame idiota, no iré a ningún lado contigo —chilló Isabella y comenzó a luchar por librarse de esos tipos, pero supo que era imposible, eran demasiados.

Y aunque quien la tenía sujeta se ganó puntapiés y mordidas otro que estaba allí la agarró para que no pudiera defenderse.

—Aten a esta gata, dará problemas.

El que habló la amenazó con darle una paliza allí mismo si gritaba o intentaba algo más mientras otro ataba sus manos.

Isabella se desesperó al ver que le arrebataban el bolso donde tenía el celular y comenzó a gritar pidiendo ayuda mientras en un movimiento rápido lanzaba patadas a diestra y siniestra para apartar a esos rufianes que eran cuatro en ese momento, faltaban dos y sólo pudo patear a tres, uno de ellos alertado por su inesperada agresividad se apartó y ella corrió, corrió con todas sus fuerzas a través del bosque. Pero dejó de gritar para que no pudieran rastrearla. Rayos, de algo le había servido hacer artes marciales en Berlín, sabía defenderse de un ataque, pero no se engañaba, eran muchos y su única esperanza era volver a esconderse. Y llevaba horas caminando, corriendo, huyendo, y estaba asustada.

No pensó nada más, necesitaba la energía para buscar un refugio. No quería ni pensar en lo que le haría ese hombre si la atrapaba.

De pronto sintió que todo se oscurecía alrededor, le faltaba el aire, había corrido demasiado y ya no podía más. No escaparía esta vez, sintió los gritos de los tunantes cerca de ella.

—Aquí está. La atrapamos Giulio —dijo.

No llegó a hacer nada porque en esos momentos sintió que su corazón iba a explotar y lo único

que recordó fueron unos ojos negros malignos mirándola con intensidad mientras la atajaba y le hablaba.

Sintió voces, voces gritonas de hombrecitos pandilleros, risas y olor a hospital. Ese olor fuerte era igual en todas partes.

Abrió los ojos y vio a una enfermera de ojos muy grandes mirándola con ansiedad, al principio pensó que era Rossana, se parecía bastante pero no era ella, era una enfermera del hospital.

—Señora Montesco, ¿se siente bien? —le preguntó.

—¿Qué? —balbuceó.

—Sufrió un desmayo y su esposo la trajo. Él está muy preocupado por usted.

—¿Esposo? Yo no tengo esposo.

Pensó que era uno de esos sueños absurdos pero muy reales, ella no tenía esposo, pero no podía hablar, sentía todo el cuerpo pesado y le dolía mucho la cabeza.

La enfermera sonrió comprensiva.

—Sufrió un accidente y le están realizando estudios. ¿Le ha pasado antes?

Negó con un gesto.

—¿Sufre del corazón o de presión alta?

Volvió a negarlo y lloró pues se vio llena de cables y monitoreada.

—Descanse, no se ponga nerviosa por favor. El doctor vendrá a verla... aquí está su esposo. Lleva días a su lado.

Isabella vio a ese hombre de ojos negros y se asustó. Lo conocía, sabía quién era, pero no podía recordarlo. Llevaba un grueso anillo de oro en su mano izquierda y de pronto notó con horror que ella también llevaba uno.

—Tranquila mi amor, descansa. Te pondrás bien —dijo mirándola con intensidad y tanto amor, como si la conociera.

Ella tragó saliva pensando que no tenía esposo, no podía recordar que tuviera uno. ¿Qué diablos? ¿Acaso ese hombre...?

—¿Tú eres mi esposo? —le preguntó.

Él sonrió y su expresión cambió, se tornó picaresca y en verdad que era guapo, alto fuerte, como le gustaban a ella. Excepto que no recordaba que fuera su marido para nada, ni su novio, era un completo extraño. O casi lo era, su rostro le resultaba vagamente familiar, lo conocía, pero no podía recordar de dónde.

—Sí, preciosa. Soy tu esposo y cuidaré de ti. Pero debes estar tranquila ahora, luego hablaremos. Sufriste un síncope y casi te mueres. Perdona la franqueza, pero es vital que estés tranquila ahora, lo peor ya pasó.

Hablaba muy rápido y ella no le entendía mucho y le rogó que le hablara más despacio.

—¿Voy a morir? ¿Entonces voy a morir? Mi corazón...

—No, no vas a morir, tranquila. Te agitaste mucho y por eso sufriste un ataque.

Ella lloró emocionada cuando él se acercó y la besó. Parecía tan amable y protector. Un esposo, tenía un esposo. No podía creerlo. Pero no sabía su nombre, no recordaba su boda ni nada, pero tenía un anillo.

—¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Un mes, preciosa. Llevas aquí un mes.

Entonces pensó en Gretchen, su hermana, su madre. ¿Dónde estabas?

—Mi hermana Gretchen. ¿Está aquí?

El pareció desconcertado con la pregunta.

—Vendrá luego, no pudo venir —fue su respuesta y la abrazó y volvió a besarla. Parecía feliz de que se hubiera salvado.

Entonces supo que estuvo en coma, un coma por una falla cardíaca pero lo raro era que su corazón estaba bien, sin embargo, ese mes en coma hizo que no recordara muchas cosas, sólo algunas y olvidara otras más. Las más importantes: su boda, y que vivía en Italia. Porque ella vivía en Alemania y tenía una hermana llamada Gretchen. ¿Cómo diablos llegó a Italia y estaba casada con un italiano? No recordaba nada de una boda y llevaba un anillo de bodas.

Los días siguientes lloró angustiada y su ritmo se aceleró.

—¿Qué hago aquí? Soy alemana y hablo italiano, no lo entiendo, no recuerdo haber venido aquí. Mi hermana, mi madre... ¿ellas dónde están? ¿Por qué no vinieron a verme? —preguntó angustiada.

Su esposo la abrazó, siempre estaba allí, todo el día la cuidaba y estaba tan agotado que a veces se dormía en el sillón de al lado. Parecía un buen hombre, pero ¿qué pasaría con su trabajo? no podía faltar tanto.

Los pensamientos eran lógicos, su origen incierto, pero Isabella pensaba que en ellos estaba la verdad sobre su pasado borrado por el accidente que tuvo. Ella no sufría del corazón, era deportista, corría y se anotaba en las maratones de Berlín.

—Calma, ya recordarás todo. Escucha, tú vivías en Alemania, pero conseguiste una beca de estudios y te alojabas con unas amigas en un departamento. Luego nos conocimos en el bar donde trabajabas y nos casamos.

Isabella lo miró.

—No recuerdo nada de eso, ni el departamento ni que trabajara en bar.

—Ya recordarás. Pronto podremos irnos a casa y podré cuidarte mejor.

—¿Pero y tu trabajo? Perderás el trabajo.

Él sonrió.

—Tengo una empresa en Florencia, es una empresa familiar.

Ella lo miró con curiosidad.

—Quisiera ver fotos de mi boda, es frustrante no recordar... el vestido blanco, ¿cómo pude olvidar algo tan importante?

Su pregunta lo tomó por sorpresa.

—Luego las traeré, ahora descansa. No debes agitarte ni emocionarte demasiado, es malo para el corazón. Y para tu cerebro. No te esfuerces, los recuerdos volverán. Todo a su tiempo. Lo importante ahora es tu recuperación.

Isabella vio sus brazos fuertes y el pecho ancho y cubierto de pelo oscuro y suspiró. ¿Lo recordaría cuando le hiciera el amor? ¿Por qué tampoco recordaba nada de eso? Debieron tener sexo algunas veces, pero...

—Esto es muy raro, no recuerdo nada.

Él la miró con intensidad.

—Tranquila, no tienes nada que temer. Pronto recordarás.

Ella lloró confundida y angustiada sin entender qué hacía allí, sin poder recordar casi nada de su vida.

—Preciosa, no temas, yo cuidaré de ti siempre. Eres mi esposa y mi amor. El amor de mi vida —le dijo él y le dio un beso intenso pero suave.

Isabella se estremeció al sentir ese beso, ese beso con sabor a menta.

No sabía quién era, pero le parecía muy guapo su marido, guapo y misterioso, un completo misterio en realidad.

¿Quién era? ¿Dónde lo había conocido y cómo era que se había casado tan pronto? Al parecer el accidente que tuvo lo había borrado casi todo, aunque sí recordaba algo de su vida en Berlín, de su familia... pero no recordaba bien por qué estaba en Italia.

—Tranquila, descansa, pronto recordarás —le dijo él.

La recuperación fue lenta, pero pudo caminar con dos muletas dos semanas después y hablar lo hacía perfectamente. No tenía heridas en su cuerpo, pero sí debería hacerse controles en el futuro, al parecer había tenido una falla cardíaca por un ejercicio prolongado o por un susto. Eso le dijo el doctor y le llamó su atención.

—Es usted muy hermosa y muy lista, señora Montesco —le dijo en un momento.

A su esposo no le gustó nada. Era un celoso y miró al doctor con expresión maligna.

—Doctor, ¿cuándo podré caminar? Me siento como una inválida.

—Llevará tiempo —el médico miraba la planilla ahora —pero es joven y saludable, se recuperará en unos meses. Todo lleva tiempo. puede sufrir mareos, vértigo y deberá tomar una medicación para controlar su presión y los latidos cardíacos y me temo que tendrá que hacerse controles periódicos.

Ella sintió un nudo en la garganta, quería caminar, correr, hacer cosas...

—Su recuperación es asombrosa, es fuerte como todos los alemanes supongo. Además, fue crucial que su marido la trajera enseguida, a veces las personas no hacen caso de los desmayos, pero él vio que había algo raro y la trajo. Si no lo hubiera hecho usted habría muerto, pero mejor no piense en eso por favor. Debe tratar de distraerse y evitar noticias y las redes por un tiempo. nada debe estresarla. Vida al aire libre y puede sí distraerse mirando películas, leyendo un libro y tal vez alguna actividad manual.

Su esposo sonrió cuando el doctor dijo lo primero, que le había salvado la vida y ella se emocionó y le dio las gracias. La había salvado, pudo morir si él no la hubiera llevado al hospital.

—Doctor, por favor, quiero volver a casa, quiero estar con mi esposo y él está muy cansado, no se separa nunca de mí —dijo de pronto.

El doctor vaciló.

—Quisiera que la recuperación avanzara un poco más. Que pueda caminar sin marearse y sus miembros estén más firmes. Todavía sufre mareos al despertar y eso me preocupa, pero su estado en general es bueno.

—Esa cama me debilita, me saca las fuerzas, necesito salir de aquí —dijo Isabella.

Estaba harta del hospital. Quería estar con su esposo, hacer el amor, se moría por hacer el amor, por estar con él.

—Mi esposo está cansado, no ha dormido en días.

—Bueno, está bien, escuche, si todo sigue como ahora le daré el alta en unos tres días, tal vez un poco más. Pero deberá estar muy atenta a cualquier mareo o dolor de cabeza y seguir todas las indicaciones. Y también es importante que evite los embarazos por el momento. Y el sexo también. Hasta dentro de unas semanas.

Isabella se puso colorada y miró a su esposo, él sonrió sosteniendo su mirada.

—Me muero por hacer el amor contigo —murmuró cuando se marchó el doctor.

Él se acercó y la abrazó.

—Yo también, pero pediré que te den una inyección anticonceptiva, no podemos tener un bebé ahora pero sí podemos tener sexo cuando tú estés lista y el doctor dé permiso.

—Una inyección?

—¿Es para evitar los bebés, lo has olvidado también?

Sonrió.

—Nunca me he dado una, mi amiga me decía que tomara pastillas una vez porque en Italia había muchas violaciones a las chicas jóvenes —su expresión cambió. No sabía qué amiga era esa, pero se preguntó si se lo había dicho a ella o lo escuchó cuando trabajaba en ese restaurant.

—Pero tú no le hiciste caso verdad?

—No lo recuerdo, pero creo que no... yo era virgen cuando vine aquí.

Él sonrió.

—Es verdad. Eso lo sé bien.

Se besaron y ella sintió que se humedecía con sus besos, que quería hacerlo con él.

—No puedo recordar mi primera vez... fuiste tú? Debiste ser tú porque no recuerdo que...

—Preciosa, todavía eres virgen —le dijo él.

Isabella se sonrojó.

—Nunca hemos hecho el amor.

—Pero no entiendo. sí llevábamos meses saliendo.

—Pero tú querías esperar a la boda, eras una chica seria y religiosa y yo lo acepté.

—Por eso no podía recordarlo.

—Justamente por eso. pero no temas, sólo cuando estés lista, preciosa. Cuando sea el momento. Si esperé tanto puedo esperar un poco más.

—Eres tan bueno, tú no pareces italiano —le dijo en un impulso.

El rio cuando le dijo eso.

—¿Por qué? ¿Crees que los italianos somos todos malvados?

—No... no lo sé, no sé por qué lo dije, pero me parece mentira tener un esposo cuando me sentía tan sola y asustada... NO puedo dejar de pensar en eso, que huía de alguien y me pregunto si mi hermana o alguien está en peligro.

—Nadie está en peligro, tú no lo estás, estás a salvo conmigo. Una vida nueva comienza para ti. Serás mi esposa y te convertirás en mi mujer, sólo mía. No tendrás que trabajar ni hacer nada, olvida el trabajo, sólo vive para mí, para ser mía. Por favor.

Isabella sonrió encantada, parecía un sueño, tenía un esposo bueno que la adoraba, que le había salvado la vida.

Le dieron de alta cinco días después y él la llevó en un auto negro muy moderno. El viaje era largo y bordearon bosques y un inmenso lago.

—Dónde estamos? No recuerdo nada de este lugar.

La casa inmensa en la colina le dio miedo sin saber por qué y también alejarse tanto de la ciudad.

—Es tu hogar preciosa, tu nuevo hogar —respondió su esposo con una sonrisa y la abrazó y besó sus labios de forma fugaz.

Isabella miró a su alrededor pensando que algo de eso le resultaba familiar pero no podía recordar. Se sintió angustiada cuando un hombre y una mujer de edad salieron a recibirle.

—Es tu esposa? Oh, qué chica tan guapa. Al fin has elegido una chica decente —dijo su madre.

Su padre rio y una mujer aún más vieja fue a saludarla.

Ella saludó a todos sin saber quiénes eran por supuesto. La madre de su esposo era una mujer muy italiana, con ojos oscuros y piel cetrina, cabello gris, le pareció algo mayor para ser su madre, el marido se veía más joven, pero tenía el cabello casi blanco y la nariz prominente.

Pensó que Franco no se parecía a ellos y se preguntó inquieta si todos vivían en esa estupenda finca. Al parecer sí.

No pudo recorrer su habitación, su esposo se impacientó con su madre que le hablaba sin parar y la llevó hasta el ascensor pues no quería que subiera las escaleras.

Era una mansión hermosa con un decorado rústico y moderno a la vez, muchas habitaciones, muchas salas y hasta vio a lo lejos dos jovencitas portando uniforme. Criadas.

Cuando entró en la habitación conyugal pensó que era hermosa, decorada en tono rosa pastel y beige parecía hecha a su medida, o eso sintió y sin embargo no recordaba haber estado allí jamás.

—TE agrada?

Ella lo miró feliz mientras caminaba hasta el ventanal y veía a la distancia ese bosque en tono verde y gris y el lago de cristal, como un espejo.

—Es preciosa. Gracias... Gracias por salvarme la vida, por traerme aquí, debió ser difícil para ti.

Lloró, no pudo evitarlo, vivía angustiada por no poder recordar y cualquier emoción fuerte la desbordaba y eso la hacía sentirse mal. Odiaba llorar, odiaba mostrar debilidad, pensaba que sólo las mujeres débiles lo hacían. Ella no necesitaba ayuda ni protección, siempre se las había arreglado sola.

—Calma, no tienes nada que agradecer, eres mi esposa y significas mucho para mí, Isabella.

Se miraron y él la abrazó y le dijo que fuera a descansar. No debía agitarse, todavía debía recuperarse porque no estaba del todo bien.

—Intenta no angustiarte, necesitas toda tu energía para recuperarte física y mentalmente. Y para eso traeré a una enfermera que vigilará que tomes la medicación y también a una terapeuta que te ayudará a recordar. Podrás hablar con ella y confiarle tus temores. Puede que en un tiempo logres recordar.

—Espero poder hacerlo, no quiero convertirme en una inválida, quiero poder valerme por mí

misma. ¿Qué clase de esposa sería?

—La esposa que siempre soñé tener preciosa, la más dulce y hermosa, dulce y femenina. Que no miente y es tan leal.

Ella lo miró ceñuda por la descripción que hizo y pensó que no era la primera vez que decía cosas que no podía entender. Se preguntó si su relación era tan idílica o peleaban, si ella era buena con él pues no tenía ningún recuerdo de su relación, ninguno. ¿Cómo pudo olvidarlo todo?

Respiró hondo y se sintió cansada de repente como si caminar hasta allí la hubiera cansado. Era una suerte que tuviera ascensor, no habría podido atravesar esa escalera.

—¿Tu madre dijo que al fin elegías una chica decente, por qué lo dijo?

Le preguntó mientras almorzaban juntos en el pequeño comedor que allí había. Parecía una pequeña casa, había dos habitaciones más, un comedor pequeño una cocina y un baño inmenso, todo ese piso era como una casa y allí vivían al parecer. No podía creer que su esposo fuera tan rico, le sorprendía mucho, no sabía por qué.

—No es mi madre, cielo. ¿Lo has olvidado? —respondió su marido.

Ella lo miró alerta.

—Y quiénes son entonces?

—Son mis abuelos, mis padres murieron hace tiempo —su expresión cambió —en un accidente de carretera. Viven conmigo porque son muy mayores y he querido tenerles cerca. Es una mansión familiar. A veces vienen visitas, primos lejanos y se quedan unos días. Es tan grande la casa que no los veo, aunque creo que suspenderé las visitas hasta que estés más recuperada.

—No es necesario.

—Lo haré, nada debe estresarte. Necesitas tranquilidad.

—Y mi teléfono celular? Mis cosas... no he visto nada mío en el cuarto. Creo que no tengo ropa que ponerme.

Él la miró sorprendido.

—Pero había ropa en la sala de vestir, tal vez no llegaste a verla.

—No, no la vi.

Se sintió desanimada y con un desosiego extraño.

—Mí familia, tengo que hablar con ellos. Acaso...

La mirada de su esposo cambió.

—Cielo no creo que sea buena idea ahora. Te estresaría. Tuviste una pelea con tu hermana y tu madre... falleció hace dos semanas. Creo que la afectó mucho verte así y tu hermana se enfadó contigo y... ustedes no se llevaban muy bien, por eso te viniste a Italia.

—Mí madre murió? Oh por qué... no puede ser.

Isabella lloró y luego le reprochó a su esposo que no le dijera.

—Lo siento, tenía que ocultártelo. No te angusties... iba a decirte, pero no...

—Y qué pasó con mi hermana? No recuerdo haberme peleado.

Era otra vida, no era la suya, sus recuerdos, sus pensamientos eran una confusión total siempre. Nada era cierto y no tenía ninguna certeza de nada. Sólo lo que su esposo le contaba, por desgracia.

Trató de calmarse y de pronto pensó que no sabía dónde estaba su celular, pero lo olvidé pues luego de tomar la medicación que él le dio durmió el resto del día.

No había televisión cable en su habitación, sólo un canal de películas y tampoco vio un ordenador ni un teléfono.

Él dijo que no debía estresarse mirando las noticias, el médico también se lo recomendó. Era la forma de recuperarse más rápido, pues cada vez que se angustiaba era peor. Retrocedía y tenía que avanzar.

Su esposo tuvo que irse al día siguiente al trabajo. La noche anterior se habían besado al meterse en la cama, pero no lo hicieron. Se excitó al recordar sus besos y caricias, lo había disfrutado, quería estar cerca de él, pero algo hizo que lo rechazara, que se asustara, no sabía por qué.

—Tranquila, puedo esperar —le dijo al oído. Y le sonrió. No estaba enfadado.

Se había asustado mucho de repente y sintió su corazón agitado.

Pensó que le tenía miedo a su marido y no sabía por qué. Le gustaba mucho él, pero sentía que era un extraño y no sabía de donde salía eso y supuso que era parte de la neblina que tenía en la cabeza, con retazos de recuerdos y sensaciones que no siempre lograba entender y ahora lejos de él se sintió horriblemente sola y angustiada, sin saber por qué. Pues a pesar de que le inspiraba miedo se sentía bien a su lado como si él fuera un escudo de protección no sabía contra qué, rayos. no sabía nada y eso era lo exasperante.

—Pero tenía que caminar, moverse, recuperar la movilidad en sus miembros que seguían débiles por desgracia. Debía realizar ejercicios a diario y los hacía en la cama, pero también quería moverse un poco.

Miró la habitación y decidió salir a investigar. Había encontrado su ropa y pensó que ella no podría habérselo pagado todo eso, ella era pobre, seguramente fue su marido cuando eran novios. Fue a investigar la ropa. Quería darse un baño y ponerse algo más cómodo para moverse, no quería depender de nadie para vestirse. Por lo menos podía bañarse sola, comer, realizar pequeñas cosas sola.

Al entrar en el vestidor descubrió que algo había cambiado. Algo estaba distinto. Miró con fijeza y pensó que parecía haber más ropa que la vez anterior y también zapatos, carteras. Y abrigos. Tal vez estaban en invierno ahora, no parecía en realidad, pero sabía que en Italia era mucho más cálido que en su país.

Buscó un vestido ligero y descubrió varios. Y tenían las etiquetas como si hubieran sido comprados de forma reciente.

Escogió uno azul con flores rojas y blancas muy lindo de algodón y un saco de lana por si refrescaba, aunque en su habitación siempre había calefacción lo hizo por si le venía frío pues siempre parecía sentir frío.

Un mes en coma. Un mes entero y al despertar fue como todo le pareciera un sueño. Según Franco se desmayó de repente cuando daban un paseo por un parque, caminaron mucho y eso al parecer le provocó una falla cardíaca que pudo ser mortal. Parecía un desmayo, pero él intuyó que era grave. Su intuición le salvó la vida...

Se metió en el baño con los bastones, caminando despacio tratando de dominar la sensación de vértigo que le venía cada vez que caminaba más de la cuenta o estaba mucho parada. Se desnudó deprisa y se metió en la ducha. No quería depender de la criada para todo, le molestaba esa chica todo el día metida ayudando, quería estar sola y poder pensar con calma. Quería juntar sus recuerdos y ser capaz de saber quién era y cómo se había casado con su esposo. La ausencia de ese recuerdo la crispaba demasiado, era imposible que una mujer hubiera olvidado el día de su boda, su vestido, su luna de miel... y si estuvo casada ¿por qué nunca habían hecho el amor?

¿Acaso sufría algún trauma que le impedía tener sexo? No recordaba nada de eso y la atormentaba no poder recordar nada de un día tan especial.

Miró su anillo de bodas y pensó que debía ser muy valioso pues tenía una gema grande en el medio, ¿sería un diamante? Lo extraño era que tampoco recordara nada del día que le dio el anillo, ni cuando le pidió matrimonio. Pero él insistió en que pronto recordaría.

Cuando volvió a la habitación decidió buscar su celular pues al parecer su esposo olvidó decirle donde estaba. Abrió la repisa cerca de la cama y buscó el aparato, pero sólo encontró papeles y papeles. documentos al parecer.

Tembló al ver una fotografía suya. Su pasaporte ruso, su identificación y también una fotografía de ella cuando era niña junto a su hermana y sus padres. Su padre era un hombre rudo y temible, su madre en cambio era bondadosa y horneaba pasteles de jengibre. Lloró al pensar que ambos estaban muertos y su hermana la odiaba. ¿Cómo podía ser? Su hermana no era así. Ver su retrato le trajo recuerdos, juegos infantiles, guerras de muñecas, que significaba luchas entre muñecas como si fueran guerreras tenían que pelear y la que terminara en peores condiciones perdía. Era muy divertido. Sesiones de belleza que consistía en convertir el cuarto en una sala de peluquería usando petacas de pinturas, sombras, rouge, espejos y un secador y cepillos. Su hermana se sentaba en un sillón y ella fingía ser la peluquera y le hacía rulos en su cabello lacio y rubio.

Se divertían tanto. Eran muy cercanas, sólo tenían un año de diferencia así que casi eran gemelas. Gretchen era más baja y gordita y ella más alta, pero rara vez peleaban, y en la adolescencia, cuando ninguna tenía permitido salir a bailar y mucho menos tener noviecitos. No hablaban de otra cosa, su mundo eran las amigas, los problemas con amigas que tenían las dos en común y los novios, o posibles novios pues ninguna tenía. Su padre no las dejaba y sacaba a todos a golpes. Mientras sus amigas hablaban de los primeros besos y caricias, ellas contaban lo que hacían a escondidas de su padre, hablar con algún muchacho guapo, verse alguna vez y luego ser castigadas por él. Nada de novios, no quiero que me aparezcan embarazadas a los quince años porque las mato.

No hablaba en serio. Pero parecía traumatado con eso. su madre no podía con el genio de ese hombre, aunque ella lo aplacaba siempre su padre era muy severo. Nunca las dejaba salir con sus amigas. Era muy rabioso y muy bravo y por eso murió del corazón.

Los recuerdos fluyeron como un torrente y sintió su corazón latir acelerado de nuevo angustiada de pensar que su hermana la culpaba de haber provocado la muerte de su madre. No quería verla, no había ido al hospital, estuvo al borde de la muerte. Pudo morir en realidad...

Secó sus lágrimas y pensó que al menos tenía un esposo que la quería y velaba por ella. Él la había salvado la vida.

Siguió buscando algo que la ayudara a recordar y vio otras fotografías más recientes, pero ninguna con su esposo. Tampoco había rastro del celular. Pero vio portarretratos en la mesita de luz con ambos juntos, saliendo del hospital, abrazados y felices.

—Señora Montesco —dijo una voz.

Isabella dejó la fotografía y miró a la mujer rechoncha con un cabello de un tono imposible, entre rojo furioso y fucsia, gafas y labios gruesos envuelta en un ajustado uniforme blanco de enfermera.

—Cómo se siente hoy?

Esa mujer era un torbellino, que le provocaba incomodidad pues llegaba como un vendaval lista para darle la medicación y luego se iba, al rato para regresar más tarde. Sospechaba que

debía vivir cerca o tal vez estaba allí en la casa pues siempre estaba atenta a ella.

Marcia Bellini. Bien italiana. Reía, hablaba, gesticulaba y la llamaba preciosa, bella señora y cosas así. Como si fuera una actriz dramatizando su papel. No le gustaba del todo, la incomodaba. Además, era guapa y exuberante y joven, demasiado joven y vio que le sonreía demasiado a su marido.

Aceptó la medicación, pero se dijo que no soportaría la presencia de esa enfermera sexy en su casa, no fuera cosa que terminara enredándose con su marido. Bastante tenía con esas mucamas de falda corta que aseaban las habitaciones y usaban un escote atrevido. Había demasiadas mujeres bonitas en esa casa y todas trabajaban para su marido. Sentía celos, celos infundados y tontos, pero celos al fin.

Además, sentía que estaba rodeado de intrusas. Invadían su cuarto, su espacio y por desgracia dependía de todas ellas y no podía decirle a su marido que las echara.

Tenía que ser capaz de tener sexo con su esposo, animarse, rayos, no podía dejar a un hombre tan guapo como ese sin sexo. Los hombres necesitaban sexo y él la miraba con cara de lobo hambriento, siempre... pero no decía nada.

De pronto se sintió tan insegura. Sin familia, con un esposo, pero viviendo en una casa extraña llena de mujeres bonitas que eran una tentación. ¿Y si él la engañaba?

Atormentada por esos pensamientos se fue a dormir una siesta pues de pronto le dio mucho sueño y se durmió poco después.

Los días pasaron y su esposo le compró otro celular pues al parecer el suyo se había estropeado y no tenía arreglo.

Al ver que tenía teléfono se sintió tan feliz, era nuevo y lujoso, pero luego de abrirlo notó que no tenía contactos. Cuando se lo dijo él dijo que hablaría en la compañía para que le dijeran como hacer.

—Te ves muy bien ahora, preciosa —le dijo entonces.

Había llegado antes del trabajo y se veía tan guapo.

—Sí, me siento mejor, pero me da tristeza cuando te vas. Quisiera ir contigo, poder caminar.

Él le sonrió.

—Ten paciencia pronto estarás mejor. Te ves tan hermosa, eres tan dulce preciosa —le dijo y de pronto la abrazó y le dio un beso ardiente. No pudo resistirlo, por su mirada supo que quería hacerle el amor.

Debía intentarlo, no quería rechazarlo de nuevo, era su marido.

Y aunque tuvo miedo dejó que la llevara a la cama y la besara con desesperación.

—Preciosa, me muero por hacerte mía, por favor, no sientas miedo de mí. no me rechaces... te amo tanto.

Isabella se excitó al oír su voz desesperada. Quería ser suya, era su esposa, y no lo rechazó cuando siguió besándola y la desnudó lentamente.

Isabella tiritó porque siempre tenía frío al quedarse en ropa interior y él la envolvió con sus brazos desnudos, pues también se quitó la ropa de prisa envolviéndola con su cuerpo fuerte. Era un hombre alto y muy guapo y besaba tan bien.

—NO tengas miedo, tranquila, sólo déjate llevar mi amor.

Isabella lo miró asustada cuando le quitó el sostén y luego el bikini.

—Eres tan hermosa —dijo y notó que miraba su cuerpo con verdadero deleite.

Ella se sintió como una adolescente torpe y tonta, pero de pronto gimió al sentir que acariciaba sus pechos y mamaba de ellos como un cachorro hambriento, la sensación la enloqueció y supo que nunca antes había sentido algo así. Y luego desesperado la llenó de besos y aunque ella lo apartó al comprender que intentaba besar también su femenino rincón él no se rindió.

—Por favor, déjame probar el néctar de tu pubis preciosa, sólo serán besos, cierra los ojos. No tengas miedo.

Sabía lo que era eso, sabía que los amantes jugaban antes de la cópula se besaban y acariciaban y no pudo detenerle mucho tiempo y finalmente cerró los ojos avergonzada y dejó de apretar las piernas y él aprovechó su descuido para invadir y tomar su pubis para besarla y luego fueron mucho más que besos. Se sonrojó al ver que su boca devoraba su sexo y lamía y chupaba con una desesperación tratando de sentir su sabor, de saber si era tan dulce como creía. Sintió su lengua allí, junto en la entrada de su sexo y ella se humedecía y temblaba porque luego sus labios y su lengua atacaron su vagina, en el centro, en ese lugar sensible que la volvió loca. Fue grandioso, algo vergonzoso al comienzo, pero inolvidable. Se aferró a las sábanas y tembló cuando sintió sus labios y su lengua besándola una y otra vez, no quería dejarla en paz, no quería hacerlo y luego, de repente se detuvo y ella lo vio. Tenía un miembro grueso y grande y quiso acariciarlo con curiosidad, lo hizo, pero él volvió al ataque y no la dejó.

Fue demasiado para ella, no pudo soportar esa tortura de besos húmedos y una boca hambrienta sobre su sexo que estalló de placer una y otra vez mientras gemía y se retorció y gemía y balbuceaba: oh déjame, por favor.

Y él la dejó y le sonrió y se acercó para besar sus pechos y su cuello y luego atrapó sus caderas y las abrió para introducir su miembro con suavidad, fue muy delicado y suave, pero Isabella gimió de placer y dolor, fue extraño porque se moría por hacerlo y sin embargo le costaba mucho entrar.

—Preciosa, mírame, tranquila, debes dejarme entrar, relájate vamos, ábrete a mí...

Isabella lo abrazó y trató de relajarse, pero no pudo, le dolía y sin embargo no le importó, quería hacerlo, quería saber qué se sentía estar con un hombre y él era su marido, había hecho tanto por ella y la amaba, lo había dicho ese día.

—Sigue adelante, no te detengas por favor. Quiero ser tuya, eres mi esposo —le dijo al oído.

Sus palabras y sus besos lo alentaron a continuar y ella se quejó al sentir que la llenaba y estiraba por completo de una forma que nunca imaginó, jamás pensó que pudiera entrar su miembro, pero lo hizo y quedó apretado en su interior, tan apretado que él derramó un poco de su semen en su interior y luego comenzó a rozarla fuerte, haciendo que la estrechez cediera un poco pero no del todo.

Rodaron por la cama sin dejar de besarse y ella gimió al sentir que le tenía muy adentro, y eso era maravilloso diablos, no quería que terminara, pero él lo hizo, lo hizo en su interior y sintió que la llenaba con su semen mojándola por completo mientras la apretaba y la besaba y le decía lo hermosa que era.

Ella pensó que el sexo con su esposo había sido increíble, que nada se comparaba a eso y de pronto le sorprendió no haberlo hecho antes.

—¿Estás bien? Estás sangrando. Mi virgencita —le dijo al oído y la besó y abrazó tan fuerte.

—Estoy bien, fue grandioso, Franco. No puedo creerlo, no sé por qué no lo hice antes. Por qué nunca... si eras mi esposo.

—Tenías mucho miedo, preciosa. Te daba miedo hacerlo y yo quise que lo desearas, que estuvieras lista.

Él se acercó y la besó y pensó que era buena idea hacerlo de nuevo, tenían que recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, se asustó al pensar que no se había cuidado y eso la alarmó.

—Tranquila, no temas. Te diste la inyección en el hospital. No quedarás embarazada.

—Lo había olvidado.

Él sonrió.

—Es muy pronto para pensar en bebés, no puedes quedar embarazada ahora, pero sé que un día querré hacerte un bebé.

Isabella sonrió y pensó que era placentero saber que no habría riesgos de embarazo. Sin embargo, sentía que era un extraño, que había hecho el amor con un extraño y no entendía por qué pensaba eso si era su esposo y debió amarle para casarse con él. ¿Por qué no podía evocar sensaciones de afecto como cuando evocó recuerdos de su infancia?

Trató de no pensar en eso. ya no era un extraño, era su marido, su hombre, y acababa de convertirse en una mujer, en su mujer y eso le gustaba.

—Dios mío, eres grandiosa preciosa. Eres una mujer hermosa y tan dulce, te devoraría toda para siempre. Nunca conocí una mujer tan dulce como tú, tu sabor, su calor y virgen. No puedo creerlo. Soy tan afortunado.

Ella lo miró sonrojada por sus palabras.

—Hablas como si no me hubieras creído.

—Claro que te creí preciosa, pero eso no quita que sea un hombre afortunado. Me encanta saber que no has estado con otros hombres, que eres una mujer hermosa y pura. Y que me pertenezcas. Tú me perteneces ahora, por completo.

—¿Y antes no era así?

Él sonrió de forma extraña.

—No, no era así. Pero no pienses tanto en el pasado, piensa en el presente y en que eres mía. Mi esposa, mi mujer.

Isabella notó que su mirada cambiaba y pensó que hablaba con tanta vehemencia, y se sintió mal por no poder corresponder a un amor tan ardiente. Porque pensó que él la quería, que estaba loco por ella, la forma en que la miraba la besaba y la seguía a todas partes, la forma en que le hacía el amor...

Pensó que nunca olvidaría esa noche, y que los recuerdos de su pasión y las sensaciones de su cuerpo perdurarían por siempre.

Días después comenzó la terapia con una doctora muy amable que no era ni joven ni usaba escotes ni falda corta. Era muy agradable y le recordó a alguien cercano, pero no sabía bien a quién.

—¿Cómo te sientes hoy, Isabella?

Ella sonrió.

—Bien... pero todavía siento angustia por no poder recordar nada.

La doctora tomó nota de todo en su portátil y la miró.

—¿Qué es lo que no puedes recordar, ¿qué quisieras recordar ahora?

—El amor que sentía por mi esposo, doctora, y tampoco recuerdo cómo es que vine aquí. No

recuerdo nada del viaje ni de cómo conocí a mi marido. Ni nuestra boda.

—Ya recordarás, de forma gradual. Debes tener paciencia. ¿Has recordado algo estos días?

—Recuerdos de infancia, de mi hermana y mis padres, mis amigas en Rusia.

—Eso es muy bueno. Entonces no has perdido la memoria, sólo tienes recuerdos fragmentados por el accidente cerebral.

—¿Y por qué puedo recordar esas cosas y no lo demás?

—Pronto lo harás. Puede que recuerdes todo en el día menos pensado o no... puede haber recuerdos perdidos para siempre. Pero lo importante es que tu esposo no te olvida y cuida de ti.

—Me dijo que mi hermana está enfadada y eso no lo puedo creer. Mi hermana no es así.

La doctora tomó nota de todo.

—Tal vez puedas hablar con ella de un momento a otro. Los enojos entre hermanos son frecuentes y pasan.

—No tengo su número y, además, no me atrevo a llamarla, mi madre murió...

—Isabella, debes centrarte en las personas que están ahora a tu lado y en recuperarte. Has avanzado mucho en poco tiempo, luego del accidente tan grave que tuviste es un milagro que puedas caminar y hablar.

—Siempre estoy encerrada aquí y me siento extraña doctora, este lugar... esta casa es muy bonita pero no siento que sea mi hogar. Y mi esposo demora mucho en regresar del trabajo.

—¿Y qué sientes por él, Isabella? ¿Por Franco? ¿Eres feliz?

Le pareció muy íntima la pregunta, y algo impertinente también.

—No lo sé, doctora, no estoy segura. Es como si recién lo conociera y estuviera casada con un extraño.

Le gustaba mucho su marido y ahora que habían hecho el amor mucho más, pero no sentía amor ni nada, no tenía idea si había estado enamorada de él alguna vez, porque eso se había borrado por completo. Recuerdos y sensación. Su relación era un cajón vacío en su cerebro.

—¿Por qué no puedo recordar a mi esposo? ¿Debimos vivir tantas cosas, tantos momentos, por qué ni un recuerdo viene a mi mente?

—No lo sé, quisiera tener la respuesta, pero el cerebro sigue siendo un misterio para los científicos y la memoria funciona de forma misteriosa y pragmática.

Isabella se sintió mejor después de la charla con la terapeuta, pero luego cuando vino la enfermera y le dio la medicación se sintió enferma y una anciana encerrada en una casa con extraños. Odiaba estar enferma, quería salir de esa casa y poder correr, trotar, hacer deporte... siempre le habían gustado las excursiones y de niña había sido boy scout en su país.

Se vio allí con sus amigas y de pronto sus recuerdos se apagaron quedándose profundamente dormida.

Su esposo volvió más temprano ese día y se dio un baño.

Isabella había despertado de la siesta con mal humor y también se había dado un baño para despertarse. Ya podía caminar sin muletas, pero daba igual, nunca salía del primer piso. Tal vez debía animarse y salir a investigar. Empezaba a cansarse de esa rutina.

—Hola preciosa, ¿cómo ha estado tu día?

—Bien... vino la doctora a verme.

—Y qué te dijo?

—Que tuviera paciencia, que estaba progresando y que pronto recordaría.

Su mirada cambió, se tornó oscura y extraña.

—Bueno, y qué es lo que tanto quieres recordar, ¿preciosa?

—A ti... quiero recordar el día que nos conocimos, nuestra primer salida y nuestra boda. No puedo creer que olvidara eso.

—Porque fue lo más reciente, preciosa. Por eso lo olvidaste.

—Tú lo crees?

—Por supuesto que sí. Ven aquí, preciosa. Dame un beso.

Ella se resistió con cierta timidez. Al parecer ahora sí podrían tener sexo.

Y él fue mucho más ardiente que la primera vez y la tendió en la cama cayendo sobre ella con el peso de su cuerpo para besarla, para llenarla de besos.

Gimió y se retorció de placer cuando copularon casi enseguida, sintió su miembro apretado en su interior y pensó que a pesar de haberlo hecho una vez seguía siendo estrecha. Pero eso no le impidió disfrutar y querer hacerlo de nuevo.

—Eres tan dulce cielo, jamás imaginé que serías perfecta para mí o tal vez sí, por eso te busqué ese día.

—¿Qué día, Franco?

—El día que nos conocimos nena, quieres que te diga cómo fue?

Ella asintió entusiasmada.

—Te conocí en el bar donde trabajabas, iba allí siempre. Sólo para verte. Pero tú no te dabas cuenta, eras muy seria y te veías tímida. Pero yo me animé y un día luego de pedirte el menú te miré y te dije que tenías una mirada hermosa y muy dulce.

Isabella sonrió, pero no pudo recordar ese día ni las palabras de su esposo.

—Tranquila, ya recordarás y cuando eso pase quiero que me llames.

—Pero tu trabajo.

—No importa mi trabajo, quiero estar a tu lado cuando recuerdes, princesa tedesca.

Princesa tedesca.

Alguien la había llamado así antes, un hombre muy guapo de ojos azules. Su nombre era Tadeo.

Él le sonreía y la espiaba cuando vivía en la casa de la señora Annabella.

La señora Annabella. Algo le había pasado a esa viejita.

“Ten cuidado en el bosque, princesa. Los bosques de aquí son traicioneros, te pierdes con facilidad. Es muy difícil y perderás la señal.”

—¿Qué pasa, princesa? ¿Algo te preocupa?

—No. Nada. Quisiera acordarme de ti.

—Pronto lo harás. Ven aquí, no pienses tanto, relájate. Si fuerzas al cerebro es peor. Todo será de forma natural.

—¿Franco, tú me amas? —le preguntó inquieta.

—Por supuesto cielo, eres mi esposa y quiero estar contigo. Eres tan distinta a las mujeres que conocí, tan especial.

Isabella se sintió mal por no sentir amor por su esposo, nada, sólo pasión, sexo, como una aventura, sentía que todo era una aventura y no entendía por qué rayos era tan fría ni qué hacía ese pensamiento allí.

Tenía que sentirse agradecida, él le había salvado la vida, era su esposo y la amaba y ella no era capaz de sentir algo más que un tibio cariño y por momentos ni eso. como si fuera un extraño

para ella. aunque a veces se sentía cerca de él como ahora. Cuando hacían el amor era especial, sabía que nunca antes había tenido sexo con un hombre, ni tampoco recordaba haber tenido un novio.

Isabella pensó que tenía que animarse a llegar a los jardines por su cuenta, su esposo siempre la llevaba en silla de ruedas, pero eso la crispaba, odiaba usar la silla, pero descubrió que podía moverse con más velocidad en la casa y cambiar de escenario para no aburrirse.

Ese día quería caminar, podía hacerlo y aunque a veces se mareaba se detenía y esperaba. No era muy cómodo andar por allí arrastrándose, pero andar en silla de ruedas como una inválida la crispaba. Así que decidió arriesgarse y aunque el ascensor le dio miedo cerró los ojos y al llegar se sintió mejor.

Sabía que algo andaba mal en esa casa y en su vida, pero como su cabeza estaba casi en blanco no podía adivinar qué era. Si al menos pudiera recordar algo...

No le gustaban los empleados, eran personas raras, y por momentos cuando estaba en el salón principal sola sentía un millón de ojos observándola, como si una araña gigante la espicara y siguiera sus pasos.

Algo malvado había en esa casa, los empleados, los parientes de su esposo...

¿Dónde estaban sus amigas de Milán? ¿Las del departamento donde vivía? Sabía que compartía un piso con tres chicas o más, pero ninguna la había llamado ni había ido al hospital.

Estaba sola, se sentía sola cada vez que su esposo salía al trabajo y le daba mucha angustia comprender que sólo lo tenía a él.

No le gustaba esa vida de ostracismo y encierro. Echaba de menos a su hermana y charlar con amigas, beberse una cerveza. Ahora sólo veía a los amigos de su esposo y sus familiares, a los empleados y a la psicóloga que parecía más interesada en hacerle preguntas de su pasado que ayudarla a recuperar sus recuerdos.

Por alguna razón ciertos recuerdos la atormentaban y le provocaban ansiedad y debía evitarlos según su esposo. ¿Qué sentiría él de tener a su lado una esposa casi inválida y sin memoria? Era un completo incordio, una carga más que una compañera divertida y sexy. Ella pasaba mucha parte del tiempo angustiada tratando de llenar sus vacíos con tareas manuales y algún hobby. Descubrió que le gustaba tejer crochet y lo hacía porque lo recordaba perfectamente, armar puzles y jugar a las cartas. Eso la entretenía bastante y también cocinaba algo a veces, en la pequeña cocina del piso y aprendió algunas recetas italianas que le gustaban a su esposo para entretenerse y no sentirse como una completa inútil.

Sin embargo, no se sentía colmada ni mucho menos feliz. Sufría mucha angustia, pero al menos había dejado de tomar esas píldoras que la mantenían sedada todo el día. Pudo dejarlas. A su esposo no le gustó, decía que tenía que tener los nervios a raya, pero Isabella no creía que los nervios fueran un problema.

Vio el comedor vacío y tuvo la sensación de que vivía en una casa deshabitada y embrujada.

—Signora Montesco —dijo una voz provocándole el susto de su vida.

Se volvió nerviosa y vio al ama de llaves, la señora Minelli, de cabello corto y aspecto hombruno, lo cierto que tenía a todo el mundo a raya y perfectamente organizada la mansión. Isabella jamás intervenía en nada, como si fuera una parienta inválida que vivía en el primer piso o algo así. No estaba interesada en ser la señora de la mansión o algo así, no habría podido

hacerlo, apenas podía caminar y tampoco tenía el temple de entrometida como esa señora que sabía muchas cosas de esa casa.

—Pero ese día le molestó que fuera allí a preguntarle prácticamente qué hacía sola dando vueltas en la casa como si fuera una niña traviesa.

—Quiero ir al jardín, señora Minelli. Necesito tomar aire.

—Claro... pero no puede ir sola. ¿Por qué no trajo su silla de ruedas?

Rayos, ahora le preguntaba la silla de ruedas como si fuera un paraguas para sacar para la lluvia.

—Quiero caminar.

—Señora Montesco, su marido quiere que salga acompañada pues si se cae podría lastimarse y sería peor no cree.

Isabella no la escuchó y siguió rumbo al jardín. Era inaudito. Ser la señora de la casa y tener que pedirle permiso a una sirvienta con un cargo importante.

Se arrastró y tuvo que detenerse varias veces para tomar aire y descansar.

—Señora Montesco por favor, deje que la ayude.

Allí estaba Tomasina, la entrometida, enviada por la señora Minelli seguramente. Más atrás venía otra más con la silla de ruedas.

—No voy a usar eso. quiero ir al jardín, a tomar un poco de aire.

Se detuvo porque se sintió mareada y fue muy fuerte, maldita sea, ¿es que nunca se irían los mareos? Cerró los ojos y respiró hondo varias veces, eso le había recomendado su terapeuta y le funcionaba, lo mismo si se agitaba o tenía palpitaciones.

El jardín era hermoso, era espeso, pero al estilo edén, un jardín inglés y había toda clase de pantas exóticas, flores, árboles. Siempre lo veía desde la ventana, pero era increíble verlo allí, tan cerca.

—Alina, por favor, quiero estar sola —gritó exasperada.

La chica se detuvo con la silla de ruedas.

—Podría ir más lejos si va en la silla, señora. Por favor. Si le pasa algo el señor me despedirá y no es fácil conseguir un trabajo tan bueno aquí, señora. Por favor. Deje que la lleve. Podrá recorrer todo el jardín sin tener mareos ni cansarse. Irá cómoda.

—No tiene nada de malo usar silla, Signora Isabella —dijo la otra empleada a una prudente distancia.

Ella miró a una y a otra y avanzó un poco más con su bastón. Lo llevaba sólo por si perdía el equilibrio.

—Ya puedo andar.

La silla la seguía como un fantasma maligno y también la cara de terror de ambas chicas como si temiera que ella sufriera algún síncope de un momento a otro.

—Estoy bien, dejen de mirarme así. Rayos. parece que le tienen mucho miedo a mi esposo.

También ella le temía a veces y no podía entender por qué todavía sentía eso. era un hombre reservado y de personalidad fuerte, hacía sentir su presencia, como si aire temblara a su paso. Lo había visto reñir a varios empleados y también a su tío en una ocasión muy embarazosa por algo que dijo durante la cena sobre su gusto por las chicas complicadas. Pero ambos se dijeron cosas fuertes, el viejo luego se rio y la miró diciéndole: somos italianos querida, acostúmbrate a los gritos y a las peleas familiares.

Sin embargo, con ella cambiaba. Parecía aplacarse. Era tan paciente y tan cariñoso, siempre la tocaba, la besaba y la abrazaba, le decía cosas bonitas. Como un hombre enamorado, porque

debía amarla y estaban recién casados también. Y ella era una chica sin memoria y por eso aceptaba todo sin protestar.

Empezaba a hartarse de tanta protección.

—Señora, no es eso. pero el señor se enfadará si se cae o lastima. Nos culpará a nosotras.

—Ya les dije que estoy bien. En realidad, no estoy bien, estoy harta de que me persigan para todas partes, que no me dejen en paz.

Se alejó más deprisa y de pronto pensó que ya no necesitaba ese bastón de anciana para ir a todas partes y lo tiró y caminó perfectamente unos pasos, dos pasos.

Podía caminar, podía moverse de un lado a otro. Era fantástico. Sintió sus piernas firmes y habría podido correr, pero no se animó. Quería llegar a lo más profundo del jardín y ver el lago a lo lejos. Era un lugar hermoso. Increíble.

Estaba cerca del jardín en forma de laberinto, sabía que podría meterse allí y pasar desapercibida.

Enloqueció de miedo a las criadas.

—Señora por favor, no vaya allí puede lastimarse —gritó Alina.

La otra también dijo algo similar mientras ella se escondía. Al menos saldría un poco de la rutina de estar encerrada.

Entonces se ocultó y esperó que se desesperaran. Algo que no tardaría en pasar.

—El señor Montesco se enfadará, si le pasa algo...

—Esto no puede ser. ¿Qué rayos le pasa? Sabe que no puede andar sola, sufre mareos.

—Oh maldición. No pudo ir muy lejos.

Isabella se alejó lo suficiente para seguir escuchando su conversación.

Hablaban de ella y de su esposo, le tenían terror.

De pronto comenzó a sentir su corazón acelerado, maldita sea y gritó pidiendo ayuda. Había alguien en ese laberinto. Eran hombres y no los conocía. Uno de ellos se le acercó.

—Hola preciosa.

Su cara le provocó terror, eran tres y la rodearon, el que la había increpado parecía ebrio o algo peor.

—Déjala en paz, imbécil, Franco se enfadará. Vamos.

—¿Qué hace ella aquí? Pensé que estaba encerrada todo el día.

Hablaban como si ella no existiera y parecían conocerla.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde los conozco? Sé que los he visto antes.

El más alto sonrió.

—¿No te lo dijo tu esposo, cariño?

—¿Decirme qué?

—Somos sus parientes, sus primos, vivimos en la otra casa del fondo a la mansión. Somos como hermanos.

—Viven cerca de aquí?

—Así es.

—Nunca los había visto y sin embargo creo que los conozco de otro lugar...

—Somos parientes de tu esposo es normal.

—Y por qué nunca están en la mansión con nosotros?

Se miraron. Algo escondían y además parecían reírse de ella, lo que terminó de exasperarla.

—Tu esposo es muy celoso y nosotros tenemos mala fama, preciosa. Es eso. No nos quiere cerca. Antes sí pero ahora que es un hombre casado, ya no sale con nosotros de fiesta, se ha

convertido en un hombre muy serio de repente.

Uno de ellos rio como si eso fuera una broma.

Isabella se alejó molesta y asustada, esos hombres le daban mala espina, eran malos y muy parecidos entre sí, se notaba que eran primos o hermanos. ¿Qué rayos hacían en sus jardines?

—Aguarda, tú no puedes estar aquí, primor. A mi primo no le gustará. Puedo ayudarte a volver.

—No necesito tu ayuda, aléjate de mí.

Isabella le soltó un golpe que el pillo esquivó rápido.

—Eh tranquila, sólo quise ayudar.

Isabella lo miró furiosa y entonces aparecieron las dos criadas agitadas como si hubieran corrido mucho hasta ella.

—Signora por favor, siéntese. Está muy fresco ahora y usted sólo lleva el vestido.

Resignada se sentó en la silla y regresó sin poder quitarse la sensación inquietante y desagradable de haber visto a esos tres. Los conocía recordó haberlo visto antes y los asoció con algo feo y nefasto. Así que su esposo tenía a sus primos en el mismo predio. ¿Por qué vivirían cerca? Una mansión familiar, eso dijo. La otra casa que había estaba bastantes millas y no era tan espléndida como esa.

De pronto se crispó al pensar que esos payasos estúpidos habían arruinado su salida. La llevaron a toda prisa a la mansión con la excusa de que había refrescado y no era verdad, ambas estaban muy inquietas pensando que podría hacerse daño y el señor se enfadaría.

Al parecer no era dueña de dar un paso por los jardines en su propia casa.

No. Esa no era su casa. Era una prisión. Parecía una prisión. Y no sabía por qué rayos pensaba eso, ni por qué ver a esos hombres la dejó tan perturbada y nerviosa.

Cuando llegó a su habitación deseó tanto abrir una portátil, llamar por celular. No entendía por qué no podía hacer nada de eso.

Fue a darse un baño porque sabía que su esposo llegaría listo para hacerle el amor. Ese día suspendió la terapia y le avisó a la señora Minelli que no quería ser molestada. Estaba cansada y sin ganas de ir a terapia. Luego del baño le dio sueño y se durmió por la caminata de ese día.

Despertó al sentir una voz en su habitación, pero al ver que era su esposo fingió estar dormida pues él le daba la espalda. Al parecer había llegado y no quiso despertarla al verla tan dormida.

—Dije que no la dejaran sola señora Minelli... espero que no vuelva a pasar.

Luego de decir algo más a la señora Minelli llamó a alguien más.

—Giuseppe, tú eres imbécil o qué? ¿Qué hacías en los jardines con tus primos? Te dije que no quería que se acercaran a mi esposa. Maldita sea, quiero que se muden ahora. Regresen a la ciudad, malditos vagos.

Isabella notó cómo había cambiado su voz y sus gestos, no parecía el mismo hombre que era su marido siempre. Estaba fuera de sí y sus ojos negros tenían un brillo maligno. Conocía esa mirada, la había visto antes... Franco se había acercado y la había mirado así: al fin nos conocemos zorrilla alemana. Qué guapa eres.

Y no era amable, no parecía amable, y la había llamado zorrilla alemana. Dios mío. Parecía otro hombre.

—¿Estabas despierta, cielo? Mi amor, ¿qué pasa? Parece que tuviste una pesadilla.

Estaba allí con un vaso de whisky mirándola con una sonrisa extraña.

Fue como si lo viera con otros ojos, por primera vez y sintió su corazón latir acelerado.

—Sí, no me siento bien... debió ser un sueño.

Sintió la boca seca y de nuevo esa sensación de terror.

Al ver que se sentía mal se le acercó y la envolvió entre sus brazos.

—Tranquila, respira hondo. ¿Qué tienes, mi cielo?

Ella lloró nerviosa al recordar a Franco diciéndole esas cosas y su miedo porque él quería hacerle daño. Él no era un hombre bueno, era malo y debió hacerle algo muy malo por eso lo había olvidado todo.

—Mi corazón late muy deprisa, me duele...

—Hey, tranquila, aguara aquí, respira hondo, mírame. Tienes un ataque de pánico, no es real, es miedo, un miedo intenso.

Sintió que su corazón iba a salirse de su pecho, latía enloquecido y su respiración se hizo agitada. Sintió que iba a morir, moriría y él no haría nada para evitarlo. ¿Por qué diablos la cuidaba tanto si pensaba que era una zorra tramposa? Ella no era una zorra, nunca lo había sido.

Él le dijo que se calmara, que era una crisis, pero al tomarle el pulso vio que realmente estaba agitada y le dio una pastilla.

—Toma esto, te ayudará.

Isabella miró la pastilla sin animarse a tomarla, quiso correr, tenía que huir de ese hombre algo le decía que era malo y le haría daño.

—Vamos, bébela. ¿O prefieres que te inyecte? ¿No te gustan las agujas verdad?

Isabella obedeció y tomó la pastilla y pensó que ocultaba algo.

Tenía que escapar de esa casa y averiguar la verdad. tenía que saber por qué estaba allí.

—¿Estás mejor?

Sintió que su corazón se calmaba y todo volvía a la normalidad. Asintió y él se acercó y la besó.

—Duerme princesa, descansa. Todo estará bien.

Tuvo la sensación de que la tenían sedada porque no podía salir de la maldita cama como si luego de haberse escapado al jardín él hubiera decidido castigarla. O porque temía que sospechara algo.

La mantenía despierta en la mañana, pero luego la sedaban, no sabía cómo, pero supuso que le echaban algún sedante en sus jugos porque tenía mucho sueño.

—Despierta bella durmiente. Vamos a dar un paseo. ¿Te gustaría?

Ella lo miró aturdida.

—Franco —murmuró.

Él se acercó envuelto en una toalla y la besó ansioso de hacerle el amor. Ella estaba demasiado dormida y aturdida para participar demasiado.

—Pero ahora la buscaba casi todos los días y ella nunca podía escapar ni disfrutarlo como antes. Estaba furiosa con ese hombre, pero no quiso rechazarlo ni decirle que no. Le daba miedo hacerlo, empezaba a tener sospechas. Pero no podría averiguar nada si él se daba cuenta de ello.

—Pero ese día no sólo le hizo el amor más de una vez, luego la llevó a cenar a casa de unos amigos.

Isabella se sintió feliz de abandonar la mansión. Pues, aunque había salido antes al doctor no era lo mismo. Y en verdad que odiaba moverse en silla de ruedas. Ahora podía caminar, y eso le daba otra libertad.

Fueron a una celebración íntima en una casa a pocas millas de allí, no fueron a la ciudad como deseaba y nada más llegar se sintió extraña. Enfrentada a un montón de extraños que la miraron con curiosidad no pudo menos que apartar la mirada y sentirse molesta y nerviosa.

—Bienvenidos —dijo el anfitrión. Un amigo empresario de su esposo.

Isabella sonrió, pero no dijo nada, sufrió un bloqueo que fue incapaz de pronunciar ni una palabra en italiano.

Su esposo no tardó en notarlo.

—Te sientes bien?

Ella lo miró angustiada sin poder decir palabra.

—Ven, vamos a sentarnos a la mesa, luego saludaremos a los demás.

Sintió terror al entrar al comedor y ver a varias personas mirándola con fijeza y hablar a sus espaldas.

Se miró en el espejo central y se preguntó si ese vestido azul marino de seda era apropiado o veían algo en su cara, algo que no era del todo normal. O simplemente la miraban por curiosidad pues ansiaban conocer a la esposa de su amigo el doctor.

—Tranquila, te ves preciosa —le dijo él al oído rodeando su talle y besando su cuello a través del espejo.

Ella lo miró angustiada.

Y de pronto vio a ese hombre, cuando se dirigía a la mesa con paso inseguro vio a ese hombre de ojos muy azules conversando con unos amigos. Sus ojos buscaron los suyos y vio algo en su mirada. No sólo era un hombre muy atractivo, parecía gentil, amable y eso lo supo porque lo sabía y punto.

Alguien se acercó entonces a conversar con su esposo y ella miró con timidez al desconocido. Quería hablar con él, saber de dónde lo conocía, pero al parecer él no pensaba lo mismo. No le prestó mucha atención, parecía muy atento conversando con otras personas.

A lo mejor sólo era un conocido del trabajo, aunque vestía de etiqueta y no parecía ser un hombre sencillo.

La posada de Annabella, él estaba allí. No sabía por qué, pero a lo mejor era el departamento que compartía con unas chicas. No, ese no era el lugar...

Su mente se oscureció y sintió rabia. No era justo. Quería recordar.

—¿Qué pasa preciosa? Miras a alguien con insistencia, me pondré celoso —le dijo su esposo.

Ella lo miró sonrojada.

—No miraba a nadie, me distraje un poco recordando.

Tal vez lo imaginó, pero su esposo se acercó a ella y le preguntó con suavidad qué había recordado.

—NO lo sé, es muy confuso.

—Ven, siéntate aquí, debes descansar. No te agites.

Isabella se dirigía a la mesa cuando vio a ese hombre de ojos azules mirarla a la distancia con expresión pensativa. Lo vio conversar con alguien y mirar a su esposo. Pero luego se alejó y no volvió a verle.

—Franco, estoy sorprendido. Nadie me avisó que te habías casado con una mujer tan hermosa.

Él sonrió ante las palabras de un viejo amigo, doctor como él, muy interesado en conocerla al parecer.

“Es muy hermosa” dijo alguien. “Quién lo iba a creer. Siempre escuché que ese doctor era un playboy.”

Isabella comenzó a sentirse mal a mitad de la cena y tuvieron que irse. No se sentía cómoda, no dejaban de mirarla con curiosidad y decir cosas sobre su esposo que francamente la molestaron. Un mujeriego perdido, un hombre que se había casado sin avisar a nadie. Con prisas. ¿No la habría dejado embarazada o algo así?

También notó que sus amigos le hacían bromas sobre el anillo que llevaba, decían que era falso y que había alquilado una esposa para la fiesta para verse respetable.

Mientras se alejaban se sintió cansada, mareada, sofocada. No sabía por qué se sentía rara con tanta gente como si le faltara el aire.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasó? ¿Viste a alguien conocido?

Ella pensó que no podía contarle del hombre de ojos azules, no sería prudente, su esposo era muy celoso además ni siquiera recordaba dónde lo había visto. Sin embargo, deseó poder hablarle, preguntarle, no tuvo oportunidad, era casi una inválida y no se movió de la mesa.

Era un lastre vivir así, sin poder hacer nada, por momentos se sentía una muñeca articulada en una caja, la casa era su caja.

—Preciosa, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa? Pensé que te animaría salir, vives encerrada en la casa y creo que te gusta más estar allí, ¿verdad?

Ella lo miró inquieta.

—No. Quisiera poder salir y no sentirme mareada y sofocada. Había demasiada gente y todos me miraba como si fuera un fantasma o algo así. Dijeron que tú nunca...

—Preciosa, tranquila, no hagas caso a lo que digan esas mujeres, seguramente sintieron envidia al verte tan hermosa. Las mujeres son así, son muy bravas entre ellas, critican, envidian y cotillean.

—No me sentí muy cómoda, la verdad.

—Bueno, iremos de paseo a otros lugares muy pronto. Pero ahora no puedo tomarme un descanso. Tengo mucho trabajo.

Siempre tenía alguna excusa.

—Quisiera encontrar los teléfonos de mis amigas, de mi hermana. Me siento aislada en esa casa, sin amigas.

—Pero me tienes a mí, siempre dijiste que yo era todo para ti.

Isabella lo miró.

—Sí, lo eres, pero tú tienes una profesión, tienes amigos, tienes una vida y yo soy como un fantasma. No tengo nada. Ni amigas, ni familia.

—No digas eso, preciosa. ¿La gente es tan falsa, crees que quiero a mis amigos o a mi familia más que a ti? Tú eres mi amor, mi esposa, me encanta estar contigo. Las personas son tan egoístas y cambiantes. No esperes tanto de una amistad. Temo que tus amigas te abandonaron cuando tuviste el accidente. Todas. Por desgracia. Suele pasar cuando alguien se enferma o queda inválido. Los amigos sólo están en las buenas, los verdaderos amigos siempre están, son muy pocos los buenos amigos. Contados con los dedos de una sola mano.

—No debería ser así.

—Pero es así. Me tienes a mí. Y con el tiempo te haré un bebé para que no te sientas tan sola. Creo que eso te ayudará a sentirte mejor. ¿Tú no eres inválida, preciosa, sólo tienes ciertas dificultades, pero el médico está asombrado de tu progreso, pudiste morir sabes? O quedar completamente inválida. Con parálisis cerebral.

—Lo sé, sé que no debo quejarme, pero ...

—Ten paciencia, en poco tiempo podrás correr, hacer deporte y podrás hacer nuevas

amistades. Te haré un bebé, me encantará hacértelo.

Isabella pensó que no quería tener un hijo con él, no hasta saber la verdad, esa relación era una nebulosa para ella. su esposo seguía siendo un extraño, un extraño que le daba miedo.

Cuando llegaron a la casa se sintió mejor, los mareos habían desaparecido, pero quiso darse un baño en el yacusi para relajarse.

Se preguntó si eso mejoraría con el tiempo o se quedaría siempre así, caminando despacio como una anciana, sufriendo mareos y sintiéndose rara con las personas. Bueno, en realidad nadie podía estar muy contento en una fiesta donde sólo había extraños...

—Estabas aquí cielo —dijo de pronto su esposo apareciendo de repente.

Ella lo miró inquieta. Le había dado un buen susto.

—Lo siento, no quise asustarte, parecías muy pensativa. Bueno, creo que puedo hacer algo para animarte esta noche.

Isabella sonrió al ver que se quitaba la camisa y se desnudaba para meterse en el yacusi.

El sexo la calmaba y la colmaba, era lo único que tenía en esos momentos, el placer de estar en sus brazos y sentir ese placer que calmaba su angustia por esa vida que sentía no había elegido, esa vida que veía de a retazos.

—Preciosa, eres tan hermosa. Soy tan afortunado.

Ella lo miró angustiada, no se sentía hermosa sino una inútil, una de esas esposas decorativas que se exhibían por allí en algún lugar, aguardando en casa la llegada de su esposo, viviendo para él sin hacer nada más en esta vida.

Y lo más triste es que ni siquiera podía decir que lo amaba y que nada más importaba. No lo amaba y sin embargo debió amarlo antes, aunque no lo recordara, debió quererlo mucho para dejar todo y casarse con él. Tenía un esposo debía dejar de quejarse y desconfiar y sentirse agradecida por eso.

Los días se hicieron fríos y más cortos, pero ya no se sentía tan angustiada.

Aunque seguía sintiéndose sola y por momentos triste, decidió hacer cosas útiles en el día y dedicarse a él, el poco tiempo que estaban juntos. Su esposo tenía días muy difíciles y en ocasiones llegaba exhausto y de mal talante, pero luego se le pasaba. Hacerle el amor lo cambiaba, le daba alivio y también bienestar. Y a ella también, de cierta forma el sexo los unía.

Lo hacían todo o casi todo y de pronto comenzó a encariñarse con él, a sentir que empezaba a quererlo. O tal vez se aferró a él, pero disfrutaba pasar el fin de semana en su compañía no sólo porque hacían el amor sino porque iban a cenar, al cine o simplemente se quedaban tirados en la cama charlando y mirando películas.

—Preciosa... el doctor dijo que podemos tener un bebé ahora. Que ya ha pasado el peligro. ¿Quieres intentarlo? —le preguntó él ese día mientras estaban en la cama.

Ella lo miró sorprendida.

—Quieres tener un hijo? pero tú trabajas mucho.

—No importa, tú lo cuidarás y sé que serás una estupenda madre. Siempre dijiste que querías tener muchos hijos.

Isabella sonrió, pero no se sintió segura.

—Vamos, no me digas que no, sé que quieres que te haga un bebé, que te llene la pancita con un bebé —le dijo.

—Es muy pronto...

—Sólo deja de darte la inyección y yo haré el resto. Ya estoy listo para empezar, pero tenemos que decidirlo juntos.

Isabella pensó que un bebé cambiaría su vida por completo, pero no se sintió lista.

—Más adelante, mi amor, ahora quiero estar contigo sin sufrir mareos ni nada. No creo que pueda tener un hijo todavía.

No estaba del todo curada y no recordaba haber querido tener hijos jamás. Pero él dijo que sí...

—Está bien, esperaré un poco más. Pero tengo treinta y dos años, cielo, no quiero ser un padre viejo.

No sabía la edad de su esposo, ni tampoco que era uno de los mejores cirujanos del país. Y tantas cosas que seguía sin recordar.

Fue a la clínica al día siguiente a darse la inyección sintiéndose un poco perra porque su esposo quería ser padre y ella se lo había negado. Pensó mucho en eso durante el viaje.

Miró con expresión torva a Mirella, su nueva enfermera que pasaba el día cuidándola y hasta vivía en la mansión porque su marido creía que era necesario y punto. Allí estaba esa joven gordita y risueña que siempre comía dulces y no parecía una enfermera sino ... una cocinera pues además vivía pegada a la cocina.

Nunca había conocido a una mujer tan glotona, tan adicta a los dulces, y a la comida toda. En verdad que si ella comiera así estaría el doble de gorda.

Allí estaba sentada con sus piernas regordetas cruzadas y la carita redonda sonriente mientras hablaba por celular como si estuviera de paseo y no trabajando. Era todo un personaje, pero le caía simpática, era graciosa y además tenía su edad. Hablaba hasta por los codos y muy pronto se habían hecho casi amigas.

Sólo que no le gustaba que esa amiga la siguiera a todas partes como una latosa. Como una hermana chica que no quieres que se entere de tus secretillos porque seguro le cuenta a alguien y te perjudica.

—Debo ir con mi doctora, a darme la inyección.

Ella pareció no entenderle. Tuvo que explicarle mientras el chofer volteaba la cabeza para verlas, qué desagradable que todo el mundo supiera sus cosas todo el tiempo.

—Ah va bene. Pero las inyecciones de aquí no son buenas, no sirven. ¿Cada cuánto te las das?
—dijo Mirella.

Eso la asustó.

—Cada dos meses. ¿Por qué?

—Deberías tomar la píldora, es más segura. ¿Oye, no estarás esperando un bebé no? Te noto con los pechos más grandes.

—Qué dices? Eso no es verdad, siempre los he tenido así.

—Pero ahora se ven como dos pelotas. Y eso que te los aprietas con el sostén.

Isabella la miró furiosa.

—Eso no es verdad.

—¿Usas faja para la barriga, para tener una cintura fina también?

—No!

—Escucha, no sabía nada de la inyección, te habría avisado.

—Avisado qué?

—Que no sirve, dicen que dura tres meses, pero mejor que te la des todos los meses, Isabella.

La llamaba Isabella, nada de señora Montesco. Bueno en verdad que estaba harta de que la llamaran señora, pero...

—Nadie me lo dijo.

—Este país tiene baja natalidad y quieren hacer hijos a las mujeres como sea, no has visto los horribles carteles incitándote a tener un bebé cuanto antes? Luego nadie te ayuda ni nada. Pero como no nacen muchos italianos quieren hacer que las mujeres queden a la fuerza distribuyendo folletos religiosos y engañándolas con las inyecciones. Siempre aprendí que esas inyecciones nunca duran lo que prometen.

—Oh cállate, me das miedo.

—Mejor debes hacerte un test de embarazo porque si te das la inyección sin saber si tienes algo en la barriga.

—Qué?

—Yo sólo digo señora.

Sí a veces la llamaba señora y la miraba con cara de inocente.

—He engordado estos meses, me paso encerrada y comiendo. No puedo ir a ningún lado porque me dan mareos y hace frío.

—Y porque te gusta encerrarte con tu esposo también, pícara.

Sólo Mirella podía ser tan atrevida.

Isabella rio.

—Acaso me espías desgraciada?

—Oh claro que no. Pero digo. Se ven tan enamorados.

Isabella suspiró. Estaba empezando a quererlo y de pronto se preguntó si esos kilillos que había agarrado esas semanas no serían algo más que glotonería y poco ejercicio y mucho sexo. Había leído que el sexo engordaba a una mujer al principio, que el cuerpo cambiaba luego de tu primera vez. A ella le había cambiado. tenía los pechos más grandes y algo de panza, sólo un poco.

—Has tenido mareos o nauseas?

—Siempre tengo mareos, es por mi accidente. Tomo medicación para eso.

—Bueno, si sólo te has cuidado con esa inyección te recomiendo que veas a un médico primero y descartes un embarazo. Por las dudas.

Isabella no quería hacerlo. No pensó que fuera necesario. Además, no tenía barriga, Mirella era una exagerada.

Tenía que darse la inyección y habló con el doctor al respecto. ¿Era realmente segura? Él le dijo que sí y que en realidad su efecto duraba más de dos meses.

—Pero si llegas a tener un retraso deberás hacerte exámenes, por las dudas.

—No tengo ningún retraso, doctor.

Cuando salía de la consulta vio a Mirella hablar por celular muy risueña y pensó que hablaría con Paolo, su novio dentista. Hablaba de él todo el tiempo.

Pensó que quería dar un paseo antes de volver a la mansión, ir a la ciudad y comprarse cosas. sin tener a esos sabuesos detrás de ella todo el santo día.

Lo haría aprovechando el día bonito. Quiso dar un paseo, caminar. Tal vez ir tomar algo caliente a algún bar.

Fue grandiosa la sensación de libertad, de poder ir a donde se le antojara.

Apuró el paso para no ser vista y siguió por otra cuadra que conocía bien pues iba a menudo al hospital para hacerse controles de salud.

Estaba bien, se sentía bien, pero seguía sin recordar nada de su esposo. Como si todo se hubiera borrado de repente.

—Pero recordaba su vida en Milán, el departamento, Ingrid y su trabajo en el restaurant. Pero no sabía en qué momento conoció a Franco Montesco. Él dijo que se conocieron en el restaurant pues él había estado trabajando en un hospital de esa ciudad, haciendo una suplencia a un colega de urgencia.

Comenzaron a salir y al poco tiempo se fueron a vivir juntos. No a la casa, a un departamento suyo en Milán. Eso le dijo él, pero ella seguía sin recordar nada.

—Disculpe, señora. Aguarde por favor.

Isabella se detuvo, un desconocido se le acercó y tembló, conocía su voz, su rostro a pesar de llevar gafas oscuras.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó.

—Soy Tadeo Scorza, ¿te acuerdas de mí?

Se quitó los lentes y vio esos ojos azules oscuros y esa mirada intensa tan especial.

—Tú me conoces? Sabes mi nombre. te he visto antes pero no puedo recordar tu nombre. no sé quién eres. Lo siento.

—Eres Isabella Hoffmann y fuiste secuestrada por un hombre hace meses. Tu familia te busca, Isabella, tu madre, tu hermana, tus tíos... vinieron a Italia y se pondrán felices de saber que estás viva. He querido acercarme a ti, pero me han dicho que te has casado con un cirujano. Y no entiendo cómo desapareciste ese día y luego apareces en una fiesta con ese hombre.

—No lo sé, perdí la memoria. Sufrí un accidente, estuve en coma y me olvidé de todo yo...

—Ven conmigo por favor, hablemos en privado. Te vigilan, te mantienen encerrada en esa casa, no permiten que tengas visitas. Pero si quieres saber la verdad yo te ayudaré.

Isabella lo siguió y él le dijo que no tuviera miedo.

—Confía en mí, quiero ayudarte. Acompáñame. Hablaremos en privado. Sube.

Ella vio que quería subirla a un auto y se asustó.

—No iré contigo, no te conozco, no me acuerdo ... sé que te conozco, pero no sé bien de dónde y no puedo... tengo esposo ahora, y se enfadará si me ve contigo. Podemos hablar, pero no en tu auto.

—Crees que quiero hacerte daño?

—¿Es que no lo sé... pareces un hombre bueno, sé que lo eres, pero no sé bien cómo sé eso, entiendes?

—Y recuerdas algo de ese hombre al que llamas esposo?

—NO. Nada. Ni siquiera el día de nuestra boda.

—Porque no existió tal boda, Isabella. Despierta. Ven conmigo ahora, estás en peligro, nadie termina en coma y sin memoria porque sí. Algo salió mal y ese hombre lo habrá hecho todo para cubrir lo que te hizo.

—¿Qué? Me estás asustando. ¿Qué quieres de mí? por qué dices todo esto?

—Porque quiero ayudarte, sólo eso.

—¿Tú conoces a Gretchen, la has visto?

—Sí, pero sólo he hablado con ellas por teléfono.

—¿Entonces mi madre está viva? Él dijo que había muerto.

—Te mintió, tu madre te busca, contrató a un inspector para que te buscara estuvieron aquí mucho tiempo buscándote y nada, la policía no hizo nada.

—¿Y cómo es que conocí a ese hombre, tú sabes algo de él?

—No... nunca lo mencionaste.

—¿Y de dónde te conozco?

—Llegaste al hostel de la señora Annabella en las montañas con idea de quedarte unos días, pero en realidad huías de algo o de alguien. Habías peleado con alguien del departamento donde vivías con otras chicas y querías un poco de paz. Pero estabas asustada, escondías algo.

Isabella recordó todo en un momento y se angustió.

—Unos hombres llegaron un día al hostel y golpearon a la dueña exigiendo que los dejaran entrar a tu habitación. Te buscaban y como no te encontraron fueron al bosque donde estabas.

—¿Y mi hermana sabe todo esto, ella sabe si yo me casé o algo?

—Jamás lo dijo. Yo te preguntaba si huías de un esposo celoso, pero tú no llevabas anillo y decías que no estabas casada. No he querido decirle todavía hasta saber. Isabella, no sé qué te hizo ese hombre, pero creo que inventó todo lo de la boda para encubrir lo que te hizo ese día. A lo mejor fue un accidente, algo pasó en el bosque y asustado te llevó al hospital y luego inventó que era tu marido

—Me mintió, todo el tiempo me embaucó... por eso no puedo recordar nada de él, no puedo recordar nuestra boda porque nunca existió. No soy su esposa en realidad.

—Sí lo eres, preciosa.

—¿Qué?

—Se casaron días después de tu huida.

—Eso es imposible, debe haber un error. Yo estaba en coma en el hospital.

—Bueno, el acta de matrimonio está, tu nombre figura como su esposa, tal vez te obligó a casarte y luego te golpeó tan fuerte que te dejó en coma.

—No, él no haría eso. no es un hombre violento, jamás me ha pegado.

—Pero esconde algo, todo esto parece planeado por un psicópata.

—Tengo que saber por qué lo hizo.

—No, no vayas con él. Corres peligro. Nada de lo que pasa en esa casa es normal y tú eres su cautiva. Su prisionera. Llevo días intentando acercarme a ti, para hablarte, monté guardia con ayuda de mis amigos es imposible ni siquiera pude verte.

—¿Tú eras mi novio?

Él sonrió.

—No preciosa, me habría gustado, pero tú me rechazabas, huías de mí. como un cervatillo herido, siempre asustado y desconfiado.

—¿Y por qué me ayudas? ¿Por qué quieres ayudarme y retenerme aquí?

—Porque quiero hacerlo, porque llevo meses buscándote y prometí a tu hermana que te encontraría. Que haría todo lo posible.

—¿Eres el novio de mi hermana?

—No. Esto lo hago por ti, sólo por ti.

Ella se sonrojó cuando miró sus ojos de esa forma.

—Tengo que regresar ahora, Tadeo. Tengo que saber la verdad. él me dirá la verdad.

—Él no lo te dirá la verdad, escucha Isabella. Esto es más peligroso de lo que crees, todavía no sabes el resto de la historia.

Ella lo miró sorprendida e intrigada.

—¿Qué pasó? ¿Cómo es que terminé cautiva de un extraño? ¿Es realmente mi esposo?

El italiano asintió.

—Lo es, legalmente eres su esposa y llevas su apellido ahora. Ya lo averigüé.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿No recuerdas nada?

Isabella negó con un gesto, angustiada.

—No puedo recordar nada.

—¿Y cómo es que terminaste en un hospital un mes entero? ¿Qué lesiones tenías?

Ella tragó saliva.

—Al parecer me desmayé y mi corazón se detuvo. Por un susto o por un ejercicio prolongado. Eso dijo mi doctor. Quedé en coma, como muerta y él me cuidó. Él siempre estuvo allí. Eso me contaron, yo no recuerdo nada.

—Entiendo. Pero si estabas en coma cuándo se casaron me pregunto, porque el acta es de antes de que fueras al hospital. Aunque sospecho que esa boda fue falsa. No sé por qué lo hizo, pero sospecho que fue para esconder algo.

Isabella tragó saliva.

—Esto es horrible, pensar que terminé en un hospital y pude morir y al despertar me entero que tengo un esposo y luego...

No quiso decirle que ahora eran un verdadero matrimonio, le dio vergüenza, tenía miedo y sintió su corazón latir acelerado de repente y se asustó. Respiró hondo como le había enseñado su doctor y trató de sobreponerse.

—Todo es tan extraño. Pudo dejarme allí y tal vez habría muerto. No era más que un desconocido y no sé cómo...

—Bueno, él sabe por qué lo hizo y sospecho que debió tener sus razones. Pero es posible que te violara, y tú sufriste una conmoción o que te golpeará en la cabeza y por eso te dejó en coma. Quiso deslindarse de la responsabilidad de que lo acusaran de golpearte.

—Eso es horrible.

—Pero explicaría la boda de la que nadie tiene registro, no hay fotos en ninguna parte, fue todo muy secreto. Seguramente lo hizo para encubrir las lesiones que tenía y que no lo acusaran de ello.

—Tengo que regresar, tengo que saber la verdad. Le exigiré que me diga todo.

—Isabella, ¿es que no entiendes? Tú no eres su esposa, eres su prisionera, su cautiva. ¿Crees que es normal todo lo que hizo, alejarte así de tu familia, mentirte, decirte que tu madre había muerto? Ha querido dejarte encerrada y asilada, ese hombre está loco y es un psicópata. Y esconde algo y tú corres serio peligro. Tú huías de algo cuando llegaste al hospital, no quisiste decirme porque en verdad yo era un desconocido para ti. Pero tal vez huías de él ese día, estoy seguro. Habías ido al hospital para escapar de ese loco, aunque no se lo dijiste a nadie, todo encaja. Isabella, debes denunciarlo a la policía por secuestro. Debes hacerlo. No eres libre, eres una prisionera. Y sospecho que te retiene por una razón que no es buena.

Isabella se sintió muy confundida y asustada, no podía recordar mucho lo de la posada y de nuevo tenía la sensación de que iba a ciegas.

—Por qué me retendría? Él me ama, es mi esposo, cuida de mí y quiere tener un hijo conmigo.

La expresión del desconocido se crispó, porque también era un desconocido, a fin de cuentas.

—Lo hace para atráparte, para tenerte atada.

—Pero él jamás me ha hecho ningún daño, no tengo marcas ni nada ni recuerdo que me hiciera

algo. ¿Cómo es que pude olvidar eso?

—No lo sé, pudo borrarte la memoria al darte un fuerte golpe en la cabeza. Tú no recuerdas nada así que nunca podrías acusarlo. Es una relación enfermiza, has estado meses cautiva de ese hombre, no sé qué te hizo ese día porque ni siquiera encontramos tu bolso, sólo esto. Pero la policía dijo que tu celular fue borrado, todo su contenido encriptado y luego borrado por alguien. Tu secuestrador. ¿No te has preguntado por tu antiguo celular? Tú lo cambiaste dos veces y eso llamó la atención de los investigadores.

—¿Entonces creen que desaparecí?

Tadeo asintió.

—No había esperanzas de encontrarte con vida, en realidad.

—¿Y dices que mi celular fue borrado?

—Son demasiadas cosas ¿no? Primero destruye la memoria de tu teléfono, luego te miente, sobre todo. Y no te dijo nada de las chicas ¿verdad?

—¿Qué chicas?

—Tu hermana me contó que tú compartías piso con cuatro chicas de distintos países, una sueca, una brasileña una mexicana y una turca. Ingrid, Rossana, Evelin y Anisha. ¿Las recuerdas?

Isabella balbuceó.

—Rossana fue asesinada, lo recuerdo. Tuvo una muerte horrible y entonces...

Tuvo que agarrarse del desconocido porque se caía.

Se sintió en shock. Todo regresó, su vida anterior, las dos chicas haciendo el amor y ella espíandolas, la traición de Ingrid y el asesinato.

—¿Qué pasó con las demás? ¿Tú lo sabes?

—Lo que sé que la chica sueca ayudó a buscarte, pero luego al ver que no aparecías se asustó y regresó a su país —hizo una pausa —Debes venir conmigo. No puedes regresar con ese hombre, él puede estar implicado en la muerte de la chica brasileña.

—¿Murió una de ellas?

—¿Tú no lo recordabas, no recordabas nada?

—No lo sé, tengo algunos flashes, recuerdos, pero no me siento segura con respecto a ellos. No sé qué es verdad porque los recuerdos vienen y se van.

—Isabella, ven, te siguen. Tenemos que hablar, déjame ponerte a salvo de ese hombre. Él puede tener que ver con todo eso, por eso te secuestró y te ha mantenido cautiva, escondida.

Isabella no quiso ir con él.

—Yo no creo que mi esposo sea un perverso, él es médico y salva vidas, es el mejor cirujano y a lo mejor lo conocí en otra ocasión y quiso salvarme.

—¿Y si es tan buen samaritano por qué te ocultó todo? ¿Por qué te mintió sobre tu familia? Quiere tenerte aislada del mundo así poder controlarte y vigilarte. Porque tal vez cree que tú sabes algo, algo que podría perjudicarlo, pero eso es un gran riesgo para ti. Corres peligro, porque es un hombre rico, importante de esta región. Tiene mucho que perder.

—¿Y cómo sé que no eres tú que tramaste algo? No recuerdo nada de ti tampoco, sólo el hotel y que me llamaste princesa germana.

Él sonrió.

—Yo te espíaba porque quería salir contigo, preciosa, te vi entrar en el hostel y me enamoré... pero tú estabas a la defensiva y me espantabas como a un insecto. No hay misterio, te digo la verdad. No tiene importancia ahora, es lo que pasó y no te miento, princesa. Quiero ayudarte. Déjame hacerlo, confía en mí. ¿Quieres ver a tu hermana, a tu madre de nuevo?

—Sí, por favor.

—Entonces ven conmigo, tienes que alejarte de ese hombre ahora, no vuelvas a la mansión.

Ella lo apartó sin poder confiar, ¿y si era una trampa para matarla? No le gustó nada saber que una de las chicas había muerto, y de pronto recordó algo más. Vio a ese hombre en la posada bien vestido siempre siguiéndola a todas partes. Era muy guapo y parecía sincero, pero a esa altura ya no sabía en quién confiar. Recordó que antes tampoco se fiaba de él porque no lo conocía demasiado.

Tenía que hablar con su esposo, tenía que saber la verdad.

—No iré contigo, Tadeo. Agradezco tu preocupación, pero estoy muy confundida y asustada ahora. No puedo tomar una decisión...

Ya no sabía en quién confiar, no sabía qué pensar.

—Entiendo —dijo el italiano con mucha calma —Déjame tu teléfono al menos, le diré a tu hermana que estás bien y que puede llamarte. Te demostraré que digo la verdad.

—Está bien... te llamaré y me quedará tu número.

Isabella anotó el teléfono de Tadeo y luego sintió la voz chillona de Mirella y detrás de ella los hombres que la cuidaban de la mansión. Regresó con ellos sin mirar atrás.

—¿Quién era ese hombre tan guapo? —preguntó luego cuando iban en el auto.

—Un desconocido que me dijo algunas tonterías, son muy galantes los italianos —respondió evasiva.

—¿Qué atrevido! —los ojos oscuros de la enfermera se agrandaron indignados. —¿Acaso no vio tu anillo de casada?

—Eso no cuenta aquí, pero fue divertido, me hizo reír. En verdad que no entendí mucho lo que me dijo.

No sabía si Mirella estaba allí de antes, pero prefirió no decirle nada de la conversación reveladora que había tenido.

Acababa de recordar por qué había huido del departamento, y también que estaba en un bosque cuando los primos de su marido se le acercaron y comenzaron a molestarla.

Sintió una punzada de rabia y dolor entonces, su corazón latió acelerado y se mareó y se dijo que no podía dejarse dominar por los nervios y la emoción de recordar todo. tenía que sobreponerse y llegar a la verdad, pues acababa de recordar cómo era ella en Rusia y cómo siempre se supo defender de los mequetrefes que la acosaban en Italia por ser rubia y bonita. No era una mujer débil ni cobarde y mucho menos una llorona asustadiza. Sabía defenderse. Sólo que en su estado actual no podría darle una paliza a ese mentiroso sí podría exigirle que le dijera la verdad de una puta vez. estaba harta de sus mentiras. ¡Hasta el moño!

Isabella pensó con rapidez y tuvo tiempo hasta que Franco llegó de su trabajo para decidir qué haría, cómo encararía a ese hombre que sabía tenía todo el perfil de un psicópata. Él no la había engañado del todo, pues le había dicho una frase que todavía recordaba: si recuerdas algo debes avisarme. Él quería saber, porque al parecer ignoraba lo que ella sabía de su pasado. ¿Cómo iba a saberlo si lo vio una vez nada más? A lo mejor él no sabía nada de las chicas ni de ella y simplemente la salvó y... Rayos, nada tenía sentido. Esa boda repentina y que la cuidara en el hospital... demasiadas molestias se habían tomado para ser sólo un extraño.

¿Por qué entonces hizo desaparecer su celular? ¿Para que nadie la encontrara porque estaba

desaparecida? ¿O porque todos la daban por muerta? ¿Pensó que moriría luego de sufrir una conmoción y estar en coma? ¿Por qué diablos la cuidó cuando debió deshacerse de ella? Era médico, tendría acceso fácil a drogas, jeringas y si realmente ella sabía algo comprometedor habría sido más sencillo librarse de ella. No lo hizo, la cuidó durante un mes y durante su enfermedad debió celebrar una boda in extremis en el hospital o rayos, no sabía cómo es que estaban casados si jamás firmó nada. Esa boda debía ser falsa. Ilegal. No era su esposa en realidad. Sin embargo, Lucio dijo que sí estaban casados... a lo mejor no investigó si esa boda era legal.

—Pero le había funcionado. Porque ella pensó que sí era su marido, aunque no recordara nada de la boda. La había retenido allí, enferma y maltrecha por una razón. dudaba que lo hiciera por amor ni siquiera por sexo... un hombre como él debía tener mujeres para eso, en abundancia.

Debió tener una razón muy poderosa para hacerlo.

Para proteger su reputación, para que nadie supiera que había raptado una chica y tal vez la atormentó y torturó como un sádico y por eso terminó en el hospital. Luego él se asustó y decidió encubrir todo...

Por una razón poderosa que sólo él conocía.

Y al verle llegar esa noche se puso muy nerviosa. Tuvo que asimilar toda la nueva información y comprender que él no era su marido sino un completo extraño que fingía ser su marido, había una gran diferencia. Y debía reconocer que lo había hecho muy bien, pues a pesar de no estar enamorada, sentía que era su esposa, que le pertenecía y que esa casa sombría era lo más parecido a un hogar...

No tenía a nadie y él se convirtió en todo su mundo. ahora tenía que entender que sí tenía familia y amigas en Rusia, tenía una vida anterior a esa locura y debía recuperarla.

Luego de saludarla notó que había algo distinto en su mirada y volvió a mirarla sin ocultar su sorpresa ¿o era miedo? ¿A qué podía temerle ese hombre maligno y extraño?

—¿Te sientes bien, cielo? Pareces enfadada. ¿Cómo estuvo tu día? ¿Te diste la inyección? —sonrió cuando se lo preguntó mientras tranquilamente se servía un whisky con hielo.

—Mirella me dijo que esas inyecciones no son buenas. Que no duran tanto y me asusté —respondió Isabella molesta.

Él se rio bastante cuando dijo eso como si fuera gracioso darse una inyección que no duraba tanto y tuviera en su barriga las consecuencias de la negligencia de ese hecho.

—Bueno, ningún método es seguro y la inyección no es tan segura como la píldora, pero las píldoras fallan a veces. ¿Eso te enfada?

—No quiero tener un hijo ahora, ¿por qué nunca te has cuidado?

Sus palabras le sorprendieron y la miró con fijeza.

—¿Realmente crees que sería capaz de usar un condón con mi esposa hermosa y virgen? ¿Crees que resistiría la tentación de sentirte cuando el sexo es lo mejor que tenemos, nena?

Isabella se sonrojó.

—¿Tanto te importa el sexo?

—Bastante, mucho, pero más me importas tú, preciosa. Nunca pensé que sería así, que me gustaría tanto tener una esposa al punto que siempre estoy ansioso por volver a casa. Me has cambiado y realmente me tienes a tus pies.

—Eso no es cierto, deja de fingir. Tú no me quieres.

—OH vamos, ¿estás enfadada conmigo por lo de la inyección?

—¿Tú sabías lo del boicot de las inyecciones, que no son seguras porque quieren hacer crecer

la natalidad haciendo que mujeres queden embarazadas con los métodos que ofrecen como seguros?

—Sí, lo sabía, pero es un rumor, no es del todo cierto. Hay un grupo de radicales que sabotean las inyecciones y las pastillas, pero eso no está probado, aunque hay otros problemas en este país para ocuparse de investigar.

—¿Entonces crees que puedo estar embarazada ahora?

—Es muy sencillo saberlo, hazte un test y lo sabrás, pero lo primero es saber si has tenido la regla. ¿Pero tú no estás furiosa por eso, no es así?

Era rápido no tenía un pelo de tonto y se daba cuenta que detrás de su enojo había alguien más.

—Sí, hay algo más. Me encontré con un hombre hoy en la ciudad y me dijo que mi hermana quiere verme y que creen que estaba muerta, desaparecida. Dijiste que te avisara cuando recordara algo y lo he hecho.

—¿De veras? Qué estupenda noticia. ¿Y qué has recordado?

—Lo sé todo, deja de fingir.

—No, no creo que recuerdes todo. ¿No recuerdas nada de nosotros verdad?

—No... me lo dirás, ¿por favor? ¿Me dirás de una vez la verdad?

Isabella tembló al ver su mirada y la forma en que se acercó, no era tan fuerte ahora que lo tenía cerca y sabía que podía ser el asesino de Rossana. Realmente fue muy temeraria al enfrentarse a él, debió cerrar el pico y esperar.

—Es que no hay nada preciosa, lo que hay es lo que puedes recordar. Nuestra primera noche de sexo, las cosas que te enseñé en la cama y lo mucho que me gusta tenerte conmigo.

—¿Y por qué no me dijiste de las chicas, por qué me mentiste?

Él guardó silencio y de pronto la besó, le dio un beso ardiente, pero ella estaba temblando, no dejaba de temblar.

—Tranquila mi amor, no voy a lastimarte, nunca quise lastimarte, sólo quería que fueras mía y si te mentí fue para protegerte. Porque eras mía, Isabella mi esposa.

—Una esposa a la que compraste, no lo niegues.

—Sí, se que eso estuvo mal, perdón, no quise hacerlo.

—Pero tú no me ayudaste a recordar.

—Temía que sufieras una conmoción si lo hacías. Estabas débil y asustada, todo te angustiaba, estuviste al borde de la muerte y tu cuerpo lo sabía, tú también en el fondo y no quería que te angustiaras con recuerdos que debían ser dolorosos. Además, mientras yo te iba a buscar al bosque porque alguien te vio entrar allí y estaban vigilando el lugar por días un mafioso fue a buscarte al hostel y golpeó a la señora y destrozó tu cuarto buscando algo, parecía que buscaban algo y dijeron que te encontrarían. Yo te llevé al hospital y dije que eras mi esposa. Para poder estar a tu lado y cuidarte, no quería perderte, sabía que eras joven y podrías salir adelante. Yo te cuidé, te salvé, eres mía Isabella, sólo mía y no quería compartirme con nadie. Ni que me abandonaras cuando supieras la verdad. Pero no sólo te salvé en el hospital, mi obsesión por ti te salvó de haber caído en esa mafia, pues al parecer alguien te buscaba con intensidad para venderte o hacerte algo peor. Tenía que esconderte, cambiarte el nombre. Tú no eres Isabella Hoffmann ahora, eres Isabella Montesco. Y no permitiré que esos bandidos se acerquen a ti jamás. Es mejor que piensen todos que has muerto preciosa, no sé con quién hablaste hoy, pero debes decirle a ese hombre que cierre el pico maldita sea, si le dice algo a la policía no podré mantenerte a salvo.

Isabella se quedó confundida con sus explicaciones, parecía sincero, y su historia tenía

sentido. Sabía que Rossana habría hecho cualquier cosa por dinero y conocía a gente peligrosa, salía con hombres peligrosos. Podían buscarla para venderla o para matarla porque pensaban que había visto la maldita memoria que tenía Rossana en su poder.

—¿Entonces lo hiciste porque querías que fuera tuya?

Él asintió.

—Déjame cuidar de ti, escucha, si ves a tu hermana ella debe saber que el peligro existe y que no puedes ir a Berlín ni salir de aquí por un tiempo. Es mejor que todos crean que moriste porque un chiflado se les adelantó. Ahora todos buscan al asesino de Rossana y han dejado de hablar de ti. Eso es muy bueno. Pero el peligro existe, es real.

—Pero nunca nos casamos, esa boda debe ser falsa.

—No lo es para mí, lo hice para que pudieras tener una nueva documentación. Para que cambiaras tu nombre y dejaran de buscarte porque habría sido muy fácil ir al hospital y darte un tiro si te encontraban. Tú eras parte de ese catálogo, ellos tenían tu video y estaban negociando la venta, mi amigo lo vio. Pudiste escapar de ellos al huir del departamento, al cambiar tu celular, fue muy astuto de tu parte hacerlo, pero igual te encontraron. Tal vez pensaron que te habías ido a Alemania. Yo te ingresé con otro nombre para poder cuidarte, no me dejarían acercarme si sabían que eras una chica extranjera sin familia. Eso habría llamado la atención y la policía habría hecho preguntas. Y yo no quería perderte, quería que fueras mía, eres mía preciosa, yo te salvé, yo cuidé de ti, nadie más lo hizo. pudiste morir en ese bosque si no recibías reanimación a tiempo. Y supongo que lo hice porque quería que fueras mía pero no te obligaré a quedarte preciosa, no soy un monstruo. Hice todo esto por ti, es verdad, y porque me moría por tenerte, pero si quieres volver con tu familia...

Isabella se emocionó, había pensado tantas cosas, había temido que todo fuera una farsa y se sintió tan llena de dudas.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó entonces.

Él la miró con intensidad y le sonrió negando tal cosa.

—Claro que no. Quiero que te quedes preciosa, pero sabía que esto pasaría que un día recordarías y tendrías miedo de mí.

—Siempre he tenido un poco de miedo de ti, Franco —Isabella se dejó caer en la cama y lloró, no pudo contenerse. Se sintió tan triste al pensar en todo lo que había pasado. ¿Cómo iba a dejarlo después de que salvó su vida y parecía quererla?

—¿De veras? Nunca lo dijiste, preciosa.

—Es que siempre sentí que no te conocía, no podía recordar quién eras y...

—No tienes que tener miedo de mí, nunca te haría daño preciosa, ven aquí, me muero por hacerte mía.

Un beso ardiente hizo que dejara de llorar y toda su angustia se convirtiera en deseo, en un deseo feroz y urgente de tener sexo, él sabía cómo enloquecerla y lo hizo la desnudó e invadió con besos húmedos por todas partes y ella respondió a sus caricias y le bajó el pantalón para prodigarle besos y caricias allí en su miembro, y él la ayudó... quedó tendida a sus pies y engulló una gran parte como él le había enseñado hasta volverlo loco, pero no pensó en la inyección, quería copular así no más como siempre, su vagina ardía como si tuviera fiebre a esa altura. Fiebre y un deseo feroz que sólo él pudo calmar con su miembro.

Fue increíble pero sólo cuando lo tuvo muy adentro pudo calmar sus ansias de ser penetrada, no sabía qué le pasaba, pero ese día estaba desesperada.

—Más por favor, más...

Él sonrió.

—Cielo, no quiero lastimarte.

—Entonces cógeme como un demonio, por favor, muy duro.

Él no necesitó que terminara de decirlo que ya lo tenía allí, hasta el fondo y le dio duro, muy duro hasta que sintió que estallaba de placer y gritaba gemía y seguía sintiendo eso tan fuerte. Y fue más que una vez, se quedaron un buen rato en la cama jugando y copulando sin control.

Sólo entonces pudo estar calmada y satisfecha, sólo entonces pudo pensar con más calma en sus palabras, en su versión de la historia y preguntarse si le había dicho toda la verdad, parecía sincero, pero...

—Quédate preciosa, quédate conmigo —le dijo al oído mientras caía rendido a su lado y la besaba con suavidad en su cuello y en sus pechos. Luego la miró esperando su respuesta.

—Pero no soy tu esposa en realidad, nunca nos casamos —dijo ella de forma inesperada.

Él se puso serio.

—Sí eres mi esposa, yo te hice mi esposa, nos casamos. Pero lo importante no es el papel firmado, porque yo siento que eres mi esposa y quiero que te quedes conmigo, quiero hacerte un bebé esta noche cielo. Quiero todo contigo, una familia, un refugio lleno de amor y pasión donde siempre estarás a salvo. Pero no te diré más, tú tienes qué decidir qué hacer. no te secuestré ni soy un bandido.

Isabella se dejó llevar por sus palabras y dejó que la hiciera suya de nuevo, quería a ese hombre era suyo, era su marido realmente se habían casado, aunque la boda fuera un papel arreglado por abogados.

Ella había regresado después de saber lo ocurrido porque dijo que quería saber la verdad, y la quería escuchar de sus labios. Le pareció sincero, además podía ser que sólo estuviera obsesionado con ella por ese chat, pensó que su amiga lo había ideado para estafar a Franco y pensó que pudo ser mucho peor, pudo morir ese día. Sola en el bosque si no hubiera ido a buscarla ese hombre que estaba obsesionado con ella.

La vida era tan extraña.

Sin embargo, supo que quería hacer algunos cambios, quería ver a su familia, hablar con sus amigas, no se quedaría encerrada en esa casa sin ver a nadie.

Al día siguiente, durante el desayuno él preguntó quien era ese Tadeo que le había mencionado. Tenía cara de celoso.

—Dijiste que era un amigo, ¿un amigo de dónde? ¿Dónde lo viste?

—Estaba en la fiesta de tu amigo doctor el otro día, yo lo vi, pero no podía recordar quien era, luego se me acercó cuando salía de la clínica y hablamos.

—¿Y quién es exactamente ese hombre? Trabajaba contigo o... de dónde lo conoces.

—Era un enamorado de la posada de la señora Annabella.

—¿Ah sí? ¿Qué bien!

Isabella sonrió.

—¿Estás celoso? No hubo nada entre nosotros, él era muy servicial y siempre estaba en la posada.

—Pendiente de ti, imagino.

—Tal vez.

—No me agrada ese hombre, ¿por qué te buscó tanto si sólo era un amigo servicial?

—Supongo que se sintió mal cuando desaparecí, él quiso acompañarme ese día porque dijo que me perdería, pero yo no me fiaba de él.

—Bueno, tú estabas destinada a mí, preciosa. Por eso.

—Hablaré con él y le diré que todo está bien.

—No lo hagas, no lo conoces y además al parecer está muy interesado de rescatarte del demonio que te tiene prisionera. Te quiere para él el maledetto.

Isabella se sonrojó.

—No es así, es que todo esto... es una historia complicada.

—Bueno, deja que hable con él preciosa y le diga la verdad, no es bueno que ahora vaya corriendo a gritar a los cuatro vientos que te encontró y atraiga la atención de la prensa. Maldita sea.

Isabella le dio el número.

—No seas duro con él, sólo quiere ayudarme.

—¿Ayudarte a que huyas de mí para poder hacerse el salvador, el héroe y tú caigas rendida a sus pies? ¿Qué otra cosa puede buscar? Pero voy a averiguar quién es y que busca, si sólo es un viejo enamorado no me preocupa tanto como saber que puede estar implicado en todo este escabroso asunto de muertes, secuestros y chantajes.

—No lo creo, vive aquí parece un hombre común. Normal. Pero dime algo, ¿por qué buscabas chicas en los chats?

Él sonrió.

—Bueno, es más fácil, tienes sexo rápido y puedes elegir la más bonita. Te encontré a ti.

Ella tembló al sentir su mirada, acababa de salir de la ducha y estaba recién vestido con pantalón beige y camisa blanca, siempre usaba colores claros.

—¿Te irás al trabajo?

—Debo ir, cielo. Pero puedo quedarme un poco más si quieres jugar un rato.

Ella tembló excitada ante la invitación, no sabía que le pasaba esos días, pero de repente quería hacerlo todos los días, sin parar.

—Pero no todo quedó resuelto con esa conversación, Isabella quería saber quién había matado a la chica brasileña y con su familia. Se moría de ganas de ver a su madre, a sus hermanos.

Pensó con angustia que él le había ocultado todo para esconderla de la mafia, y la convenció de que aún corría peligro, pero eso no era una respuesta del todo convincente. Quiso creerle que no es lo mismo. Se daba cuenta que a lo mejor quiso encerrarla por una razón que le ocultaba que no era ni ella misma ni nada que ella pudiera adivinar.

Se puso a buscar información de su esposo en la web, su perfil, fotografías y todo parecía impecable. No había fotos escandalosas, romances ni nada de eso. congresos, ponencias y estudios sobre el cerebro que habían ganado varios premios.

¿Por qué un hombre así se involucraría con chicas audaces del chat? ¿Se sentiría algo solo por trabajar tanto?

Ciertamente que no podía imaginarse a un neurocirujano yendo a un bosque a buscar a una chica del chat.

Borró el historial de búsquedas, no quería que supiera que lo había estado espiando. Y siguió

buscando información sobre el crimen de Rossana Conçalves. Se dan detalles grotescos del crimen, múltiples heridas, golpes y violación múltiple. Como si el crimen lo hubieran cometido varios hombres. Qué horror terminar así...

Rayos. no merecía eso, nadie merecía un final tan horrible.

—Pero necesitaba estar segura, saber si su esposo le decía la verdad.

Y decidida, llamó a Tadeo para decirle que ya había hablado con su esposo.

—Hola Isabella. ¿Cómo estás?

—Hablé con mi esposo, Tadeo.

—Eso fue muy arriesgado. ¿Estás bien?

—Él me dijo la verdad y no pasó nada, deja de acusar a mi esposo de ser un monstruo.

Isabella le contó la conversación.

Tadeo no quedó muy convencido.

—Él vino a verme, preciosa. A decirme que si me acerco a ti me dará una paliza que nunca olvidaré. Y me prohibió que avisara a tu familia ni a nadie porque corres peligro. ¿Estás de acuerdo con eso?

Isabella se crispó.

—¿Eso te dijo?

—Sí, así es.

—Quiero ver a mi hermana. A mi madre.

—Pero él dice que debes permanecer escondida, como hasta ahora. Que es por tu bien. Realmente no me convence la explicación, sospecho que lo hace para esconder algo. No quiere verse involucrado en la desaparición de la chica extranjera y que lo culpen de raptó y de falsificación de documentos supongo, por lo de la boda.

—Mi esposo no tiene nada que ver con eso, debes entenderlo. Si realmente fuera parte de toda esa porquería me habría dejado morir en el bosque.

—¿Y por qué te buscó? ¿Por qué fue a la posada? ¿Cómo supo que estabas allí?

—Porque él vivía cerca y alguien le avisó. Ya te expliqué lo del chat.

—¿Y si esa historia es un invento y no hubo ningún chat? ¿Él te mostró capturas de ese chat, o el famoso video que vio?

—Lo hizo... sé del video porque yo lo había visto antes en Milán. ¿Pero por qué mentiría por favor, por qué lo haría?

—Para explicar el hecho de que te buscó, te atrapó y terminaste en un hospital. ¿Por qué no pides ver tu historia clínica, Isabella? Investiga por qué perdiste la memoria y sufriste tanto daño. Eso no puede pasar por un paro cardíaco, sino por un fuerte golpe en la cabeza, o un derrame cerebral. ¿Tuviste un derrame cerebral?

—Es que no lo sé... —balbuceó ella.

—Pues ve al hospital y pide tu historia clínica, tienes el derecho a saber qué te pasó porque todo lo que sabes del asunto es por tu esposo doctor.

—Tadeo, por favor, dime algo, ¿has estado investigando a Franco, sabes algo de él?

—Sí, lo hice, es bueno en lo que hace, muy bueno y por eso ha recibido premios y no me explico cómo quedó implicado en esa historia. Yo creo que él te hizo algo, esta es mi teoría, te lastimó o te drogó, tú sufriste alguna caída y para tapar eso armó todo lo de la boda y demás. Para limpiar su nombre porque si se sabía todo quedaría arruinado. Sabes que la vida personal de las eminencias de la ciencia o de personas con cargos importantes en estos tiempos la más mínima mancha queda para siempre. Se habría arruinado. Y te aseguro que un hombre como él,

perfeccionista y ambicioso que siempre ha luchado por destacarse y ser el mejor, no iba a permitir que eso sucediera.

—Pudo dejarme morir para que nada se supiera, ¿te das cuenta de eso? Si me hubiera dejado en el bosque nada de esto se habría sabido. Él me salvó, Tadeo y eso no puedes cambiarlo, estoy viva gracias a él, me puso en la mejor clínica del país ¿crees que habría sucedido si hubiera sido una simple extranjera a la que nadie conocía?

—Isabella, sé que es difícil para ti, has pasado meses secuestrada, es natural que lo defiendas a tu secuestrador, estás confundida. Pero quisiera que estuvieras segura de todo eso que me dices porque no suenas muy convencida.

—¿Y tú qué piensas que pasó?

—No lo sé, preciosa. Me parece todo muy extraño y ciertamente que jamás habría imaginado que él te tenía encerrada.

—Tú lo conocías, ¿verdad? Por eso estabas en esa fiesta.

—Lo conozco porque pertenece a una familia muy importante del país y porque se hizo célebre en la medicina, es muy bueno en eso, pero no somos amigos nunca lo fuimos. Tenemos amigos en común por eso estaba en esa fiesta.

—Pero esa noche no viniste a hablarme.

—Quise acercarme a ti, pero no supe qué hacer, no entendía cómo te habías casado con ese hombre. En verdad que me involucré porque te busqué y me sentí muy mal por lo que pasó, de haberte acompañado ese día nada de esto habría pasado.

—Por favor, no te culpes, ya pasó, estoy viva y quiero hablar con mi familia, con mi hermana.

—Isabella, temo que eso no podrá ser. Tu marido me ha amenazado no puedo decir a nadie todavía que estás viva. No hasta que se aclare el asesinato y la desaparición de la chica brasileña. Teme por tu vida. Y tal vez tenga razón en eso. Ha sido un caso terrible lo de esa pobre chica, no se habla de otra cosa. No se sabe nada quién la mató, pero hubo otros casos de desapariciones misteriosas de chicas extranjeras en Milán.

La joven suspiró y trató de poner en orden sus pensamientos.

—Tadeo, el día que Franco fue al bosque a buscarme, él y sus primos, ¿sabes si fue él o sus primos quiénes golpearon a la señora Annabella?

—No, no fueron sus primos, los conozco, fueron otros, Isabella, te buscaban y dijeron que te encontrarían en el bosque, golpearon a la señora Annabella y amenazaron con violar a una de sus hijas si no decían dónde te escondías. Ellas le dijeron que habías ido al bosque y fueron por ti. Pero antes de eso fue un hombre a preguntar por ti, dijo que era tu novio. No era Franco porque la señora Annabella lo habría reconocido, imagino que envió a otro mientras los demás esperaban en un auto. Sólo que me cuesta imaginar a ese hombre allí en el bosque con los demás, pasa el día entero metido en su clínica de cirugías. Tal vez tuvo alguna licencia especial.

—Desconfías demasiado de él.

—Bueno es que la historia no me cuadra, pero no quiero perjudicarte, no diré nada todavía. Pero si algo sale mal, si descubres algo raro, llámame y te ayudaré. Pero en verdad que es muy cruel no avisarle a tu familia que estás sana y salva, han sufrido mucho por ti.

—También yo... quisiera hablar con ellos. No tengo sus números, los olvidé.

—Aguarda, yo te los enviaré.

—¿Los tienes?

—Sí, regresaron a Alemania hace poco, pero hemos estado en contacto.

—Te lo agradezco mucho, de veras, es tan difícil para mí, me quedé sin amigos, sin nadie.

—Eso es lo que me llama la atención. Parece ser parte del plan, su plan para mantenerte aislada e indefensa. Tu familia sufre mucho porque no sabe qué te pasó y él sigue pensando que hay que esperar y que no llame la atención sobre ti. Pero no es vida para ti, Isabella. Eres una mujer joven y no sé si hay tanto peligro en realidad. ¿Pues quién se atrevería a acercarse a ti ahora que estás casada con un hombre tan importante?

Tenía razón, llevaba una vida de encierro con miedo pensando en lo que podía pasarle si alguien la encontraba.

Cuando cortó la llamada tuvo la sensación de que no se sentía segura de nada. Sólo quería poder confiar y se preguntó si su esposo no le estaría ocultando algo.

Caminó por la habitación pensando que quería disfrutar un momento de paz, de no pensar tanto, llevaba tanto tiempo así, sufriendo por no poder recordar y ahora que lo sabía todo sentía dudas. Casi todo, pues seguía sin saber qué había pasado en ese bosque y cómo terminó en el hospital, su esposo decía una cosa, pero Tadeo decía otra.

Siguiendo el consejo de su amigo, Isabella fue al hospital días después con la excusa de que estaba mareada. Hablaría con su doctora al respecto, los mareos eran reales y a lo mejor ella podría explicarle.

Mirella no pudo acompañarla porque se sentía mal, con mucho dolor de cabeza y no salió de la cama, le avisó por el derivado esa mañana. Fue muy oportuno pues quería estar sola en esos momentos.

Avisó al ama de llaves y ella se mostró alarmada.

—¿Y por qué debe ir al hospital? Hoy no tiene ninguna cita.

Rayos sabía todo de sus citas clínicas, era una entrometida.

—Quiero ver a mi doctora porque no me he sentido bien y quiero hacerme exámenes —le dijo sin mentir.

Se sentía mal, muy mal últimamente, cansada y mareada, otra vez mareada y temía que fuera algo cerebral. No era un buen momento para enfermarse, pero no lo podía evitar.

—Si se siente mal quédese aquí, le pediré al médico que venga a verla —insistió el ama de llaves.

—Haga lo que le pedí o llamaré a mi esposo y le daré quejas de usted —le respondió.

A duras penas consiguió que la dejara salir. Estaba harta de la intromisión de esos empleados con cierto cargo en la mansión, harta de su vigilancia y de que se entrometieran en su vida. ¿Por qué no podía salir cuando se le antojara? ¿Realmente existía peligro para ella o era su esposo que era un obsesivo?

Salió de la casa con el chofer y llegó al hospital.

Se sintió mucho mejor nada más llegar, el mareo había pasado. Pero fue una buena excusa para salir, además sufría de nuevo de jaqueca, temía volver a sufrir esos horribles dolores de cabeza. Olvidar lo que había vivido esos meses junto a Franco.

Cuando habló con la enfermera de recepción le dijo que su doctor no estaba, pero había una doctora suplente que podía atenderla.

Lo aceptó y se sentó para esperar su turno.

Como era una clínica muy costosa no había muchas personas para atenderse y la hicieron pasar casi enseguida. Se sintió aliviada de no tener a Mirella a su lado, ciertamente que ese día no

estaba de humor para soportar a esa parlanchina.

Una doctora rubia y bajita aguardaba, era muy joven, más de lo esperado y la saludó simpática.

—Doctora, no me he sentido bien...

Cuando le habló de los síntomas la doctora le pidió que se sentara en la camilla porque iba a examinarla.

—Bueno, te haré exámenes de sangre ahora para estar segura pero no creo que sea grave. ¿Tomas alguna medicación actualmente?

La doctora abrió la portátil y buscó información mientras esperaba paciente su respuesta.

Isabella buscó en su bolso y sacó un blíster y los otros los llevaba anotados.

—Es un sedante muy suave, ansiolítico para evitar nerviosismo, y calmante de dolor. ¿Tomas calmantes a diario? ¿Sientes mucho dolor? Disculpa, no tuve tiempo de leer tu historia, ¿podrías decirme qué te pasó?

Isabella le contó lo que le había contado Franco y la doctora pareció algo desconcertada y siguió buscando en su portátil.

—Qué extraño, no veo tu historia clínica. ¿Cuándo estuviste internada? ¿Un mes en coma? ¿Estás segura?

—Perdí la memoria, no recuerdo nada de eso, doctora.

La doctora buscó y luego llamó a su asistente.

—No hay nada, qué extraño. Como si alguien hubiera borrado tu historia o... a lo mejor estás ingresada con otro nombre. Fuiste mal anotada. ¿Cuál era tu apellido de soltera?

—Isabella Hoffmann.

—Aquí está... internación, diagnóstico...

La cara de la doctora cambió. Quedó como en trance, no sabía si estaba consternada o sorprendida o simplemente esa era la cara que tenía cuando leía una historia clínica escabrosa con muchas cosas.

—¿Qué me pasó? Por favor, debe decirme doctora, creo que mi esposo me oculta algo.

La doctora la miró muy seria.

—fue un accidente doméstico, un desmayo repentino y golpe en la cabeza producto de la caída. No reaccionabas y tu esposo te trajo. Luego entraste en coma a raíz de un pequeño derrame cerebral.

—¿Un derrame?

—Sí. ¿No te lo dijeron?

—No... me dijeron que sufrí un paro cardíaco.

No había nada, nada que dijera que hubiera sufrido un ataque por esos hombres que fueron a buscarla al bosque. Eso no tenía sentido. Si la habían perseguido ¿quién la llevó al hospital? ¿Y por qué lo hizo Franco?

—¿Cómo llegué aquí? —preguntó Isabella.

La doctora pareció desconcertada.

—Tu esposo te trajo y te ingresó.

—Doctora, por favor, necesito ver mi historia clínica.

—Sí, por supuesto. Aquí está y puedes verla, todo está perfectamente. Ahora debemos hacerte nuevos estudios por esos mareos que tienes. ¿Has tenido una actividad intensa últimamente?

—No... —Isabella se preguntó si podía incluirse el sexo porque fue lo más intenso que le había pasado esos días.

—Pero han pasado dos meses desde que te dieron el alta, deberías sentirte mucho mejor. Eres joven y al parecer tuviste una evolución muy buena.

Isabella leyó todo en la portátil pero no decía mucho, usaban términos médicos que no entendía y sin embargo todo estaba en orden, nada era sospechoso. Llegó al hospital inconsciente, luego entró en coma y estuvo dos semanas así. Fue ingresada con el nombre de casada.

Isabella se sintió desilusionada o tal vez aliviada y decidió quedarse a hacerse los estudios por si acaso había un problema con la lesión, no quería volver a estar postrada, odiaba estar así, llevaba meses haciendo quietud, sin poder moverse, caminando agarrada...

—Tal vez deberíamos hacerte una tomografía por las dudas, veo que no te realizaron ninguna desde hace tiempo. Qué extraño. Bueno, si tienes tiempo te la puedo hacer en una hora —dijo la doctora.

Ella sintió un fuerte dolor de cabeza en esos momentos, tan fuerte que se crispó.

—Doctora... —le avisó y la mujer la atajó a tiempo y pidió ayuda a la enfermera que pasaba por allí en busca de indicaciones.

Le dolía tanto que sentía que se le partía la cabeza. Tuvieron que ingresarla y pasarle un calmante por intravenosa.

Miró a su alrededor desesperada y de pronto vio lo que había pasado, al tiempo que ese dolor le partía la cabeza se vio a sí misma en el bosque ese día huyendo de los desconocidos. Corriendo, ocultándose... tenía su celular que no paraba de sonar. Fue ese maldito aparato lo que delató su presencia a los extraños. Quiso apagarlo, pero ya era tarde. Estaban allí rodeándola.

—Miren se ha quedado dormida. La bella durmiente —dijo una voz masculina y luego dejó escapar una risita.

Vio sus rostros con claridad. Y ninguno era su esposo.

—Zorrita rubia, no te veías tan agresiva cuando colgabas tus fotos desnuda en el chat —le dijo uno.

No era su esposo, pero se parecía a él.

—Déjala en paz, no es para ti, Lucio. Y tú lo sabes.

—Bueno, pero yo la encontré primero, puedo divertirme un rato antes de entregarla.

Isabella sintió que la sujetaba y gritó y pateó a dos de ellos que se doblaron de dolor, pero no la soltaron, esta vez no pudo escapar porque un hombre apareció entre los arbustos.

—Siempre tiene lo que mejor ese maldito, pero yo prometí a encontrarla no prometí entregarla intacta —dijo el de ojos negros.

Era un hombre malo, lo vio en sus ojos y quería hacerle mucho daño.

—Haré un trato contigo, pequeña hermosa, dejaré que corras por ese bosque si te atrapo eres mía, si logras huir... entonces no te haré nada. ¿Te gusta la idea?

Ella asintió y él sonrió de forma desagradable.

—Te daré ventaja. Soy un cazador y tú serás mi presa muy pronto.

Isabella sintió la boca seca al evocar ese momento y luego sintió su corazón latir acelerado. Los dos hombres la liberaron y corrió con todas sus fuerzas sin detenerse, pero no iba tan veloz como esperaba, estaba cansada y además muy asustada, los nervios la consumían en esos momentos, pero debía intentarlo.

No conocía ese bosque, pero pensó que sería mejor si en vez de correr en línea recta bordeaba hacia un costado.

No pudo ir muy lejos, él la encontró casi enseguida, corría como un demonio y era muy fuerte, la jaló y tiró al piso y entonces ella lo pateó y tropezó y cayó y él la atrapó y sujetó de los brazos.

—Nada de golpes ni trampas, he ganado, te he encontrado y ahora serás mía.

Isabella gritó y se resistió, pero entonces escuchó una detonación al aire.

—Suelta a la chica, imbécil, no es para ti. Es demasiado para ti —dijo una voz.

El desconocido miró al dueño de la voz furioso.

—¿Crees que me la robarás imbécil? Pagué mucho por esta zorra y nunca tuve ni un beso, ahora me desquitaré.

—Lo siento, pero no puedes tocarla, ya la prometí a un cliente. Necesita una esposa.

—¿Qué cliente? ¿De qué hablas? ¿Tú quién eres?

—Rocco Rabosto. ¿Te suena mi nombre?

—Ah sí, eres un hampón de Milán. ¿Qué rayos haces aquí?

—Seguí el rastro de la chica tirolesa y vine a buscarla, ahora déjala en paz si no quieres terminar con un tiro en la cabeza o en las piernas.

Rocco estaba allí, pero se veía distinto, no estaba solo, además, un grupo de hombres lo acompañaban y el tunante supo que estaba perdido. Se rindió y de mala gana la liberó. Pero cuando se alejó le dispararon y Isabella gritó al ver cómo corría la sangre por la cabeza de ese sujeto llamado Lucio y lo empapaba.

Gritó y se tapó los oídos, todavía en shock, pero Rocco se le acercó y le dijo que dejara de gritar.

—Acabo de salvarte de ese pervertido nena, deberías alegrarte en vez de lamentar su muerte. Si no fuera por mí serías tú la que estaría sangrando por todas partes luego de que ese malnacido diera cuenta de ti.

—Rocco, qué haces aquí, ¿qué quieres? ¿Por qué me has seguido?

—Mejor pregúntale a tu amiguita muerta, ella me debía mucho dinero de la droga que le vendí y dijo que podía venderte y pagar contigo su deuda.

—¿Tú la mataste?

Él sonrió.

—Yo no mato a nadie, lo hacen mis hombres. Y sí, esa chica se había vuelto peligrosa, se dedicaba a filmar a los clientes que le conseguía teniendo sexo. Nada era suficiente, apostaba, se drogaba y gastaba dinero a manos llenas. Se convirtió en una molestia, cariño. Por eso la tuve que matar. Y lo mismo te habría pasado a ti por saber de esa carpeta, pero me resultas más valiosa viva, ya tengo un comprador para ti, preciosa.

—¿Un comprador? ¿De qué hablas?

—Hay un hombre muy rico que necesita una esposa para limpiar su nombre pues se ha visto enredado con rameras y es una persona muy influyente en el cuerpo médico. Y luego de ver tus fotos ha quedado enamorado de ti, Isabella, quiere que seas tú.

—¿Vas a venderme como si fuera una cosa?

—Una cosa no, una hermosa mujer virgen. Y así te sacaré de circulación, sabes mucho cariño y es eso o darte un tiro de gracia y no quiero hacerlo. Eres una buena chica, además, y servirás para mis planes, aunque tendrás que esmerarte un poco porque mi amigo querrá sexo a diario como tu marido. No quiere una esposa de adorno, querrá copular y te aseguro que no podrás decirle que no.

—¿Estás loco? No puedes hacer esto, notarán que algo me pasó y te investigarán.

—No saben nada de mí, están detrás de la pista de un asesino serial de rameras extranjeras. Y acabo de dejar algunas pistas sobre ciertos pervertidos conocidos de Milán para manipularlos un poco y llevarlos a uno de ellos.

—Eres un maldito Rocco, un demonio.

—Calla pequeña, guarda silencio. Si dices algo de esto, si vas a la policía y le cuentas a alguien te mataré a ti y a tu marido doctor, te lo juro. Ahora creo que necesitas cambiarte, no puedo llevarte así con tu futuro marido.

Isabella fue llevada como un fardo, envuelta en una frazada luego de ser maniatada.

Abandonaron el bosque en una camioneta y la llevaron a una casa que parecía abandonada.

—Demonios, ¿qué le hicieron a esta chica? Mira sus brazos. Está aterrorizada y llora como niña. Debes darle algo para calmarla. Al novio no le gustará —dijo Rocco furioso y ordenó que le compraran ropa decente y la dejaran presentable. Sin esas malditas marcas en los brazos.

Isabella pensó entonces en escapar, pero sabía que era inútil, estaba débil y en shock por todo lo que había pasado.

—¿Te duele mucho? —preguntó la doctora preocupada.

Volvió al presente aturdida luego de esos flashes, acababa de recordar todo lo que había pasado y por una extraña razón el dolor de cabeza fuerte casi había desaparecido por ensalmo.

Ella la miró y negó con un gesto.

—Se ha ido —balbuceó.

—Pero sabía que los recuerdos emergían como un torrente, imparables.

Se vio a si misma siendo llevada con un vestido blanco muy elegante a la mansión costera de un hombre que había pagado por tener una esposa extranjera y virgen. Había pagado el doble por eso y ella debía firmar los documentos nupciales y aceptar esa boda. Recordó las palabras de Rocco, un médico que necesitaba limpiar su nombre por un pequeño escándalo. Era Franco Montesco, su marido.

—Y tendrás que dormir con tu esposo, no pensarás que te querrá como figurita decorativa. Si lo golpeas o destratas, si le haces la vida imposible él se hartará porque es un hombre que no le gustan las complicaciones, y yo volveré a venderte a otro. Así que ya sabes lo que te conviene muñeca brava. Tú eliges el final. —dijo Rocco y le sonrió.

La curaron, la empujaron a una tina llena de jabón, y luego como una muñeca de colección la vistieron con un vestido azul y la maquillaron.

—Bueno, ahora mucho mejor. Ahora te pareces a una chica guapa y sexy. Pero hoy no podrá ser. Debe descansar. Esperemos que las marcas se vayan. Me pregunto quién era ese imbécil. ¿Cómo es que se te acercaron esos tipos, Isabella? Te creí más lista y casi tenías a uno encima y listo para arruinar la chica que debo vender.

Ella se sonrojó.

—Pensé que tú los habías enviado, Rocco.

—No, yo no lo hice, cielo. ¿Crees que habría enviado a ese tunante para que te ultrajara en el bosque? Soy un caballero, nena, aunque no me creas. Trato muy bien a mis chicas.

—¿Tus chicas? Yo no soy tu chica imbécil.

Eso no le gustó.

—Oye no te atrevas a hablarme así, ¿olvidas que tu vida está en mis manos?

¿Su vida en sus manos?

—Excepto a Rossana, supongo, a ella no la trataste bien —dijo Isabella.

Él sonrió de forma perversa.

—Se pasó de lista y, además, no era mi chica, trabajaba por su cuenta y yo le conseguía clientes. Era una diabla traidora y embrollona. Yo sólo quería mi cinta y a ti también. Claro. Fue idea de Rossana, ella me dijo que eras virgen y cuando vi tu fotografía vi que valías una fortuna.

El problema que ella quiso venderte antes, a un tipo de un chat. Le estuvo sacando dinero y luego el tipo comenzó a perseguirla.

Al hombre que Rocco acababa de matar seguramente pensó Isabella al recordar que ese hombre la había increpado con altanería pensando que ella era la chica del chat.

—Estaba de lista, pensó que podía salirse con la suya —dijo Rocco.

—Y yo pensé que tú dormías con ella.

Él sonrió.

—Sólo me la chupaba unas veces, si a eso le llamas dormir con alguien —rió—. ¿Qué? ¿Pensabas que era su novio?

Isabella se enfureció, pero estaba demasiado asustada para responderle, para enfrentarle, no dejaba de pensar que había matado a Rossana y que su vida estaba en sus manos en esos momentos.

—Señora Montesco, acompáñeme por favor. Tengo que sacarle sangre.

Ella fue a la enfermería y se hizo exámenes.

—Pero su cabeza no dejaba recordar el infierno de esos días encerrada en esa casucha junto a Rocco y sus hombres que la mantuvieron sedada con algo pues dormía todo el día.

Estaban solucionando el asunto de su venta, hablaban con alguien siempre y finalmente llegó el gran día.

La vistieron con ropa cara, la llevaron a una peluquería para que se viera hermosa. Casi no le importó, sólo quería escapar de Rocco y avisar a la policía para que fueran a rescatarla. Pero no escapó, no pudo hacerlo, él la tenía amenazada y encerrada. Un día le advirtió:

—Si haces algo, llamas a la policía te mataré muñeca, recuerda eso. Piensa en lo que le pasó a tu amiga brasileña. Ni una palabra, chica germana y nada de golpes con tu marido. Trata de ser feliz. El pobre es un hombre solitario, un hombre fino, importante. Necesita una esposa guapa que sea buena y dulce. Si tú le pegas o lo insultas, si le niegas sexo se buscará a otra. En este mundo todos somos muñecos de recambio. Nada es para siempre. Hoy estás con una chica, la chica después se enamora de otro y el hombre lo mismo. A nadie le gusta aguantar impertinencias de una mujer. Así que no pienses que por ser joven y hermosa podrás hacer lo que quieras con un hombre.

Recordaba cada palabra que le había dicho ese infeliz y luego la entrega de la novia en un hotel.

Como una semana después del rapto, él la vistió con un hermoso vestido blanco de novia y esa mañana tres hombres se presentaron en representación del futuro marido y dijeron ser sus abogados. Hablaron con Rocco a solas y luego le exigieron la documentación de la chica. Él la entregó a regañadientes, pero les exigió el dinero.

Ellos le entregaron una maleta llena de euros y un hombre los contó uno por uno. Era mucho dinero.

—Muy bien, ya es tuya. Dile a tu jefe que la trate bien porque si descubro que sufre algún daño, lo lamentaré. En realidad, es muy poco lo que me paga, esta chica vale mucho más en el mercado negro, podría tener el doble por ella.

—La venta de una chica es ilegal y tú estás enterrado en el lodo, Rocco Rabosto —le respondió el abogado.

Rocco sonrió y se marchó con sus hombres y ella quedó a merced de esos desconocidos.

—Tendrás que firmar unos documentos y todo quedará listo.

—¿Qué me harán firmar?

Ellos se miraron y le sonrieron, parecían tan bandidos como los que acababan de largarse.

—Es un contrato prenupcial, Signorina. Puede considerarse afortunada, mi jefe es un buen hombre y la tratará como una reina, estoy seguro de eso.

—¿Contrato nupcial?

—Sí, es un acuerdo de estilo en estos casos, la boda será mañana a primera hora.

—¿Me casaré mañana?

—Así es. Hemos hecho las reservaciones vía web hace días.

¿Tendría que casarse con ese hombre, con ese desconocido?

Isabella sintió un nudo en la garganta y firmó lo que le decían. Por un momento pensó en escapar, pero sabía que si lo hacía Rocco la atraparía y volvería a venderla. Así que hizo lo que le decían pues pensó que podría ser peor.

Isabella recordó esa noche, lo asustada que estaba cuando esos hombres la llevaron en auto a un lugar remoto. No dejaban de mirarla y ella supo que habría sido tonto intentar algo. Pero estaba tan nerviosa, tenía tantas ganas de llorar. La llevaron a una mansión con un lago y la escoltaron hasta adentro.

Su futuro marido, el hombre que la había comprado brillaba por su ausencia.

Hasta que lo vio en una habitación, en un comedor lujoso con alfombras rojas y cuadros medievales. Al final de la habitación, cerca de una estufa de leña prendida. También él sentía deseos de verla y se acercó lentamente, pero con paso decidido.

—Hola preciosa, ¿te acuerdas de mí?

Isabella se sonrojó entonces, sí lo recordaba, era el hombre del auto negro, el que la increpó pidiéndole una oportunidad en la calle. Sus ojos tan oscuros la habían asustado y ella lo rechazó y hasta lo golpeó... qué vergüenza sintió entonces vergüenza, rabia y desconcierto.

Asintió con un gesto.

Y así se acercaron, por Rocco, Rocco ya la había vendido antes seguramente por eso ese hombre se le había acercado.

—¿Tú ya sabías de esto, ustedes lo planearon? —preguntó asustada.

Él se mostró algo desconcertado.

—No planeé nada, necesitaba una esposa y pensé que era una buena idea comprar una. Ven. Acércate. ¿Quieres beber algo? —le preguntó.

Así fue que se conoció con su marido. En el mercado negro de esposas, luego de que él le pagara a Rocco. No sabía que era un cirujano entonces, cuando Rocco dijo algo de la medicina no había prestado atención.

Ella lo observó con curiosidad y se preguntó por qué un hombre tan atractivo necesitaba pagar a una chica para que fuera su esposa, ¿no había alguna doctora o enfermera que pudiera cumplir ese cometido?

Él siguió hablando y la llevó a recorrer la casa, y cenaron juntos.

Y luego a la mañana siguiente fue el día de su boda.

Tenía un vestido pronto esperándole y las flores de azahar. Era un vestido hermoso. Se habían casado, ella estuvo allí y sintió algo muy raro mientras un sacerdote los casaba a media mañana. La capilla estaba casi llena de personas que no conocía y luego... la boda por civil con un vestido corto, más moderno.

La gente parecía feliz, todos sonreían, gritaban aplaudían, pero ella sentía que todo había sido armado. Sabía que en ciertos países se pagaba a una empresa que celebraba bodas falsas con un novio pago y los invitados. Así se sintió entonces.

Él le puso ese anillo costoso en el dedo, el mismo que tenía en el hospital al despertar, pero

¿qué pasó después, ¿cómo llegó allí? ¿Y por qué le ocultó que la había comprado a Rocco? Debía darle vergüenza, por supuesto. Prefirió omitir ese detalle.

Cerró los ojos, tenían que hacerle una tomografía para ver cómo estaba su cerebro. El dolor había pasado, pero le dio sueño, mucho sueño de repente. Habría deseado no recordar nada, habría deseado olvidar, no quería hacerlo. Ahora sabía la razón...

Entonces recordó.

Se había casado con un completo extraño y de forma forzada y estaba muy asustada, quería correr. Deseó borrar ese día del mapa, deseó escapar y desaparecer.

Llegó la noche de bodas y ella estaba muy nerviosa, estaba aterrada.

Él la encerró en su habitación y le dio una copa de champagne.

No hablaron, lo vio abrirse la camisa y tembló.

Ella pensó que podría correr, golpearlo, intentar pedir ayuda y...

—Pero era su esposa, no podía hacer eso y si escapaba Rocco la atraparía.

Y de pronto sintió que la enredaba entre sus brazos y le daba un beso ardiente.

“Hermosa, Principessa, bella” le dijo al oído.

—Déjame, por favor.

Él sonrió en la penumbra y la miró, pero sin liberarla todavía. Se moría por hacerla suya, lo recordaba bien.

—Preciosa, no tienes que tener miedo, ahora eres mi esposa y ese maldito nunca más se acercará a ti.

—¿Tu esposa? ¿Soy tu esposa? Pensé que era una boda falsa.

—No es falsa, tengo el acta de matrimonio aquí. Ahora eres legalmente mía pero no temas, no voy a lastimarte. Pero no puedes negarte a mí, soy tu marido ahora y me perteneces. Para siempre...

Isabella se asustó cuando dijo eso y lloró.

—No... por favor. Necesito tiempo, no puedo... nunca he estado con un hombre.

Él no dejaba de besarla, de abrazarla y de pronto le dijo al oído:

—¿En serio? ¿Nunca has estado con un hombre? ¿Eres virgen?

Isabella asintió.

—Pero eres mi esposa ahora y me perteneces. Eres mía ahora.

No parecía su esposo, no era él, era otro hombre, un hombre cruel, insensible. Ella luchó y se resistió y al comprender sus intención lo golpeó y corrió. Pero llevaba tacos y tropezó, cayó por una escalera y lo último que recordaba era la sangre caliente cayéndole por la sien.

—Señora Montesco. ¿Qué le pasa? ¿No me escucha?

Isabella secó sus lágrimas y suspiró, acababa de saber la verdad y sólo quería correr, correr muy lejos de ese hombre. Era un demonio, y seguía siendo su prisionera pues gracias a sus cuidados en el hospital y a las mentiras que le contó al despertar seguía atrapada como un ratón en la trampa, cinchada de la cola, indefensa y sometida a él. Su prisionera.

—Estoy bien... ¿qué pasó? Me distraje un poco.

—Tengo estupendas noticias señora Montesco, pase por aquí por favor.

Fue hasta el consultorio de la doctora cuando en realidad ya no le interesaba saber nada. Su celular sonó entonces, y al ver su número pensó que además de perverso era un brujo, porque adivinaba que ya lo sabía, o lo olfateaba, o lo mejor alguien le avisó que había ido a la clínica sin la entrometida de Mirella y sospechó.

Tenía que divorciarse de ese loco cuanto antes, pero antes tenía que escapar. Nada impedía

que lo hiciera ahora. Estaba tan furiosa que casi tenía ganas de tirar todo lo que estaba allí en esa mesa y correr. Haría esto último, escaparía.

—Señora Montesco, tengo buenas noticias para usted. El coagulo ha desaparecido por completo. No hay más lesión y ya no debe tomar esa medicación. No es necesaria.

Al fin una buena noticia.

—Así que, de ahora en más, vida normal.

—¿Vida normal? —repitió aturdida.

Eso era justamente lo que no había tenido.

—Sí, no debe seguir tomando esa medicación, aunque le aconsejo que se realice chequeos de forma periódica. Ese dolor de cabeza me llama la atención, pero no tiene explicación ahora, tampoco los mareos.

Isabella comprendió que todos sus malestares habían desaparecido al saber la verdad y que al salir de esa clínica no tenía más opción que tomarse un vuelo y regresar a su país. Llevaba tanto tiempo aislada, alejada de sus familiares. Debían estar buscándola por todos lados, pensando que le había ocurrido algo terrible.

Ese maldito la había vendido como una cosa, la había vendido y amenazado.

Había matado a Rossana y ahora ella lo sabía, acababa de recordarlo.

—Pero si lo acusaba nadie le creería y darían cuenta de ella.

Tenía que escapar, tenía que huir... y no volvería a la mansión, nunca más viviría encerrada como una prisionera.

Desesperada tomó su celular y pensó en llamar a su madre, pero no lo hizo, había olvidado su número por completo, y mientras buscaba en su agenda recordó a Tadeo, el joven de la posada. Él había intentado abrirle los ojos, había ofrecido ayudarla. ¿Pero qué podía hacer él?

Lo llamó sin pensarlo, realmente estaba desesperada.

—Isabella. ¿Cómo estás?

—Necesito tu ayuda, por favor... acabo de recordar todo y no quiero volver a casa, no puedo hacerlo.

—Entiendo... ¿dónde estás ahora?

—Acabo de salir de la clínica, pero tengo miedo.

—Escucha, iré a buscarte. Pero si él intenta hacerte algo debes llamar a la policía.

Mientras hablaba vio su auto estacionado a la distancia y tembló.

Realmente que ahora sentía una rabia espantosa al pensar que había estado haciendo el amor con ese tipo.

—Está aquí, Tadeo... está cerca y tengo miedo.

—Tranquila, iré por ti. No dejes que pase de nuevo, si has descubierto algo sórdido llama a la policía.

Lo haría, pero antes tenía un par de cosas que decirle a ese hombre.

Aunque le tuviera miedo tenía que enfrentarlo de una vez.

Tenía que decirle lo que pensaba de él. Le había hecho mucho daño.

Lo vio acercarse y cortó la llamada con Tadeo.

—Isabella, ¿qué sucede? Te ves mal.

—Deja de fingir, ya lo sé todo. Pude recordar lo del bosque y también esa boda falsa.

Franco se puso pálido de repente, asustado, acorralado y eso que era un hombre frío y muy controlado.

—Lo siento, no quise que fuera así.

—No querías comprar una esposa como si fuera una cosa sin sentimientos? ¿Como si no fuera un ser humano? Casarte para tapar que salías con rameritas o algo así.

—No, no fue por eso.

—Oh cállate eres un maldito loco que compró a su esposa en el mercado negro porque eso te daba placer y control. Siempre tienes que tener el control.

—Pensé que eras una chica pobre y necesitada, quería ser como tú príncipe azul, pero nada salió como esperaba... Pero eres mi esposa Isabella, eres mi mujer y no niegues que te gustó ser mía.

Isabella sintió que ardía de furia y vergüenza al recordar esas noches de sexo sin control, sus caricias y pensó que había sido sólo sexo. Que le gustaba hacerlo con él porque era un hombre atractivo. Nada más.

—No soy más que una esposa de papel, algo que no tiene valor. ¿Crees que seguiré casada contigo? Pediré el divorcio ahora y tienes suerte de que no te demande por secuestro.

Él sonrió cuando le dijo eso, pero luego se puso serio.

—¿Vas a dejarme?

—¿Y esperas que me quede con un loco como tú? Fuiste tú, tú me compraste a ese mafioso de cuarta y fingiste que lo hacías para protegerme, me llenaste la cabeza con mentiras y no quiero seguir, no quiero volver a verte nunca.

—Si me dejas Rocco irá por ti cielo, en eso no te mentí, nunca lo hice en realidad. El peligro está latente, él cree que le perteneces y volverá a venderte a otro italiano y sospecho que no será tan buen marido como yo.

—Eso no pasará, voy a denunciar a ese maldito. Mató a la chica brasileña, él mismo me lo confesó un día.

—¿Y crees que podrás hacer caer a un tipo como él?

—Pues me raptó, y me mantuvo secuestrada y me vendió a un tipo por dinero, creo que eso es ilegal en este país.

—¿Y crees que escaparás? ¿Crees que podrás denunciar a la mafia y escapar con vida? —sus ojos oscuros brillaban de rabia y se le acercó, pero ella retrocedió asustada.

—Supuse que lo dirías, quieres que me quede contigo... es que no logro entender, ¿tan difícil es para ti conquistar a una mujer que tienes que ir a un burdel a comprarte una y luego retenerla con engaños y amenazas?

—No es lo que crees... estaba en un chat y pensé que eras tú, no es lo que estás pensando, no fue así. Pero si no quieres oírme está bien, supongo que me lo merezco. Pero no denuncies a Rocco, aléjate. Regresa a tu país, estarás a salvo allí. La chica está muerta, nada le devolverá la vida, pero tú puedes correr un horrible destino.

Horrible destino sí, su vida era un completo caos y estaba furiosa y herida. Estaba casada legalmente con ese hombre y se había acostado con él por primera vez y al verle allí se sentía mal, furiosa y herida y sólo quería largarse porque empezaba a sentir ganas de llorar.

—Escucha, tranquilízate. vuelve a casa y piensa lo que vas a hacer.

—¿A casa? Esa no es mi casa, es una prisión.

—Es tu casa, es nuestro hogar. Tú me vuelves loco, preciosa. Me encanta estar contigo, no sólo en la cama y lo sabes. Sé que es un momento difícil para ti. Debes odiarme ahora y lo entiendo, pero no tomes una decisión apresurada, odiaría que te pasara algo.

—¿Y qué puede pasarme?

—Rocco sabrá que estás libre de nuevo y correrá tras de ti. Eso pasará.

—No puedo vivir con miedo, ni tampoco secuestrada en una mansión.

—No estás secuestrada.

La llegada de Tadeo causó más tensión al ambiente, cuando Franco lo vio estalló.

—¿Qué hace este tipo aquí? —dijo.

—Yo lo llamé, le pedí ayuda.

—¿Le pediste ayuda? No necesitas su ayuda, yo soy tu esposo y cuidaré de ti, preciosa.

—¿Cuidar de mí? Tú sólo querías mantenerme sedada y aturdida. Estás loco, italiano y eres un demonio. No quiero volver a verte.

—Escucha preciosa, entiendo tu enojo, pero este hombre es un extraño y no podrá defenderte, cuando ese malnacido sepa que me dejaste...

—Oh basta, no sigas asustándome. Necesito respirar, todo esto se terminó y no existe nada entre nosotros, esa boda fue forzada, jamás di mi consentimiento. Ni siquiera sabía lo que estaba firmando.

—Está bien, tú ganas, pero no creas que me quedaré quieto viendo cómo te secuestran de nuevo, no podría soportar que te hicieran daño. No podría. Eres mi esposa, Isabella, eres mi mujer. Y yo te hice mujer, tú nunca...

Ella se sonrojó al sentir su mirada, y sintió su corazón latir acelerado. Estaba loca por ese hombre, pero en verdad no era una relación real sino enfermiza, él la mantuvo secuestrada y sometida con mentiras y engaños. Pero era tan guapo y no podía olvidar que había sido suya en la cama tantas veces. ¿Cómo podía abandonarlo y dejarlo ahora? ¿Cómo podría hacerlo?

Porque era lo mejor y punto. Y porque lo suyo había sido una relación tóxica de primera línea. Lo que tanto quiso evitar había ocurrido y de la forma más insólita.

Y armándose de valor le gritó:

—Déjame en paz, se terminó. No volveré contigo.

Y se alejó, se fue con Tadeo.

—No te atrevas a tocar a mi esposa. Tú no puedes cuidar ni a un perro, eres un imbécil —le gritó.

Pensó que iban a pelearse y por poco lo hicieron.

Isabella subió al auto de Tadeo insistiendo que quería alejarse de ese hombre a cualquier precio.

—Está loco, está loco —dijo.

Tadeo la miró por el espejo.

—¿Te hizo algo? ¿Quieres que llame a la policía?

—No, no quiero. Sólo quiero largarme de aquí, irme muy lejos. No puedo creer que esté casada con ese loco, pero lo estoy no sé ni qué hacer.

Isabella le contó lo que había recordado angustiada, sabía todo y no era capaz de tomar una decisión porque su esposo la había asustado.

—No quiero ver a ese Roco de nuevo ni que me mate como mató a la pobre Rossana.

Tadeo entendió que estaba metida en un lío y le dijo que no tenía que hacer nada ahora.

—No puedes vivir con miedos, debes enfrentar las cosas. Si hubo un crimen debes denunciar y decir lo que sabes. Ese Rocco confesó haberlo hecho.

—Sabrá que yo lo delaté, ¿no entiendes? Me pondré en peligro... durante semanas ese desgraciado fue tras de mí por una cinta que tenía Rossana en su poder, pero supongo que eso fue la excusa, planeaba venderme mucho antes y lo hizo —Isabella lloró furiosa. Estaba asustada y rabiosa a la vez y sólo quería largarse de ese lugar, volver a casa.

Él no insistió. La llevó a su casa y le ofreció un refresco.

—Puedes quedarte y ver qué harás. No hay prisa. Pero creo que deberías primero hablar con tu familia y decirles que estás bien.

—Lo haré, por supuesto. En cuanto me calme.

Isabella aceptó el refresco y pensó que no era tan sencillo tranquilizarse pues por dentro ardía. El engaño, la atracción y el poder que ese hombre ejercía sobre ella era horrible. Ella lo había defendido y se había sentido desleal por hurgar sus cosas en busca de respuestas.

Debía poner distancia y alejarse. Si no lo hacía no podría superar ese horrible trance.

Habló con su madre ese mismo día y le dijo que estaba bien, que Tadeo la había rescatado.

—Oh Isabella, es un milagro... mi pequeña —su madre lloró emocionada.

Luego habló con Gretchen y sus hermanos.

Querían verla y volar a Italia en ese instante.

—Luego, mañana.

—¿Estás bien? —habló su madre.

No, no estaba bien, todavía temblaba y estaba muy asustada, nerviosa, ¿cómo explicar que había vivido esos meses sin saber quién era, en una nebulosa y sin memoria se había involucrado con un hombre al que creía era su esposo?

—Sí, estoy bien, no me hizo daño.

—Isabella, estuviste secuestrada por un loco, deberías volar ahora para Berlín o ir a la policía, ¿qué haces que no lo denuncias ahora?

—Es que no puedo, tengo mucho miedo mamá, no estoy lista.

—Escucha, iré ahora a buscarte porque tú no puedes sola y ese joven tampoco puede protegerte.

—Mamá no digas eso, estoy a salvo, no hay problema. Le dije que me iba.

—Pero su madre no quería oír razones, volaría enseguida, la conocía bien.

Isabella lloró mientras Tadeo le ofrecía un brazo de agua.

—La hice bien! —dijo con ironía mientras luchaba con las lágrimas. —Lo arruiné todo, vine aquí porque me encanta Italia y terminé de la peor manera.

Tadeo se acercó y tomó su mano.

—No te culpes por eso, ahora comenzarás una nueva vida y no estarás prisionera de un loco. Serás libre. Él no hará nada, lo conozco, tiene mucho que perder. Te dará el divorcio y hasta querrá comprar tu silencio con dinero.

Isabella lo miró.

—Eso espero porque antes de irme me amenazó, dijo que Rocco vendría por mí si lo dejaba.

—Lo ves? Sólo quiso manipularte, retenerte con amenazas. Es un rufián, rayos... qué mala persona.

—Qué tonta fui ese día, no sabes cuánto me arrepiento.

Él la miró sorprendido sin entender.

—Tú quisiste acompañarme ese día, me advertiste sobre este bosque y no te escuché, no confiaba en ti.

—Bueno, no te culpes por eso, no me conocías. Y después de lo que te pasó en Milán es normal que desconfiaras. Pero tienes que ser fuerte ahora y mirar hacia adelante, no te dejes

asustar. Si alguien te amenaza debes ir a la policía, buscar protección, acudir a alguien, no pienses que siempre podrás resolverlo tú.

—Pues creo que no regresaré a Italia nunca más, me alejaré y me quedaré en mi país, allí no pasan estas cosas, hay otro control.

—Puedes venir a visitarme si quieres, todavía no pudiste recorrer el parque de Toscana ni ver sus arroyos y leyendas.

Isabella no tenía en mente regresar a ese bosque, pero sintió rabia de que el único hombre guapo y bueno que se le había acercado no fuera más que un amigo en toda esa historia, un amigo que sin casi conocerla la había salvado de su cautiverio pues de no haberle hablado aquella vez ella no habría desconfiado ni habría pedido su historia clínica.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí... tú me salvaste —dijo entonces y su voz se quebró.

—No me agradezcas, sólo fui amable y actué como una persona normal. Sólo escíbeme y avísame que estás bien, cuando tú quieras. Ya tienes mi número.

—Lo haré, por supuesto.

Era la despedida y le daba mucha tristeza, pues pensaba que su vida hubiera sido muy distinta si hubiera aceptado su compañía en vez de espantar a Tadeo como lo hizo.

—Pero la vida era así, por momento pasaban cosas que era imposible evitar y que nos dejaban enseñanzas, mensajes...

Ella sin embargo seguía sintiendo que todo había sido una locura, lo ocurrido en el bosque, esa boda forzada y tener un esposo que le hacía el amor sin parar. Le había gustado esa parte, no lo negaba, pero ahora entendía que había estado atrapada en una relación completamente enfermiza. Y tardaría bastante en sanarse.

Regresó a Berlín al día siguiente, y las semanas que siguieron fueron un completo estrés.

Tenía que resolver todo el asunto de la boda y recuperar su vida, esa vida que le fue arrebatada en el pasado.

Su madre enseguida le consiguió un buen abogado, pero ella se mantuvo firme. No quería poner preso a Franco, sólo quería la anulación de la boda y vivir en paz.

El abogado no estuvo de acuerdo y su madre tampoco.

—Hay riesgos... él podría intentar volver contigo —dijo su madre.

—Se cometieron varios delitos, privación de libertad, boda forzada, seducción y ese hombre volverá a hacerlo si no lo castigas.

—No creo que lo haga. Además, él no me hizo daño, me salvó... es decir estuvo cuidándome en el hospital.

Su madre chilló que lo hizo porque tuvo miedo de ir preso.

Y cuando más tarde estuvieron a solas pelearon, fue inevitable.

—Acaso quieres volver con él? —la acusó su madre.

Ella lo negó.

—Sólo quiero recomenzar y olvidar, dejar ese asunto en paz, mamá. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo? Se lo expliqué al abogado y te lo digo de nuevo. Si empiezo una guerra esto no terminará nunca y él se vengará porque lo conozco. Pero si llegamos a un acuerdo pacífico él me dejará en paz.

—Pues no estoy tan segura de que se llegue a un acuerdo, te ha negado el divorcio y ha negado que fuera una boda forzada. Ese hombre es muy malo Isabella, estuve a punto de darle una bofetada y se la merecía, pero me contuve. Pero lo que hizo fue como una provocación y nuestro abogado dice que si no lo denuncias no te dará el divorcio.

—Deja que el abogado hable, mamá.

—Es que no entiendo, ese hombre te hizo tanto daño ¿por qué lo defiendes?

—No lo defiendo.

—Pues yo creo que sí lo defiendes. Espero que no planees volver con él.

Isabella se puso colorada como un tomate. Era el colmo.

—Ya te dije que no, deja de insistir con eso.

—Isabella, debes aceptar ayuda, pasaste por algo horrible y necesitas terapia. Esto será largo y aunque tú no quieras yo creo que ese italiano sí quiere la guerra y no le importa si te deja como una chiflada, hará cualquier cosa por limpiar su nombre. Por desvincularse de todo.

Ella lloró entonces y se sintió acorralada.

—Mamá, hay algo que no te conté y es sobre el crimen de Rossana, la chica con la que compartía un piso en Milán. Ese hombre el que me secuestró... Rocco Rabosto, confesó que la había matado.

Esas palabras crisparon a su madre y al saber los detalles se quedó mal, con miedo. Claro que luego se enojó.

—¿Entonces tienes miedo de que ese hombre tire a ese mafioso contra ti?

—Es una posibilidad, mamá.

—Pero hay dos detenidos por la muerte de esa chica.

Sí, lo sabía, pero eso no le dio paz. Lo había visto días atrás en las noticias, ella sabía quién era el verdadero asesino y se preguntó si eso no sería algo armado para despistar.

—Él me lo confesó y me salvé porque perdí la memoria, ¿no entiendes? Y porque Franco me mantuvo encerrada, él me dijo que fue por eso.

—Y mientras se aprovechaba de ti. Porque él nunca te confesó la verdad, te mintió y creo que son tal para cual. Esos dos hombres fueron enviados a prisión, tal vez enviados por Rocco, puede que no tarden en delatarlo.

—Dudo que lo hagan. Pero si yo hablo... no lo haré. No quiero que me maten.

—No puedes vivir así, con miedo. Ese hombre debe pagar por lo que hizo.

—Es fácil decirlo, pero ya sufrí demasiado con todo eso.

—Pero puedes acusarlo de haberte vendido y de haber matado a Rossana.

—No lo haré. olvídale, sería un infierno ¿y quién creería en mi testimonio? Sufrí una conmoción y estuve internada, luego viví durante semanas sin poder recordar. Ahora sólo quiero tener mi libertad y también tranquilidad. Seguir con mi vida sin tener que arrastrar cosas del pasado. No hay día que no piense en ese hombre mamá, pienso mucho en él y eso me hace daño. Quiero borrar su recuerdo y empezar de nuevo. Él me hizo mucho daño, pero si lo acuso, si abro una causa penal esto será una pesadilla otra vez. En verdad no entiendo por qué no han aceptado anular la boda, es lo mejor.

—Él se negó y según el doctor Zimmer su actitud es de evitar el divorcio, no quiere dártelo. No sé qué planea, pero no me gusta. No será bueno para ti. Y tú Isabella, debes comenzar terapia, deja de pensar que saldrás de esto sola.

Tenía razón.

Debía empezar terapia y que la ayudaran. Habían pasado tanto tiempo encerrada con ese

italiano que no era feliz sin él, no dejaba de pensar en él y comprendió que todo era por ese síndrome de Estocolmo. Aunque ella no supo que estaba siendo secuestrada sí lo fue prácticamente, el encierro y que él la sedujera como lo hizo la había dejado marcada.

Días después mientras iba a terapia le escribió Tadeo para ver cómo estaba.

Casi se había acostumbrado a charlar con él.

A su madre no le hacía gracia, aunque siempre le estaría agradecida por haberla rescatado, no le gustaba nada esa amistad. Pero no le importó. Le gustaba estar en contacto con Tadeo.

Le escribía a veces y podían estar horas charlando de lo que fuera.

Sabía por qué le escribía él. Por qué la seguía en Instagram y otras redes. No le molestaba.

La terapia le hizo mucho bien y también reencontrarse con sus amigas de siempre, salir y distraerse.

Lentamente parecía que todo volvía a la normalidad.

Sólo que no podía controlar demasiado la tristeza que la embargaba a veces, sufría de cambios de ánimo marcados. De repente estaba feliz y de repente se sentía desganada y deprimida.

Pensaba mucho en Franco, pero también en Tadeo.

No podía negar que ese italiano guapo y bueno le gustaba.

Y en cuanto al primero, a su falso marido sólo quería sacárselo de la cabeza y borrar todo vestigio de su cuerpo. Porque todavía sentía el doloroso recuerdo en su piel, la huella de sus besos y caricias y de cierta forma sentía un horrible vacío.

Su mejor amiga le había dicho que olvidaría a Franco cuando durmiera con otro hombre, pero ella seguía siendo tímida en ese aspecto, menos que antes, pero habría sido incapaz de tomar la iniciativa.

Tampoco se sentía lista para una relación.

Esa noche decidió salir a distraerse, le haría bien salir con sus amigas a comer y tomar algo. Escogió un vestido corto azul con mangas y falda plisada evasé. Usó aretes plateados de tamaño mediano, perfume y pensó que sería una noche estupenda. Se sentía tan bien en esos momentos...

—Isabella, ¿irás caminando? —le preguntó su madre inquieta.

Ella le sonrió feliz.

—Claro, hace calor y me gusta caminar, además nos encontraremos a unas cuadras.

Su madre la miró alarmada.

—No creo que sea buena idea.

—¿Qué dices? Por favor mamá, no me pasará nada. Esto es Berlín.

—Deja que te lleve.

Isabella se opuso.

—No, ni loca. Esto es demasiado. Por unas pocas cuadras. Mamá por favor, debes superar esto. Todo ha terminado y nada pasará.

—Es que me da miedo... ese hombre es muy malo, Isabella.

Isabella no lo negó, pero dijo que no podía vivir con miedo y se fue caminando distraída, contenta con la idea de salir.

Cuando caminaba por una concurrida calle vio un auto negro que la seguía.

Fue tan rápido y sintió su corazón latir acelerado.

Pensó que no podía ponerse paranoica cada vez que viera un auto negro.

—Pero la forma en que se le acercaba le provocaba una sensación inquietante. Paró en seco y se dijo que seguramente era casualidad, pero entonces lo vio al volante y se quedó allí petrificada. No podía ser él...

Él la miró con fijeza, como un gato mirón y malvado, muy seguro de lo que hacía. Estaba allí, había ido a buscarla y eso no era bueno.

—Pero lo peor fue que se quedó mirándolo como tonta un instante y cuando quiso escapar él le cerró el paso.

—Hola preciosa. Me moría por verte.

Algo en su voz, en la forma de mirarla había cambiado.

—Estás loco, ¿qué haces aquí?

—Vine a verte, hace días que esperaba este momento.

Isabella se alejó asustada.

—Aguarda, ven, sólo quiero hablar contigo. No te haré daño, por favor.

—Hablar conmigo? Tú sí que eres atrevido, Franco.

Se alejó furiosa pero nerviosa por toda la situación, no sabía qué tramaba el italiano, pero la asustó verlo allí.

—Espera. Tengo que hablar contigo, nunca atiendes el teléfono sólo veo la cara furiosa de tus abogados.

Isabella se detuvo.

—Si tienes problema con eso mejor dame el divorcio, es todo lo que pido. ¿Por qué te niegas? Sabes que no volveré contigo.

—Porque eres mi esposa, por eso, y quiero que vuelvas conmigo. Espero que lo hagas un día. No te daré el divorcio.

—Franco, por favor, deja de hacerte ilusiones, no volveré contigo. Todo lo que pasó entre nosotros me dejó un recuerdo amargo y nunca cometería la estupidez de...

—Pero tú fuiste mía, Isabella, yo te hice mía y eres mi esposa. ¿Cómo quieres que lo olvide todo que te deje ir? Para mí el matrimonio es otra cosa y una esposa es algo importante, es sagrado.

—¿Por eso fuiste a comprarla?

Con semejante respuesta Franco debió alejarse, rendirse. No lo hizo.

—Sé que eso estuvo mal, pero yo te salvé de algo peor y ahora tus abogados me quieren llevar tras las rejas. Es injusto. Nunca te hice daño. Fuiste mi esposa y yo fui un buen esposo.

—Ya está, ya pasó, tienes que dejarlo ir.

—¿Tú ya lo hiciste?

—Lo intento. Ahora debo irme, unas amigas me esperan.

Mientras se alejaba él dijo que no le daría el divorcio.

Isabella se enfadó y lo enfrentó.

—No sé por qué lo haces, si tendré la anulación tarde o temprano. Sólo me haces perder tiempo.

—Conservo una esperanza, preciosa.

—Será eso o tienes miedo?

—¿Miedo? —pareció sorprendido.

—Tienes mucho que perder con todo este lío. Pero yo me he mantenido cauta y nunca he querido denunciarte por secuestro. Tú te aprovechaste de mí, lo hiciste porque creías que era una

extranjera pobre y necesitada, y no lo niegues, tú mismo lo has dicho.

Él se acercó furioso y la atrapó entre sus brazos.

—Ven aquí preciosa y dime que no has pensado en mí.

No lo negó, pero no pensaba volver con él.

—Es que no entiendo por qué haces esto. No voy a volver contigo y entorpeciendo el divorcio sólo lograrás enfadar a mi madre y asustarla, ella ha sufrido mucho y yo también, necesito estar sola, tener paz y alejarme de ti es lo que más necesito. No importa lo que pasó antes, lo que hubo entre nosotros. Tú sabías que tarde o temprano recordaría y sabría la verdad, si hubieras sido sincero, si me hubieras dicho la verdad en vez de ocultarla.

—No quería perderte. Tú eras mi esposa y debía protegerte. Te mantuve a salvo, te salvé de ese demonio.

—Y quieres que me quede contigo para siempre para agradecértelo? Pues no lo haré y con tu actitud obligarás a mis abogados a hacer algo que no quiero.

—Quieres que vaya preso?

—No, no quiero eso.

—Pues no te daré el divorcio.

—Actúas como un loco y como un italiano malo, mi madre tiene razón.

—Sí, puedo ser muy malo si quiero y lo seré más, seré un diablo si no vuelves conmigo, muñeca.

Y tras decirle eso se acercó y la atrapó entre sus brazos demasiado rápido y demasiado fuerte. Isabella luchó y se resistió, pero no pudo evitar sentir ese beso como el fuego... y aunque al principio lo rechazó lentamente fue dejándose llevar por el deseo y una necesidad fuerte y salvaje.

Sólo que sabía que no podía ser y tenía que alejarse de ese hombre.

—¿Estás loco o qué? ¿Por qué haces esto?

Él la siguió nada dispuesto a dejarla en paz.

—Mírame y dime que no sientes nada por mí, Isabella.

Ella lo miró temblando.

—Quieres que vuelva contigo porque crees que te pertenezco? Eso no es verdad.

Él asintió despacio.

—Quiero que vuelvas conmigo porque no puedo vivir sin ti, preciosa, mi vida es un infierno. Acusaciones, amenazas de demandas... pueden demandarme lo que quiera toda tu familia, pero no renunciaré a ti, no lo haré.

Ella sintió que temblaba cuando la agarró y le dio un beso desesperado.

—Suéltame, déjame en paz o llamaré a la policía. ¿Esto no es Italia sabes? y te llevarán enseguida.

Él la miró muy serio.

—Es lo que quieres.

—No, no quiero eso. no quiero perjudicarte. Supongo que soy una boba y todavía me gustas, me confundes, pero no creas que por eso vas a hacerme flaquear.

Mentía, no tenía ni idea de lo que quería.

—Ven conmigo a cenar por lo menos, hablemos con más calma. Por favor.

Isabella aceptó.

—Pero no fueron a cenar.

Fueron a una habitación de hotel donde su vestido corto cayó al suelo y ella se retorció de placer al sentir sus besos y caricias.

No pudo resistirse cuando la desnudó y se detuvo para mirarla con tanto deseo.

—Estás loco Franco —balbuceó ella mientras él se quitaba la camisa con prisa y comenzaba a besarla, a llenarla de caricias.

—Loco por ti.

No pudo evitarlo, no pudo escapar de ese deseo como el fuego, perdió la cabeza y casi gritó cuando la abrazó y entró en su vagina húmeda y anhelante y la llenó con su miembro duro y poderoso.

—Eres mía ahora, eres mi esposa, mía... hermosa.

Isabella se estremeció porque no pudo resistirse, aunque sabía que estaba mal, ella también sentía que era su marido, y que ella le pertenecía. Había huido de él y ahora regresaba a sus brazos... debía estar loca. Su madre la mataría.

Ella apartó esos pensamientos mientras rodaban por la cama entrelazados amándose sin control. Había extrañado tanto estar entre sus brazos y sentir que la llenaba de placer, con su miembro y su simiente, pero lo mejor fue sentir ese abrazo y sus besos y esa mirada oscura y profunda.

—Te amo Isabella. creíste que te dejaría ir así? ¿Como si no hubieras sido nada en mi vida? Eres mi esposa y te amo, te amé la primera vez que te vi.... Aunque te parezca una locura.

—Pero no puede ser y lo sabes, debes darme el divorcio y dejarme en paz.

Él sonrió mientras se quedaban unidos y fundidos en un solo ser.

—Nunca te dejaré, eres mi mujer, mi esposa preciosa y te amo.

Isabella lloró porque no entendía del todo lo que estaba pasando ni lo que había hecho. Se había dejado llevar y ahora no quería marcharse. Todo ese tiempo alejada de él y nunca, ni un solo día había dejado de pensar en él. De extrañarle un poco cada día hasta que al verle sintió que temblaba de pies a cabeza y su corazón le daba un vuelco.

Y ahora no podía evitar ser suya de nuevo y entregarse a él sabiendo que era una loca y estaba perdida. Eso había sido su perdición y sin embargo se quedó a su lado a pasar la noche pues ni loca habría abandonado ni esa cama ni su compañía.

Rendida a sus caricias y exánime de tanto placer sólo miró la ventana con las luces de la ciudad a la distancia mientras él llamaba a un restaurant para pedir algo de comer.

—Esto no debió pasar, Franco.

Él la miró con una sonrisa mientras cortaba el teléfono.

—Ya es tarde preciosa, vine por ti, me moría por verte, aunque mis abogados me aconsejaron alejarme y darte el divorcio enseguida, no quise hacerlo. —dijo.

—No volveré contigo, no estuvo bien lo que me hiciste.

—Eso lo sé, perdóname por favor. Si me dieras una oportunidad... todo sería distinto.

Era una locura, ¿cómo podía pedirle eso?

—Pero Isabella no pudo decirle que no, como tampoco pudo abandonar esa cama ni sus brazos. No era sólo sexo, aunque debía reconocer que una gran parte lo había sido, era estar a su lado y dormirse a su lado y sentir una paz que no había sentido esas semanas a pesar de haber sido liberada de su marido raptor.

Despertó porque su teléfono sonaba sin parar, pudo haber dormido más.

Era su madre claro, histérica porque se había enterado que nunca llegó al restaurant donde la

esperaban sus amigas, y pensaba que la habían secuestrado o algo así.

—Mamá estoy con un viejo amigo, en un hotel. ¿Hace falta que te explique por qué?

—Oh Isabella.... ¿Una cita?

—Eso.

Fue lo mejor, las preguntas cesaron y su madre se tranquilizó.

No le gustó mentirle, pero con su forma de ser tan sobreprotectora era imposible no tener que hacerlo con frecuencia.

Cuando cortó el teléfono vio que eran las seis y Franco se había despertado y seguramente escuchó toda la conversación y le sonreía.

—Tuve que mentirle. si mi madre se entera que estoy aquí contigo le da algo.

—Y no vas a decirle que has vuelto con tu marido italiano?

—Ella no te ve así.

—Pero tú si sabes que soy tu esposo, ¿verdad?

—Franco... todo esto es una locura y no estuvo bien. No creo que sea buena idea. Si mi madre se entera es capaz de meterte preso y acusarte, no quiero eso.

—No me importa lo que piense tu madre, me importa lo que pienses tú.

Isabella fue a darse un baño mientras ponía en orden sus ideas.

—Pero cuando se metió bajo la ducha él entró en el baño y se metió y la abrazó y le dio un beso ardiente y un abrazo que hizo latir su corazón.

Rayos, se moría por hacerlo de nuevo y mientras se bañaba sintió que todo su ser clamaba por sexo.

Así empezó todo.

Él no la retuvo ese día ni el siguiente.

—Pero volvieron a verse sin falta, ella inventaba alguna excusa y se escabullía para ir a su hotel.

Y esa locura duró dos semanas.

Se reunían en el hotel, siempre a escondidas por temor a que su madre se enterara y pensara lo peor.

Sabía que eso no podía continuar.

Y esa noche, luego de hacer el amor él le pidió que volvieran.

—Vuelve conmigo, por favor preciosa. Odio vernos así a escondidas como amantes, tú eres mi esposa.

Ella se puso seria.

—No quiero volver al encierro ni a las mentiras, Franco.

—Eso no pasará. Estás a salvo ahora, Rocco fue apresado.

Esa noticia la sorprendió bastante.

—Qué?

—Es verdad... los sicarios que mataron a la chica brasileña confesaron que él los envió. Me lo dijo mi abogado. Fue detenido esta mañana.

—Bueno, al fin se hará justicia.

—Y no tienes nada que temer. Podemos recomenzar. Vine a buscarte y no me iré sin ti. Aunque deba quedarme en Berlín para siempre.

Ella sonrió, pero se puso seria.

—Me encanta estar contigo, Franco, pero no sé si resulte. Tengo muchas dudas.

—Confía en mí. Por favor. Dame una oportunidad. Todo será diferente ahora.

Isabella supo que estaba atrapada, quería volver con él y poner fin a su horrible soledad, la soledad de no estar a su lado y esa guerra que su madre y sus abogados habían entablado. Sospechaba que su madre tramaba algo gordo contra su esposo y no quería que pasara.

Esa noche antes de marcharse le dijo que lo pensaría y él dijo que la esperaría. Sin embargo, sabía cuál sería su decisión, a pesar de sus dudas y recelos quería volver a su lado.

Al día siguiente, mientras desayunaba pensaba en Franco y su madre le preguntó qué le pasaba.

—¿Te ves pálida, te sientes bien?

Isabella se puso colorada.

Estaba algo cansada esos días, pero mucho más feliz que antes.

—Estoy bien, mamá.

—Escucha Isabella, sé que sientes algo por ese hombre... bueno, tú nunca habías tenido ni siquiera un novio y él debió deslumbrarte, pero como se niega a darte el divorcio y esto parecer ir para largo mi abogado, el doctor Zimmer dice que hay que cortar por lo sano y que tú firmes una denuncia en su contra por secuestro.

—Olvídalo. No lo haré.

Su madre puso los ojos en blanco y luego se tomó todo el café de golpe.

—Pero es la verdad. Debes hacerlo —dijo mirándola furiosa.

—Mamá no quiero que le hagas daño a Franco. Por favor. Él no es malo, nunca me hizo daño y tú quieres ir a la guerra como si fuera la tercera guerra mundial con él.

—Lo ves? De nuevo lo defiendes. Ese hombre te domina.

—No, no me domina.

—Entonces cómo se llama?

—Lo amo, mamá y he estado viéndole en secreto... iba a decirte.

Su madre la miró espantada.

—¿Ese demonio está aquí?

Isabella asintió.

—Lo amo mamá y quiero darle una oportunidad. Me ha pedido perdón. Tú sabes que jamás habría vuelto con él si hubiera sido malo conmigo. Sólo me ocultó lo que había pasado, pero me dijo que fue para protegerme.

—Isabella, no cometas ese error. Ese hombre es un mujeriego, sólo quiere retenerte a su lado para evitar el juicio. Por eso hizo todo... rayos. y soy la última en enterarme!

—Lo lamento mamá, pero tú... te pones a veces difícil, y no quería pelear contigo. Sabía que no lo entenderías.

—Esto no es algo normal. Él no es mi yerno y nunca lo será.

—Mamá tengo pronta las maletas, le he dicho que sí, volveré con él a Italia. No puedo vivir sin él, he pasado semanas triste y amargada, con una depresión horrible.

—Un hombre que te compró y te engañó.

—Pero también me cuidó en el hospital, me salvó la vida. No todo fue malo, mamá.

—Eso no es amor. No lo llares amor porque no es más que una obsesión, algo físico. Lujuria. Isabella sonrió tentada pero su madre estaba furiosa.

Tal vez fuera lujuria, pero no permitiría que su madre arruinara a Franco, él estaba loco por

ella y ella por él...

—Debo irme mamá, ya hice mis maletas y no quiero irme enojada contigo.

—¿Estás decidida?

—Sí.

—¿Y Tadeo? Pensé que él te gustaba, que estaban empezando algo.

—Esperaba que eso pasara, pero no puedo mamá, no pude sacarme a Franco de la cabeza ni podría estar con otro hombre ahora. Sólo quiero estar con él.

Su madre lo aceptó.

—Isabella estás cometiendo un error. Lo que sientes por ese hombre es una enfermedad. Es obsesión, es síndrome de Estocolmo.

—No, no es así, pero si algo sale mal me separaré mamá, no es el fin del mundo. Tampoco tengo una bola de cristal para saber si estaremos casados para siempre. Pero quiero estar con él, es mío, es mi marido y es tan ardiente y me ama, él me adora. Si no fuera así no volvería con él. Él me dejó ir una vez, no me retuvo, si hubiera sido malo me habría encerrado.

Su madre estaba furiosa y decepcionada y nada de lo que dijera la haría sentirse mejor.

Isabella dejó atrás su casa y se reunió con Franco, él la esperaba en el hotel, como siempre. Pero ese día se iría antes.

Al verla llegar con las maletas supo que se iría con él.

—Lo hago por ti... porque no quiero que mi madre te denuncie por raptó y de cosas horribles —su voz se quebró —Porque eres mi esposo y creo que te amo, sabes, al menos quiero darte una oportunidad y ver qué pasa, descubrir si estamos hecho el uno para el otro o no es buena idea.

Él se acercó y la envolvió entre sus brazos y la besó, loco de felicidad.

—Prometo que no te arrepentirás, lo juro... ven aquí, me muero por hacerte mía, preciosa.

Un mes después Isabella se dejó caer en la poltrona de la playa de Capri.

Estaban de vacaciones, de luna de miel con su esposo y se sentía tan feliz. Tan plena y feliz... casi no podía creerlo.

Esos días en la playa, tumbados en la arena, encerrados en un hotel pintoresco habían hecho el amor sin parar y nunca se sentía del todo saciada, siempre quería más. Y lo mejor era que podían estar solos sin misterios ni secretos.

El sonido del mar le dio sueño y su voz la despertó.

Allí estaba su esposo guapo y bronceado ofreciéndole un refresco de piña y frutas tropicales licuadas. Le encantaban.

Tomó un sorbo y él besó sus labios y la abrazó.

—Franco, tengo algo que decirte.

Él se puso serio y la miró con intensidad.

—¿Qué sucede? ¿Es tu madre de nuevo?

—No. No es mi mamá... creo que estoy esperando un bebé, ocurrió en Berlín, esos días...

Él sonrió y la llenó de besos allí en la playa.

—Aguarda, por favor, pueden vernos.

—No hay nadie... —a él no le preocupaba, pero a ella sí.

Por eso regresaron al hotel para festejar esa estupenda noticia.

—Cuando lo supiste?

—Esta mañana compré un test en la farmacia y dio positivo. Estoy embarazada y me asusta un poco pero también me siento feliz, algo rara pero tan feliz...

Era algo prematuro, pero de cierta forma lo había buscado, lo había deseado, cuando

estuvieron en ese hotel juntos a escondidas, ninguno de los dos se había cuidado, ella ni siquiera recordó que debía darse la inyección. Y allí estaba el resultado de su aventura.

—¿Me hace tan feliz... siempre quise hacerte un bebé, lo recuerdas? Siempre soñé con saber que llevabas un hijo mío en tu vientre y por eso te busqué, porque no quería renunciar a ese sueño, no quería renunciar a ti.

Isabella lloró emocionada.

—Me atrapaste y me hiciste un bebé, eres un demonio, Franco Montesco —dijo, pero no pudo menos que abrazarlo y dejarse llevar por la pasión.

Él había llegado a su vida como un huracán y no sabía bien ni cómo había terminado atrapada y rendida a él. Y aunque la asustaba la idea de ser madre sabía que ese niño había sido engendrado en el amor y lo amaba también.

—Te amo, princesa, te amo Isabella —le dijo él en un arrebato de fuego y pasión.

Eran las palabras más bellas que había escuchado en su vida.